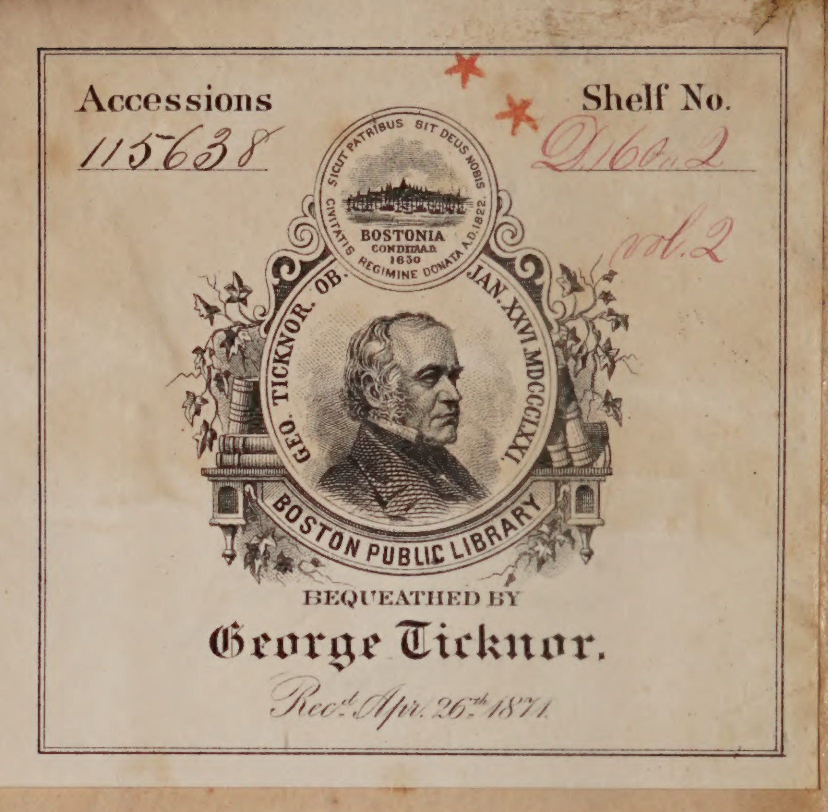




Accessions
115638
Shelf No.
D.160.2
vol.2
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26th 1871.



OBRAS
DE
Dn. José Cadahalso
Tomo II.
CARTAS MARRUECAS.



MADRID. Por Repulles.
Se hallará en la librería de Orea calle de la Montera frente á S. Luis.

C

CARTAS MARRUECAS.

ADVERTENCIA.

Leyendo con atencion estas cartas, se verá que el autor trabajaba en ellas el año de 1768, y así no es de extrañar que critique algunas cosas que se han remediado ya, ó se van remediando.

INTRODUCCION.

Desde que Miguel de Cervantes compuso la memorable novela, en que criticó con tanto acierto algunas viciosas costumbres de nuestros abuelos, que hemos reemplazado con otras, se han multiplicado las críticas de las naciones mas cultas de Europa en las plumas de autores mas ó ménos imparciales; pero las que han tenido mas aceptacion entre los hombres de mundo y

de letras, son las que llevan el nombre de cartas, que suponen escritas en éste ó en aquel país por viageros naturales de reynos no solo distantes, sino opuestos en religion, clima y gobierno. El mayor suceso de esta especie de críticas debe atribuirse al método epistolar, que hace su lectura mas cómoda, su distribucion mas fácil, y su estilo mas ameno; como tambien á lo extraño del carácter de los supuestos autores; de cuyo conjunto resulta que, aunque en muchos casos no digan cosas nuevas, las profieren siempre con cierta novedad, que gusta.

Esta ficcion no es tan natural en España, por ser menor el número de los viageros á quienes atribuir semejante obra. Sería increible el título de Cartas Persianas, Turcas ó Chinescas,

escritas de este lado de los Pirineos. Esta consideracion me fué siempre sensible, porque en vista de las costumbres, que aun conservamos de nuestros antiguos, las que hemos contraido del trato de los extrangeros, y las que ni bien estan admitidas, ni desechadas, me parecia que podria trabajarse sobre este asunto con suceso, introduciendo algun viagero venido de lejanas tierras, ó de tierras muy diferentes de la nuestra en costumbres y usos.

La suerte quiso, que por muerte de un conocido mio cayese en mis manos un manuscrito, cuyo título es: *Cartas escritas por un moro, llamado Gazel Ben-Aly, á Ben-Beley, amigo suyo, sobre los usos y costumbres de los españoles antiguos y modernos, con algunas respuestas de Ben-Beley, y otras*

cartas relativas á éstas. Acabó su vida mi amigo antes que pudiese explicarme si eran efectivamente cartas escritas por el autor que sonaba, como se podia inferir del estilo, ó si era pasatiempo del difunto, en cuya composicion hubiese gastado los últimos años de su vida. Ambos casos son posibles: el lector juzgará lo que piense mas acertado, conociendo que si estas cartas son útiles ó inútiles, malas ó buenas, importa poco la calidad del verdadero autor.

Me he animado á publicarlas, por quanto en ellas no se trata de religion, ni de gobierno; pues se observará fácilmente que son pocas las veces que por muy remota conexîon se toca algo de estos asuntos.

No hay en el original serie alguna de fechas, y me pareció trabajo

que dilataria mucho la publicacion de esta obra el de coordinarlas; por cuya razon no me he detenido en hacerlo, ni en decir el carácter de los que las escribiéron. Esto último se inferirá de su lectura. Algunas de ellas mantienen todo el estilo, y aun el genio, digamoslo así, de la lengua Arábiga su original: parecerán ridículas sus frases á un europeo, sublimes y pindáricas contra el carácter del estilo epistolar y comun; pero tambien parecerán inaguantables nuestras locuciones á un africano. Quál tiene razon? No lo sé. No me atrevo á decirlo, ni creo que pueda hacerlo sino uno que ni sea europeo ni africano. La naturaleza es la única que pueda ser juez; pero su voz dónde suena? Tampoco lo sé. Es demasiada la confusion de otras voces para que se oiga la de

la comun madre en muchos asuntos de los que se presentan en el trato diario de los hombres.

Pero se humillaria demasiado mi amor propio dándome al Público como mero editor de estas cartas. Para desagravio de mi vanidad y presuncion iba yo á imitar el método comun de los que hallándose en el mismo caso de publicar obras agenas á falta de suyas propias, las cargan de notas, comentarios, corolarios, escolios, variantes y apéndices, ya agraviando el texto, ya desfigurándolo, ya truncando el sentido, ya abrumando al pacífico y muy humilde lector con noticias impertinentes, ó ya distrayéndole con llamadas importunas, de modo que desfalcando al autor del mérito genuino, tal qual lo tenga, y aumentando el volúmen de la obra, adquie-

ren para sí mismos á costa de mucho trabajo el no esperado, pero sí merecido título de fastidiosos. En este supuesto determiné poner un competente número de notas en los parages en que veía, ó me parecia ver equivocaciones en el moro viajante, ó extravagancias en su amigo, ó yerros tal vez de los copistas, poniéndolas con su estrella, letra ó número al pie de cada página, como es costumbre.

Acompañábame otra razon, que no tienen los mas editores. Si yo me pusiera á publicar con dicho método las obras de algun autor difunto siete siglos ha, yo mismo me reiria de la empresa, porque me pareceria trabajo *absurdo* el de indagar lo que quiso decir un hombre, entre cuya muerte y mi nacimiento habian pasado seiscien-

tos años; pero el amigo que me dexó el manuscrito de estas cartas, y que segun la mas juiciosa conjetura fué el autor de ellas, era tan mio, y yo tan suyo, que éramos uno propio, y sé yo su modo de pensar como el mio mismo, sobre ser tan rigurosamente mi contemporaneo, que nació en el mismo año, mes, dia é instante que yo; de modo que por todas estas razones, y alguna otra que callo, puedo llamar esta obra mia sin ofender á la verdad, cuyo nombre he venerado siempre, *aun quando la he visto atada al carro de la mentira triunfante*: frase que nada significa, y por lo tanto muy propia para un prólogo como éste, ú otro qualquiera.

Aun así (díceme un amigo que tengo, muy severo y tétrico en materia de crítica) no soy de parecer que

tales notas se pongan. Podrian aumentar el peso y tamaño del libro, y este es el mayor inconveniente que puede tener una obra moderna. Las antiguas se pesaban por quintales como el hierro, y las de nuestros dias se pesan por quilates como las piedras preciosas: se medían aquellas por palmos, como las lanzas; y éstas se miden por dedos, como los espadines: con que así, sea la obra que sea, pero sea corta.

Admiré su profundo juicio, y le obedecí, reduciendo estas hojas al menor número posible, no obstante la repugnancia que arriba dixe; y empiezo observando lo mismo respecto á esta introduccion preliminar, advertencia, prólogo, proemio, prefacio, ó lo que sea, por no aumentar el número de los que entran confesando lo te-

dioso de estas especies de preparaciones; y no obstante su confesion prosiguen con el mismo vicio, ofendiendo gravemente al próximo con el abuso de su paciencia.

Algo mas me ha detenido otra consideracion, que á la verdad es muy fuerte, y tanto, que me hubo de resolver á no publicar esta corta obra; á saber, que no ha de gustar, ni puede gustar. Me fundo en lo siguiente: Estas cartas tratan del carácter nacional, qual lo es en el dia, y qual lo ha sido. Para manejar esta crítica al gusto de algunos, sería preciso ajar á la nacion, llenarla de improperios, y no hallar en ella cosa alguna de mediano mérito. Para complacer á otros, sería necesario alabar todo lo que igualmente nos ofrece el exámen de su genio, y ensalzar todo lo que en sí es repre-

hensible. Qualquiera de estos sistemas que se siguiese en las Cartas Marruecas, tendria gran número de apasionados; y á costa de mal conceptuarse con unos el autor, se hubiera congraciado con otros. Pero en la imparcialidad que reyna en ellas, es indispensable contraer el odio de ambas parcialidades. Es verdad que este justo medio es el que debe procurar seguir un hombre que quiera hacer algun uso de su razon; pero es tambien el de hacerse sospechoso á los preocupados de ambos extremos. Por exemplo, un español de los que llaman rancios, irá perdiendo parte de su gravedad, y casi casi llegará á sonreirse quando lea alguna especie de sátira contra el amor á la novedad; pero quando llegue al párrafo siguiente, y vea que el autor de la carta alaba en

la novedad alguna cosa útil, que no conocieron los antiguos, tirará el libro al brasero, y exclamará: Jesus, María y Josef! Este hombre es traidor á su patria. Por el contrario, quando uno de estos que se avergüenzan de haber nacido de este lado de los Pirineos vaya leyendo un panegírico de muchas cosas buenas, que podemos haber contraido de los extrangeros, dará sin duda mil besos á tan agradables páginas; pero si tiene la paciencia de leer pocos renglones mas, y llega á alguna reflexîon sobre lo sensible que es la pérdida de alguna parte apreciable de nuestro antiguo carácter, arrojará el libro á la chimenea, y dirá á su ayuda de cámara: esto es absurdo, ridículo, impertinente, abominable y pitoyable.

* En conseqüencia de esto, si yo,

pobre editor de esta crítica, me presento en qualquier casa de una de estas dos *órdenes*, *aunque me reciban con algun buen modo, no podrán quitarme* que yo me diga segun las circunstancias: en este instante estan diciendo entre sí, este es un mal español, ó bien, este es un bárbaro. Pero mi amor propio me consolará (como suele á otros en muchos casos), y me diré á mí mismo: yo no soy mas que un hombre de bien, que he dado á luz un papel que me ha parecido muy imparcial sobre el asunto mas delicado que hay en el mundo, qual es la crítica de una nacion.*

* En el manuscrito de donde se copió este, hay algunos párrafos, y aun cartas rayadas, como significando ser la mente del autor el suprimirlas ó corregirlas; y el que ha hecho

esta copia, la saca completa, indicando lo rayado con una estrella al principio y otra al fin.*

CARTAS MARRUECAS.

CARTA I.

Gazel á Ben-Beley.

He logrado quedarme en España despues del regreso de nuestro Embaxador, como lo deseaba muchos dias ha, y te lo escribí varias veces durante su mansion en Madrid. Mi ánimo era viajar con utilidad, y este objeto no puede siempre lograrse en la comitiva de los grandes señores, particularmente Asiáticos y Africanos. Estos no ven, digámoslo así, sino la superficie de la tierra por donde pasan: su fausto, los ningunos antecedentes por donde indagar las cosas dignas de conocerse, el numero de sus criados, la ignorancia de las lenguas, lo sospechoso que deben ser en los paises por

donde caminan, y otros motivos, les impiden muchos medios que se ofrecen al particular que viaja con ménos nota.

Me hallo vestido como estos christianos, introducido en muchas de sus casas, poseyendo su idioma, y en amistad muy estrecha con un christiano, llamado Nuño Nuñez, que es hombre que ha pasado por muchas vicisitudes de la suerte, carreras y métodos de vida. Se halla ahora separado del mundo, y segun su expresion, encarcelado dentro de sí mismo. En su compañía se me pasan con gusto las horas, porque procura instruirme en todo lo que pregunto; y lo hace con tanta sinceridad, que algunas veces me dice: *de eso no entiendo*; y otras: *de eso no quiero entender*. Con estas proporciones hago ánimo de exâminar no solo la Corte, sino todas las provincias de la peninsula. Observaré las costumbres de este pueblo, notando las que le son comunes con las de otros paises de Europa, y las que le son peculiares. Procuraré despojarme de muchas preocupaciones que tenemos los moros

contra los christianos, y particularmente contra los españoles. Notaré todo lo que me sorprehenda, para tratar de ello con Nuño, y despues participártelo con el juicio que sobre ello haya formado.

Con esto respondo á las muchas que me has escrito, pidiéndome noticias del pais en que me hallo. Hasta entónces no será tanta mi imprudencia, que me ponga á hablar de lo que no entiendo, como lo sería decirte muchas cosas de un reyno, que hasta ahora todo es enigma para mí, aunque me sería esto muy fácil: solo con notar quatro ó cinco costumbres extrañas, cuyo orígen no me tomaría el trabajo de indagar, ponerlas en estilo suelto y jocoso, añadir algunas reflexîones satíricas, y soltar la pluma con la misma ligereza que la tomé, completaría mi obra, como otros muchos lo han hecho.

Pero tú me enseñastes, ¡oh mi venerado maestro! tú me enseñastes á amar la verdad. Me dixiste mil veces, que faltar á ella es delito aun en las materias frívolas. Era entónces mi co-

razon tan tierno, y tu voz tan eficaz quando me imprimiste en él esta máxîma, que no la borrará la sucesion de los tiempos.

Alá te conserve una vejez sana y alegre, fruto de una juventud sobria y contenida, y desde Africa prosigue enviándome á Europa las saludables advertencias que acostumbras. La voz de la virtud cruza los mares, frustra las distancias, y penetra el mundo con mas excelencia que la luz del sol; pues esta última cede parte de su imperio á las tinieblas de la noche, y aquella no se obscurece en tiempo alguno. ¿Qué será de mí en un pais mas ameno que el mio, y mas libre, si no me sigue la idea de tu presencia, representada en tus consejos? Esta será una sombra que me seguirá en medio del encanto de Europa; una especie de espíritu tutelár, que me sacará de la orilla del precipicio, ó como el trueno, cuyo estrépito y estruendo detiene la mano que iba á cometer el delito.

CARTA II.

Del mismo, al mismo.

Aun no me hallo capaz de obedecer á las nuevas instancias que me haces sobre que te remita las observaciones que voy haciendo en la capital de esta vasta Monarquía. ¿ Sabes tú quántas cosas se necesitan para formar una verdadera idea del pais en que se viaja ? Bien es verdad que habiendo hecho varios viages por Europa, me hallo mas capaz, ó por mejor decir, con ménos obstáculos que otros africanos; pero aun así, he hallado tanta diferencia entre los europeos, que no basta el conocimiento de uno de los paises de esta parte del mundo, para juzgar de otros estados de la misma. Los europeos no parecen vecinos, aunque la exterioridad los haya uniformado en mesas, teatros, paseos, exército, y luxo, no obstante las leyes, vicios, virtudes y gobierno son sumamente diversos, y por consiguien-

te las costumbres propias de cada nacion.

Aun dentro de la España hay variedad increible en el carácter de sus provincias. Un andaluz en nada se parece á un vizcaino; un catalan es totalmente distinto de un gallego; y lo mismo sucede entre un valenciano y un montañes. Esta peninsula, dividida tantos siglos en diferentes reynos, ha tenido siempre variedad de trages, leyes, idiomas y monedas. De esto inferirás lo que te dixe en mi última sobre la ligereza de los que por cortas observaciones propias, ó tal vez sin haber hecho alguna, y solo por la relacion de viageros especulativos, han hablado de España.

Déxame enterar bien en su historia, leer sus autores políticos, hacer muchas preguntas, muchas reflexîones, apuntarlas, repasarlas con madurez, tomar tiempo para cerciorarme en el juicio que formé de cada cosa, y entónces prometo complacerte. Miéntras tanto no te hablaré en mis cartas, sino de mi salud que te ofrezco, y de la tuya, que deseo completa, para en-

señanza mia; educacion de tus nietos, gobierno de tu familia, y bien de todos los que te conozcan y traten.

CARTA III.

Del mismo, al mismo.

En los meses que han pasado, desde la última que te escribí, me he impuesto en la historia de España: he visto lo que de ella se ha escrito desde tiempos anteriores á la invasion de nuestros abuelos, y su establecimiento en ella.

Como esto forma una série de muchos años y siglos, en cada uno de los quales han acaecido varios sucesos particulares, cuyo influxo ha sido visible hasta en los tiempos presentes; el extracto de todo ello es obra muy larga para remitido en una carta, y en esta especie de trabajos no estoy muy práctico. Pediré á mi amigo Nuño, que se encargue de ello, y te lo remitiré. No temas que salga de sus manos viciado el extracto de la historia de su pais por alguna preocupa-

cion nacional, pues le he oido decir mil veces, que aunque ama y estima á su patria por juzgarla dignísima de todo cariño y aprecio, tiene por cosa muy accidental el haber nacido en esta parte del globo, ó en sus antípodas, ó en otra qualquiera.

En este estado quedó esta carta tres semanas ha, quando me asaltó una enfermedad, en cuyo tiempo no se apartó Nuño de mi quarto, y haciéndole en los primeros dias el encargo arriba dicho, le desempeñó luego que salí del peligro. En mi convalecencia me lo leyó, y le hallé en todo conforme á la idea que yo mismo me habia figurado: te le remito tal, qual pasó de sus manos á las mias. No le pierdas de vista miéntras duráre el tiempo de que nos correspondamos sobre estos asuntos, por ser ésta una clave precisa para el conocimiento del orígen de todos los usos y costumbres dignas de observacion de un viagero como yo, que ando por los paises de que escribo, y del estudio de un sabio como tú, que ves todo el orbe desde tu retiro.

"La península, llamada España, »solo está contigua al continente de Europa por el lado de Francia de la »que la separan los montes Pirineos. Es »abundante en oro, plata, azogue, »hierro, piedras, aguas minerales, ga»nados de excelentes calidades, y pes»cas tan abundantes como deliciosas. »Esta feliz situacion la hizo objeto de »la codicia de los fenicios y otros pue»blos. Los cartagineses, parte por do»lo, y parte por fuerza, se establecie»ron en ella; y los romanos quisieron »completar su poder y gloria con la »conquista de España; pero encontra»ron una resistencia, que pareció tan »extraña como terrible á los sober»bios dueños de lo restante del mun»do. Numancia, una sola ciudad, les »costó catorce años de sitio, la pérdi»da de tres exércitos, y el desdo»ro de los mas famosos Generales, »hasta que reducidos los numantinos »á la precision de capitular ó morir, »por la total ruina de la patria, cor»to número de vivos, y abundancia »de cadáveres en las calles (sin con»tar los que habian servido de pasto

»á sus conciudadanos despues de con»cluidos todos sus víveres) incendia»ron sus casas, arrojaron sus muge»res, niños y ancianos en las llamas, »y salieron á morir en el campo ra»so con las armas en la mano. El »grande Escipion fué testigo de la rui»na de Numancia, pues no puede lla»marse propiamente conquistador de »la ciudad: siendo de notar que Lú»culo, encargado de levantar un exér»cito para aquella expedicion, no ha»lló en la juventud romana reclutas »que llevar, hasta que el mismo Es»cipion se alistó para animarla. Si los »romanos conocieron el valor de los »españoles como enemigos, tambien »experimentaron su virtud como alia»dos. Sagunto sufrió por ellos un si»tio igual al de Numancia contra los »cartagineses; y desde entónces for»maron los romanos de los espa»ñoles el alto concepto que se ve en »sus autores, oradores, historiadores, »y poetas. Pero la fortuna de Roma, »superior al valor humano, la hizo »señora de España, como de lo res»tante del mundo, ménos algunos mon-

»tes de Cantabria, cuya total con-
»quista no consta de la historia, de
»modo que no pueda dudarse. Lar-
»gas revoluciones, inútiles de contarse
»en este parage, traxeron del norte en-
»xambres de naciones feroces, codi-
»ciosas y guerreras, que se establecie-
»ron en España: pero con las delicias
»de este clima, tan diferente del que
»habian dexado, cayeron en tal gra-
»do de afeminacion y floxedad, que
»á su tiempo fueron esclavos de otros
»conquistadores venidos del Mediodia.
»Huyeron los godos españoles hasta
»los montes de una provincia, hoy lla-
»mada Asturias: y apénas tuvieron tiem-
»po de desechar el susto, llorar la pér-
»dida de sus casas, y ruina de su rey-
»no, quando salieron mandados por
»Pelayo, uno de los mayores hom-
»bres que la Naturaleza ha producido.

»Desde aquí se abre un teatro de
»guerras que duraron cerca de ocho
»siglos. Varios reynos se levantaron
»sobre la ruina de la Monarquía Go-
»da Española, destruyendo el que que-
»rian edificar los moros en el mis-
»mo terreno, regado con mas sangre

»española, romana, cartaginesa, go-
»da y mora de quanto se puede pon-
»derar con horror de la pluma que
»lo escriba, y de los ojos que lo vean
»escrito. Pero la poblacion de esta
»península era tal, que, despues de
»tan largas guerras y tan sangrientas,
»aun se contaban veinte millones de
»habitantes en ella. Incorporáronse tan-
»tas provincias, y tan diferentes, en
»dos coronas, la de Castilla y la de
»Aragon; y ambas en el matrimonio
»de Don Fernando y Doña Isabel,
»Príncipes que serán inmortales entre
»quantos sepan lo que es gobierno.
»La reforma de abusos, aumento de
»ciencias, humillacion de los sober-
»bios, amparo de la agricultura, y otras
»operaciones semejantes, formaron esta
»Monarquía: ayudóles la Naturaleza
»con un número increible de vasallos
»insignes en letras y armas; y se pu-
»dieron haber lisongeado de dexar á
»sus sucesores un imperio mayor y
»mas duradero, que el de Roma an-
»tigua (contando las Américas nue-
»vamente descubiertas), si hubieran
»logrado dexar su corona á un here-

»dero varon. Nególes el Cielo este go-»zo, á trueque de tantos como les ha-»bia concedido; y su cetro pasó á la »casa de Austria, la qual gastó los te-»soros, talentos y sangre de los Es-»ñoles en cosas agenas de España »por las continuas guerras, que así »en Alemania, como en Italia tuvo »que sostener Cárlos I. de España; »hasta que cansado de sus mismas pros-»peridades, ó tal vez conociendo con »prudencia las vicisitudes de las co-»sas humanas, no quiso exponerse á »sus reveses, y dexó el trono á su hijo »Don Felipe II.

»Este Príncipe, acusado por la »emulacion, por ambicioso, y políti-»co como su padre, pero ménos afor-»tunado, siguiendo los proyectos de »Cárlos, no pudo hallar los mismos »sucesos aun á costa de exércitos, de »armadas y de caudales. Murió de-»xando á su pueblo extenuado con »las guerras, afeminado con el oro »y plata de América, disminuido con »la poblacion de un mundo nuevo, »disgustado con tantas desgracias, y de-»seoso de descanso. Pasó el cetro por

»las manos de tres Príncipes menos »activos para manejar tan grande Mo»narquía; y en la muerte de Cárlos II. »no era España sino el esqueleto de »un gigante.”

Hasta aquí mi amigo Nuño. De esta relacion inferirás, como yo, lo primero, que esta peninsula no ha gozado una paz que pueda llamarse tal en cerca de dos mil años, y que por consiguiente es maravilla que aun tengan yerbas los campos, y aguas las fuentes: ponderacion que suele hacer Nuño quando se habla de su actual estado. Lo segundo, que habiendo sido la Religion motivo de tantas guerras contra los descendientes de Tarif, no es mucho que sea objeto de todas sus acciones. Lo tercero, que la continuacion de estar con las armas en la mano les haya hecho mirar con desprecio el comercio é industria mecánica. Lo quarto, que de esto mismo nazca lo mucho que cada noble en España se envanece de su nobleza. Lo quinto, que los muchos caudales adquiridos rápidamente en Indias distraen á muchos de cultivar las artes mecánicas en la

peninsula, y de aumentár su poblacion.

Las demas conseqüencias morales de estos eventos políticos las irás notando en las cartas que te escribiré sobre estos asuntos.

CARTA IV.

Del mismo, al mismo.

Los europeos del siglo presente están insufribles con las alabanzas que amontonan sobre la era en que han nacido (1). Si los creyeras, dirias que la naturaleza humana hizo una prodigiosa é increible crisis precisamente á los mil y setecientos años cabales de su nueva cronología. Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos, no solo tan buenos como él, sino mucho mejores, y la generacion entera abomina de las generaciones que la han precedido. No lo entiendo.

Mi docilidad aun es mayor que

(1) *Vease la carta XLVIII.*

su arrogancia. Tanto me han dicho y repetido de las ventajas de este siglo sobre los otros, que me he puesto muy de veras á averiguar este punto. Vuelvo á decir que no lo entiendo; y añado que dificulto si ellos se entienden á sí mismos.

Desde la época en que ellos fixan la de su cultura, hallo los mismos delitos y miserias en la especie humana; y en nada aumentadas sus virtudes y comodidades. Así se lo dixe con mi natural franqueza á un christiano, que el otro dia en una concurrencia bastante numerosa hacia una apología magnífica de la edad, y casi del año que tuvo la dicha de producirlo. Espantóse de oirme defender la contraria de su opinion; y fué en vano quanto le dixe, poco mas ó menos, del modo siguiente:

No nos dexemos alucinar de la apariencia, y vamos á lo substancial. La excelencia de un siglo sobre otro creo debe regularse por las ventajas morales ó civiles, que produce á los hombres. Siempre que estos sean mejores, diremos tambien que su era es superior

en lo moral á la que no produxo tales proporciones; entendiéndose en ambos casos esta ventaja en el mayor número. Sentado este principio, que me parece justo, veamos ahora qué ventajas morales y civiles tiene tu siglo de mil setecientos sobre los anteriores. En lo civil, ¿quáles son las ventajas que tiene? Mil artes se han perdido de las que florecieron en la antigüedad; y las que se han adelantado en nuestra era, ¿qué producen en la práctica, por mucho que ostenten en la especulativa? Quatro pescadores vizcainos en unas malas barcas hacian antiguamente viages, que no se hacen ahora sino rara vez, y con tantas y tales precauciones, que son capaces de espantar á quien los emprende. De la agricultura y la medicina, sin preocupacion, ¿no puede decirse lo mismo?

Por lo que toca á las ventajas morales, aunque la apariencia favorezca nuestros dias, en la realidad ¿qué diremos? Solo puedo asegurar que este siglo, tan feliz en tu dictámen, ha sido tan desdichado en la experiencia como los antecedentes. Quien escriba

sin lisonja la histotia, dexará á la posteridad horrorosas relaciones de príncipes dignísimos destronados, quebrantados tratados muy justos, vendidas muchas patrias muy merecedoras de amor, rotos los vínculos matrimoniales, atropellada la autoridad paterna, profanados juramentos solemnes, violado el derecho de hospitalidad, destruida la amistad y su nombre sagrado, entregados por traicion exércitos valerosos, y sobre las ruinas de tantas maldades levantarse un suntuoso templo al desórden general.

¿Qué se han hecho esas ventajas tan jactadas por tí y por tus semejantes? Concédote cierta ilustracion aparente que ha despojado á nuestro siglo de la austeridad y rigor de los pasados; pero ¿sabes de qué sirve esta ilustracion, ese oropel que brilla en toda Europa, y deslumbra á los menos cuerdos? creo firmemente que no sirve mas que de confundir el órden respectivo, establecido para el bien de cada estado en particular.

La mezcla de las naciones en Europa ha hecho admitir generalmen-

te los vicios de cada una, y desterrar las virtudes respectivas. De aquí nacerá, si ya no ha nacido, que los nobles de todos los paises tengan igual despego á su patria, formando entre todos una nueva nacion separada de las otras, y distinta en idioma, trage y religion; y que los pueblos sean infelices en igual grado; esto es, en proporcion de la semejanza de los nobles. Síguese á eso la decadencia general de los estados, pues solo se mantienen los unos por la flaqueza de los otros, y ninguno por fuerza suya, ó propio vigor. El tiempo que tarden las cortes en uniformarse exâctamente en luxo y relaxacion, tardarán tambien las naciones en asegurarse las unas de la ambicion de las otras: y este grado de universal abatimiento, parecerá un apetecible sistéma de seguridad á los ojos de los políticos afeminados; pero los buenos, los prudentes, los que merecen este nombre, conocerán que un corto número de años las reducirá todas á un estado de flaqueza que les vaticine pronta y horrorosa destruccion. Si desembarcasen algunas naciones guerreras,

y desconocidas en los dos extremos de Europa, mandadas por unos héroes de aquellos que produce un clima, quando otro no da sino hombres medianos, no dudo que se encoutrarian en medio de Europa, habiendo atravesado y destruido un hermosísimo pais. ¿Qué obstáculos hallarian de parte de sus habitantes? No sé si lo diga con risa, ó con lástima. Unos exércitos muy lucidos y simétricos sin duda; pero debilitados por el peso de sus pasiones y costumbres, y mandados por generales en quienes hay menos de lo que se requiere de aquel gran estímulo de un héroe, á saber, el patriotismo. Ni creas que para detener semejantes irrupciones sea suficiente obstáculo el número de las ciudades fortificadas. Si reynan el luxo, la desidia, y otros vicios semejantes, frutos de la relaxacion de las costumbres, estos sin duda abrirán las puertas de las ciudadelas al enemigo. La mejor fortaleza, la mas segura, la única invencible es la que consiste en los corazones de los hombres, no en lo alto de los muros, ni en lo profundo de los fosos. ¿Quáles fueron las tro-

pas que nos presentaron en las orillas del Guadalete los godos españoles? ¡Quán pronto, en proporcion del número, fueron deshechas por nuestros abuelos, fuertes, austéros y atrevidos! ¡Quán largo y triste tiempo el de su esclavitud! ¡Quánta sangre derramada durante ocho siglos, para reparar el daño que les hizo la afeminacion, y para sacudir el yugo que jamas los hubiera oprimido, si hubiesen mantenido el rigor de las costumbres de sus antepasados!

No esperaba el apologista del siglo en que nacimos estas razones, y mucho menos las siguientes, en que contraxe todo lo dicho á su mismo país, continuando de este modo.

Aunque todo esto no fuese así en varias partes de Europa, ¿puedes dudarlo respecto de la tuya? La decadencia de tu patria en este siglo es capaz de demostracion con todo el rigor geométrico. ¿Hablas de poblacion? Tienes diez millones escasos de almas, mitad del número de vasallos españoles que contaba Fernando el Católico. Esta disminucion es evidente. Veo algunas pocas

casas nuevas en Madrid, y tal qual ciudad grande; pero sal por esas provincias, y verás á lo menos dos terceras partes de casas caidas, sin esperanza de que una sola pueda algun dia levantarse. Ciudad tienes en España que contó algun dia quince mil familias, reducida hoy á ochocientas. ¿Hablas de ciencias? En el siglo antepasado tu nacion era la mas docta de Europa, como la Francesa en el pasado, y la Inglesa en el actual: pero hoy del otro lado de los Pirineos apénas se conocen los sabios, que así se llaman por acá. ¿Hablas de agricultura? Esta siempre sigue la proporcion de la poblacion. Infórmate de los ancianos del pueblo, y oirás lástimas. ¿Hablas de manufacturas? ¿Qué se han hecho las antiguas de Córdoba, Segovia y otras? Fueron famosas en el mundo, y ahora las que las han reemplazado, estan muy lejos de igualarlas en fama y mérito: se hallan muy en sus principios respecto á las de Francia é Inglaterra.

Me preparaba á proseguir por otros ramos, quando se levantó muy sofo-

cado el apologista, miró á todas partes, y viendo que nadie le apoyaba jugó como por distraccion con los cascabeles de sus dos reloxes, y se fué diciendo: no consiste en eso la cultura del siglo actual, su excelencia entre todos los pasados y venideros, y la felicidad mia, y de mis contemporáneos. El punto está en que se come con mas primor; los lacayos hablan de política; los maridos y los amantes no se desafian; y desde el sitio de Troya hasta el de Almeida no se ha visto produccion tan honrosa para el espíritu humano, tan útil para la sociedad, y tan maravillosa en sus efectos, como los polvos *sans pareills* inventados por Mr. Frivoleti en la calle de San Honorato de París.

Dices muy bien, le repliqué; y me levanté para ir á mis oraciones acostumbradas, añadiendo una y muy fervorosa, para que el Cielo aparte de mi patria los efectos de la cultura de este siglo, si consiste en lo que este ponia su defensa.

CARTA V.

Del mismo, al mismo.

He leido la toma de México por los españoles, y un extracto de los historiadores que han escrito las conquistas de esta nacion en aquella remota parte del mundo que se llama América; y te aseguro que todo parece haberse executado por arte mágica. Descubrimiento, conquista, posesion y dominio, son otras tantas maravillas.

Como los autores, en los quales he leido esta serie de prodigios, son todos españoles, la imparcialidad que profeso pide tambien que lea lo escrito por los extrangeros. Luego sacaré una razon media entre lo que digan estos y aquellos, y creo que en ella podré fundar el dictamen mas sano; supuesto que la conquista y dominio de aquel medio mundo tuvieron, y aun tienen, tanto influxo sobre las costumbres de los españoles, que son ahora el objeto de mi especulacion. La lectu-

ra de esta historia particular es un suplemento necesario al de la historia general de España, y clave precisa para la inteligencia de varias alteraciones sucedidas en el estado político y moral de esta nacion. No entraré en la qüestion tan vulgar de saber, si estas nuevas adquisiciones han sido útiles, inútiles, ó perjudiciales á España. No hay evento alguno en las cosas humanas que no pueda convertirse en daño, ó en provecho, segun le maneje la prudencia.

CARTA VI.

Del mismo, al mismo.

El atraso de las ciencias en España en este siglo, ¿quién puede dudar que proceda de la falta de proteccion que hallan sus profesores? Hay cochero en Madrid que gana trescientos pesos duros, y cocinero que funda mayorazgo; pero no hay quien no sepa que se ha de morir de hambre como se entregue á las ciencias, exceptuadas las de *pane lucrando*, que son las úni-

cas que dan que comer.

Los pocos que cultivan las otras, son como los aventureros voluntarios de los exércitos que no llevan paga, y se exponen mas. Es un gusto oirlos hablar de matemáticas, física moderna, historia natural, derecho de gentes, antigüedades, y letras humanas, á veces con mas recato que si hicieran moneda falsa. Viven en la obscuridad, y mueren como vivieron, tenidos por sabios superficiales, en el concepto de los que saben poner setenta y siete silogismos seguidos sobre si los cielos son fluidos ó sólidos.

Hablando pocos dias ha con un sabio escolástico de los mas condecorados en su carrera, le oí esta expresion, con motivo de haberse nombrado á un sugeto excelente en matemáticas: *sí, en su país se aplican muchos á esas cosillas, como matemáticas, lenguas orientales, física, derecho de gentes, y otras semejantes.* Pero yo te aseguro, Ben-Beley, que si señalasen premios para los profesores, premios de honor ó de interes, ó de ambos, ¡qué progresos no harian! Si hubiese siquiera quien los pro-

tegiese, se esmerarian sin mas estímulo positivo; pero no hay protectores.

Tan persuadido está mi amigo Nuño de esta verdad, que hablando de esto me dixo: en otros tiempos, allá quando me imaginaba que era útil y glorioso dexar fama en el mundo, trabajé una obra sobre varias partes de la literatura que habia cultivado, aunque con mas amor que buen suceso. Quise que saliese baxo la sombra de algun poderoso, como es natural á todo autor principiante. Oí á un magnate decir que todos los autores eran locos: á otro, que las dedicatorias eran estafas: á otro, que renegaba del que inventó el papel: otro se burlaba de los hombres que se imaginaban saber algo: otro me insinuó que la obra que le sería mas acepta, sería la letra de una tonadilla: otro me dixo que me viera con un criado suyo, para tratar de esta materia: otro ni me quiso hablar: otro ni me quiso responder: otro ni me quiso escuchar: y de resultas de todo esto, tomé la determinacion de dedicar el fruto de mis desvelos al mozo

que traía el agua á casa. Su nombre era Domingo, su patria Galicia, su oficio ya está dicho; con que recogí todos estos preciosos materiales para formar la dedicatoria de esta obra. Al decir estas palabras, sacó de la cartera unos quadernos, púsose los anteojos, acercóse á la luz, y despues de haber ojeado, empezó á leer. Dedicatoria á Domingo de Domingos, aguador decano de la fuente del Ave-María. Detúvose mi amigo un poco, y me dixo: ¡mira qué Mecenas! y prosiguió leyendo.

»Buen Domingo, arquea las cejas; ponte grave; tose; escupe; gargagéa; toma un polvo con gravedad; bosteza con estrépito; tiendete sobre este banco; empieza á roncar mientras leo esta mi muy humilde, muy sincéra, y muy justa dedicatoria. ¡Qué! ¿te ries, y me dices que eres un pobre aguador, tonto, plebeyo, y por tanto sugeto poco apto para proteger obras y autores? Pues qué, ¿te parece que para ser un Mecenas, es preciso ser noble, rico y sabio? Mira, buen Domingo, á falta de otros, tú eres excelente. ¿Quién

me quitará que te llame, si quiero, mas noble que Enéas, mas guerrero que Alexandro, mas rico que Creso, mas hermoso que Narciso, mas sabio que los siete de Grecia, y todos los mases que me vengan á la pluma? Nadie me lo puede impedir sino la verdad; y ésta has de saber que no ata las manos á los escritores; ántes suelen ellos atarla á ella, y cortarla las piernas, y sacarla los ojos, y taparla la boca. Admite pues este obsequio literario: sepa la posteridad que Domingo de Domingos, de inmemorial genealogía, aguador de las mas famosas fuentes de Madrid, ha sido, es y será el único patron, protector y favorecedor de esta obra.

„Generaciones futuras, familias de venideros siglos, gentes extrañas, naciones no conocidas, mundos aun no descubiertos, venerad esta obra, no por su mérito, harto pequeño y trivial, sino por el sublime, ilustre, excelente, egregio, encumbrado, y nunca bastantemente aplaudido nombre, título y timbre de mi Mecenas.

„Tu, monstruo horrendo, envi-

dia, furia tan bien pintada por Ovidio, que solo estás mejor retratada en las caras de algunos amigos mios, muerde con tus mismos negros dientes tus maldicientes y rabiosos labios, y tu ponzoñosa y escandalosa lengua; vuelva á tu pecho infernal la envenenada saliva, que iba á dar horrorosos movimientos á tu maldiciente boca, mas horrenda que la del infierno, pues ésta solo es temible á los malvados, y la tuya aun lo es mas á los buenos.

»Perdona, Domingo, esta bocanada de cosas, que me inspira la alta dicha de tu favor. Pero ¿quién en la rueda de la fortuna no se envanece en lo mas alto de ella? ¿quién no se hincha con el soplo lisonjero de la suerte? ¿quién desde la cumbre de la prosperidad no se juzga superior á los que poco antes se hallaban en el mismo horizonte? Tú, tú mismo, á quien contemplo mayor que muchos héroes, que no son aguadores, ¿no te sientes el corazon lleno de una noble presuncion, quando llegas con tu cántaro á la fuente, y todos tus compañeros, compañeros dignísimos, te hacen lugar? ¡Con qué ge-

neroso fuego he visto brillar tus ojos, quando recibes este obsequio! obsequio que tanto mereces por tus canas, nacidas en subir y baxar las escaleras de mi casa y de otras. ¡Ay de aquel que se te resistiera! ¡qué cantarazo llevaria! Si todos se te reveláran, á todos aterrarias con tu cántaro y puño, como Jupiter á los gigantes con sus rayos y centellas. A los filósofos pareceria exceso ridículo de orgullo esta amenaza (y las de otros héroes de esta clase); pero ¿quiénes son los filósofos? Unos hombres rectos y amantes de las ciencias, que quisieran hacer á todos los otros hombres odiar las necedades que tienen la lengua unisona con el corazon, y otras ridiculeces semejantes. Vuélvanse pues los filósofos á sus guardillas, y dexen rodar la bola del mundo por esos ayres de Dios; de modo que, á fuerza de dar vueltas, se desvanezcan las pocas cabezas que aun se mantienen firmes, y todo el mundo se convierta en un espacioso hospital de locos."

CARTA VII.

Del mismo, al mismo.

En el Imperio de Marruecos todos somos igualmente despreciables en el concepto del Emperador, y despreciados en el de la plebe: ó por mejor decir, todos somos plebe, siendo muy accidental la distincion de uno á otro individuo para el mismo, y de ninguna esperanza para sus hijos: pero en Europa son varias las clases de vasallos en el dominio de cada Monarca.

La primera consta de hombres que poseen inmensas riquezas de sus padres, y dexan por el mismo motivo á sus hijos considerables bienes. Ciertos empleos se dan á estos solos, y gozan con mas inmediacion el favor del Soberano. A esta gerarquía se sigue otra de nobles menos condecorados y poderosos. Su mucho numero llena los empleos de las tropas, armadas, tribunales, magistraturas y otros, que en el gobierno monárquico no suelen

darse á los plebeyos, sino por algun mérito sobresaliente.

Entre nosotros, siendo todos iguales, y poco duraderas las dignidades y posesiones, no se necesita diferencia en el modo de criar los hijos; pero en Europa la educacion de la juventud debe mirarse como objeto de la primera importancia. El que nace en la ínfima clase de las tres, que ha de pasar su vida en ella, no necesita estudios, sino saber el oficio de su padre en los términos en que se le vé exercer. El de la segunda ya necesita otra educacion para desempeñar los empleos que ha de ocupar con el tiempo. Los de la primera se ven precisados á esto mismo con mas fuerte obligacion, porque á los veinte y cinco años, ó antes, han de gobernar sus estados, que son muy vastos, disponer de inmensas rentas, mandar cuerpos militares, concurrir con los Embaxadores, frecuentar el palacio, y ser dechado de los de la segunda clase.

Esta teoría no siempre se verifica con la exâctitud que se necesita. En este siglo se nota alguna falta de es-

to en España. Entre risa y llanto me contó Nuño un lance que parece de novela, en que se halló, y que prueba evidentemente esta falta, tanto mas sensible quanto de él mismo se prueba la viveza de los talentos de la juventud española, singularmente en algunas provincias; pero antes de contármele, hizo el preludio siguiente.

Dias ha que vivo en el mundo, como si me hallára fuera de él. En este supuesto, no sé á quántos estamos de educacion pública; y lo que es mas, tampoco quiero saberlo. Quando yo era capitan de infantería, me hallaba en frecuentes concursos de gentes de todas clases: noté esta misma desgracia; y queriendo remediarla en mis hijos, si Dios me los daba, leí, oí, medité y hablé mucho sobre esta materia. Hallé diferentes pareceres; unos sobre que convenia tal educacion; otros sobre que convenia la otra tal; y tambien algunos sobre que no convenia ninguna.

Me acuerdo que yendo á Cádiz, donde se hallaba mi regimiento de guarnicion, me extravié, y me perdí en

un monte. Iba anocheciendo quando me encontré con un caballerete de hasta veinte y dos años, de buen porte y presencia. Llevaba un arrogante caballo, sus dos pistolas primorosas, calzon y ajustador de ante con muchas docenas de botones de plata, el pelo dentro de una redecilla blanca, capa de verano caida sobre el anca del caballo, sombrero blanco finísimo, y pañuelo de seda morado al cuello. Nos saludamos como es regular; y preguntándole yo por el camino de tal parte, me respondió, que estaba léjos de allí: que la noche ya estaba encima, y dispuesta á tronar: que el monte no era muy seguro: que mi caballo estaba cansado; y que en vista de todo esto, me aconsejaba y suplicaba que fuese con él á un cortijo de su abuelo, que estaba á media legua corta. Lo dixo todo con tanta franqueza y agasajo, y lo instó con tanto empeño, que acepté la oferta. La conversacion recayó sobre el tiempo y cosas semejantes; pero en ella manifestaba el mozo una luz natural clarisima con varias salidas de viveza y feliz penetracion; lo

...

que junto con una voz muy agradable, y gesto muy proporcionado, mostraba en él todos los requisitos naturales de un perfecto orador; pero de los artificiales, esto es, de los que enseña el arte por medio del estudio, no se hallaba ni uno siquiera. Salimos ya del monte, quando no pudiendo menos de notar lo hermoso de los troncos que acababamos de ver, le pregunté si cortaban de aquella madera para construccion de navíos.

¿Qué sé yo de eso? me respondió con presteza. Para eso mi tio el Comendador. En todo el dia no habla sino de navíos, brulotes, fragatas y galeras. ¡Válgame Dios, y qué pesado está el buen caballero! ¡Poquitas veces hemos oido de su boca, algo trémula por sobra de años, y falta de dientes, la batalla de Tolon: la toma de los navíos *la Princesa y el Glorioso*: y la colocacion de los navíos de Leso en Cartagena! Tengo la cabeza llena de almirantes holandeses é ingleses. Por quanto hay en el mundo dexará de rezar todas las noches á San Telmo por los navegantes: y luego entra un

gran parladillo sobre los peligros de la mar; al que se sigue otro sobre la pérdida de toda una flota entera, no sé qué año, en que se escapó el buen señor nadando; y luego una digresion muy natural y bien traida sobre lo útil que es el saber nadar. Desde que tengo uso de razon, no le he visto corresponderse por escrito sino con el Marques de la Victoria, ni le he conocido mas pesadumbres, que la que tuvo por la muerte de don Jorge Juan. El otro dia estábamos muy descuidados comiendo, y al dar el relox las tres, dió una gran palmada en la mesa, que hubo de romperla, ó romperse las manos; y dixo, no sin muchísima cólera: á esta hora fué quando se llegó á nosotros, que íbamos en el navío la *Princesa*, el tercer navío ingles. ¡Y á fe que era muy hermoso! Era de noventa cañones; ¡y qué velero! Le mandaba un señor oficial. Si no por él, los otros dos no hubieran contado el lance. ¿Pero qué se ha de hacer? ¡Tantos á uno! En esto le asaltó la gota que padece dias ha, y que nos valió un

poco de descanso, porque si no, tenia traza de irnos contando uno á uno todos los lances de mar, que ha habido en el mundo desde el arca de Noé.

Cesó por un rato el mozalvete la murmuracion contra su tio, tan venerable, segun lo que él mismo contaba; y al entrar en un campo muy llano con dos lugarcitos, que se descubrian á corta distancia el uno del otro, ¡bravo campo! dixe yo, para disponer setenta mil hombres en batalla. Con esas á mi primo el Cadete de Guardias, respondió el otro con igual desembarazo. Sabe quántas batallas se han dado desde que los Angeles buenos derrotáron á los malos. Y no es lo mas eso, sino que sabe tambien las que se perdieron, por qué se perdieron: las que se ganaron, por qué se ganaron; y por qué quedaron indecisas, las que ni se ganaron, ni se perdieron. Ya lleva gastados no sé quántos doblones en instrumentos de matemáticas; y tiene un baul lleno de unos planos que él llama, y son unas estampas feas, que ni tienen caras, ni cuerpos.

Procuré no hablarle mas de egército que de marina; y solo le dixe, no sería léjos de aquí la batalla que se dió en tiempo de don Rodrigo, y fué tan costosa como nos dice la historia. ¡Historia! dixo. Me alegrára que estuviera aquí mi hermano el Canónigo de Sevilla. Yo no la he aprendido, porque Dios me ha dado en él una biblioteca viva de todas las historias del mundo. Es mozo que sabe de qué color era el vestido que llevaba puesto el Rey San Fernando quando tomó á Sevilla.

Llegábamos ya cerca del cortijo, sin que el caballero me hubiera contestado á materia alguna de quantas le toqué. Mi natural sinceridad me llevó á preguntarle cómo le habian educado, y me respondió: á mi gusto, al de mi madre y al de mi abuelo, que era un señor muy anciano, que me queria como á las niñas de sus ojos. Murió de cerca de cien años de edad. Habia sido Capitan de Lanzas de Cárlos II., en cuyo palacio se habia criado. Mi padre bien queria que yo estudiase; pero tuvo poca vida y

autoridad para conseguirlo. Murió sin tener el gusto de verme escribir. Ya me habia buscado un ayo, y la cosa iba de veras, quando cierto accidentillo lo descompuso todo.

¿Quales fueron sus primeras lecciones? le pregunté. Ninguna, respondió el mocito: en sabiendo leer un romance y tocar un polo, ¿para qué necesita mas un caballero? Mi *Domine* bien quiso meterme en honduras; pero le fué muy mal, y hubo de irle mucho peor. El caso fué que habia yo ido con otros camaradas á un encierro. Supolo el buen maestro, y vino tras mí á oponerse á mi voluntad. Llegó precisamente á tiempo que los vaqueros me andaban enseñando como se toma la vara. No pudo su desgracia traerle á peor ocasion. A la segunda palabra que quiso hablar, le dí un varazo tan divino enmedio de los sentidos, que le abrí la cabeza en mas cascos que una naranja: y gracias á que me contuve, porque mi primer pensamiento fué ponerle una vara lo mismo que á un toro de diez años; pero por primera vez me contenté con

lo dicho. Todos gritaban : viva el señorito ; y hasta el tio Gregorio , que es hombre de pocas palabras , exclamó : lo ha hecho Usía como un Angel del Cielo.

¿ Quién es ese tio Gregorio ? preguntéle atónito de que aprobase tal insolencia ; y me respondió : el tio Gregorio es un carnicero de la ciudad que suele acompañarnos á comer, fumar y jugar. ¡ Poquito le queremos todos los caballeros de por acá ! Con ocasion de irse mi primo Jayme María á Granada , y yo á Sevilla , hubimos de sacar la espada sobre quién se lo habia de llevar ; y en esto hubiera parado la cosa , si en aquel tiempo mismo no le hubiera prendido la Justicia por no sé qué puñaladillas que dió en la feria , y otras frioleras semejantes, que todo ello se compuso al mes de cárcel.

Dándome cuenta del carácter del tio Gregorio, y otros iguales personages, llegamos al cortijo. Presentóme á los que allí se hallaban , que eran amigos ó parientes suyos de la misma edad, clase, y crianza, que se habian

juntado para ir á una cacería, y esperando la hora competente, pasaban la noche jugando, cenando, cantando y baylando; para todo lo qual se hallaban muy bien provistos, porque habian concurrido algunas gitanas con sus venerables padres, dignos esposos y preciosos hijos. Allí tuve la dicha de conocer al señor tio Gregorio. Por su voz ronca y hueca, patilla larga, vientre redondo, modales ásperos, frecuentes juramentos, y trato familiar se distinguia entre todos. Su oficio era hacer cigarros, dándolos ya encendidos de su boca á los caballeritos, atizar velones, decir el nombre y mérito de cada gitana, llevar el compas con las palmas de las manos quando baylaba alguno de sus mas apasionados protectores, y brindar á sus saludes con medios cántaros de vino. Conociendo que venia cansado, me hicieron cenar luego, y me llevaron á un quarto algo apartado para dormir, destinando un mozo del cortijo, que me llamase y conduxese al camino. Contarte los dichos y hechos de aquellos académicos fuera imposible, ó tal

vez indecente: solo diré que el humo de los cigarros, los gritos y palmadas del tio Gregorio, la bulla de todas las voces, el ruido de las castañuelas, lo destemplado de la guitarra, el chillido de las gitanas, sobre qual habia de tocar el polo, para que le baylara Preciosilla, el ladrido de los perros, y el desentono de los que cantaban, no me dexaron pegar los ojos en toda la noche. Llegada la hora de marchar, monté á caballo, diciéndome á mí mismo en voz baxa: ¿así se cria una juventud, que pudiera ser tan útil, si fuera la educacion igual al talento? y un hombre sério, que al parecer estaba de mal humor con aquel género de vida, oyéndome, me dixo con lágrimas en los ojos: sí señor, así se cria.

CARTA VIII.

Del mismo, al mismo.

Lo extraño de la dedicatoria de mi amigo Nuño á su aguador Domingo, y lo raro de su carácter, nacido

de la variedad de cosas que por él han pasado, me hizo importunarle, para que me enseñase la obra; pero en vano. Entablé otra pretension, y fué, que me dixese siquiera el asunto, ya que no me la queria mostrar. Hícele varias preguntas. ¿Será de Filosofia? No por cierto, me respondió. A fuerza de usarse esa voz, se ha gastado. Segun la variedad de los hombres que se llaman filósofos, ya no sé qué es Filosofia. No hay extravagancia que no se condecore con tan sublime nombre. ¿De Matemáticas? Tampoco. Eso quiere un estudio muy seguido, y yo le abandoné desde los principios. Publicar en quarto lo que otros en octavo: en pergamino lo que otros en pasta: ó juntar un poco de este, de otro, y de aquel, se llama ser copista mas ó menos exacto, y no autor. Es engañar al público, y ganar dinero, que se vuelve materia de restitucion. ¿De Jurisprudencia? Menos. A medida que se han ido multiplicando los autores de esta facultad, se ha ido obscureciendo la justicia. A este paso, me parece cada

nuevo escritor de leyes como el infractor de ellas: tanto delito es comentarlas como quebrantarlas. Comentarios, interpretaciones, glosas, notas, &c. suelen ser otros tantos ardides de la guerra forense. Si por mí fuera, se debiera prohibir toda obra nueva sobre esta materia, por el mismo hecho. ¿De Poesía? Tampoco. El Parnaso produce flores que no deben cultivarse sino por manos de jóvenes. Las musas no solo se espantan de las canas de la cabeza, sino hasta de las arrugas de la cara. Parece mal un viejo con guirnaldas de mirtos y violas, convidando á los ecos y á las aves á cantar los rigores ó favores de Amarilis. ¿De Teología? Por ningun término. Adoro la esencia de mi Criador: traten otros de sus atributos. Su magnificencia, su justicia, su bondan llenan mi alma de reverencia para adorarle; no mi pluma de orgullo para quererle penetrar. ¿De Estado? No lo pretendo. Cada reyno tiene sus leyes fundamentales, su constitucion, su historia, sus tribunales y conocimiento del carácter, de sus pue-

blos, de sus fuerzas, clima, productos y alianzas. De todo esto nace la ciencia de los estados: estúdienla los que han de gobernar: yo nací para obedecer, y para esto basta amar á su Rey y á su patria, dos cosas á que nadie me ha ganado hasta ahora.

¿Pues de qué tratas en tu obra? insté yo, no sin alguna impaciencia; algo de esto ha de ser. ¿Qué otro asunto puede haber digno de la aplicacion y estudio? No te canses, respondió. Mi obra no era mas que un diccionario castellano, en que se distinguiese el sentido primitivo de cada voz, y el abusivo que le han dado los hombres en el trato. O inventar un idioma entero, ó volver á fundir el viejo, porque ya no sirve. Aun conservo en la memoria la advertencia preliminar, que enseña el verdadero uso de mi diccionario; y decia así, sobre palabra mas ó menos. Advertencia preliminar sobre el uso de este nuevo diccionario castellano. Presento al lector un nuevo diccionario diferente de todos los que se conocen hasta ahora. En él no me em-

peño en poner mil voces mas ó menos que en otro; ni en averiguar si una palabra es de Solís, ó de Saavedra, ó de Cervantes, ó de Mariana, ó de Juan de Mena, ó de Alonso el de las Partidas; ni en saber si esta voz ó la otra viene del Arábigo, del Latin, del Cántabro, del Fenicio ó del Cartaginés; ni en decir si tal término está ya antiquado, ó es corriente, ó nuevamente admitido; ó si tal expresion es baxa, media ó sublime; si es prosaica, ó si es poética. No emprendo trabajo alguno de estos, sino otro menos lucido para mí; pero mas útil para todos mis hermanos los hombres. Mi ánimo es explicar lisa y llanamente el sentido primitivo, genuino y real de cada voz, y el abuso que de ella se ha hecho, ó sea su sentido abusivo en el trato civil. ¿Y para qué se toma ese trabajo? me dice un señorito, mirándose los encaxes de las vueltas. Para que nadie se engañe, le respondo yo, mirándole cara á cara, como yo me he engañado, por creer que los verbos *amar*, *servir*, *favorecer*, *estimar* y otros

tales no tienen mas que un sentido, siendo así que tienen tantos que no hay guarismo que alcance. ¿A dónde habrá paciencia para que un pobre como yo, por exemplo, se despida de su familia, dexe su lugar, se venga á Madrid, se esté años, gaste su hacienda, suba y baxe escaleras, haga plantones, abrace pages, salude porteros, pase enfermedades, y al cabo se vuelva peor de lo que vino? ¿y todo por qué? Porque no entendió el verdadero sentido de unas quantas cláusulas que leyó en una carta recibida por pasquas, sino que tomó al pie de la letra aquello de "celebraré que nos veamos quanto antes por acá; pues el particular conocimiento que en la Corte tenemos de sus apreciables circunstancias, largo mérito, servicio de sus antepasados, y aptitud para el desempeño de qualquier encargo, serían justos motivos de complacerle en las pretensiones que quisiese entablar; concurriendo en mí otras y mayores obligaciones de servirle por los particulares favores que debí á sus señores padres (que san-

ta gloria hayan), y los enlaces de mi casa con la de vmd. ; cuya vida, en compañía de su esposa, y mi señora, guarde Dios muchos y muy felices años, como deseo y pido. Madrid tantos de tal mes, &c.: y luego mas abaxo. B. L. M. de vmd. su mas rendido servidor y apasionado amigo, que verle desea, Fulano de tal."

Para desengaño, pues, de los pocos tontos que han quedado aun en el mundo, capaces de creer que significan algo estas expresiones, compuse este caritativo diccionario, con el fin de que no solo no se dexen llevar del sentido dañoso del idioma, sino que con esta ayuda, y un poco de práctica, puedan tambien hablar á cada uno en su lengua. Si el público conociese la utilidad de esta obra, me animaré á componer una gramática análoga al diccionario: y tanto puede ser el estímulo, que me determine á componer una retórica, lógica y metafisica de la misma naturaleza. Proyecto, que si llega á efectuarse, puede muy bien establecer un

nuevo sistema de educacion pública, y darme entre mis conciudadanos mas fama y veneracion que la que adquirió Confucio entre los suyos por los preceptos de moral que les dexó.

Calló mi amigo, y nos fuimos á nuestro acostumbrado paseo. Discurro que el christiano tiene razon, y que en todas las lenguas de Europa hace falta semejante diccionario.

CARTA IX.

Del mismo, al mismo.

Acabo de leer algo de lo escrito por los europeos, que no son españoles, acerca de la conquista de la América. Si entre los españoles no se oye sino religion, heroismo, vasallage y otras voces dignas de respeto; entre las de los extrangeros no suenan sino codicia, tiranía, perfidia, y otras no menos espantosas. No pude menos de comunicarselo á mi amigo Nuño, quien me dixo que era asunto dignísimo de un fino discernimiento, juiciosa crítica y madura refle-

xîon ; pero que entretanto, y reservándome el derecho de formar el concepto que mas justo me pareciese en adelante, reflexîonase por ahora que los pueblos, que tanto vocean la crueldad de los españoles en América, son precisamente los mismos que van á las costas de Africa, compran animales racionales de ambos sexôs á sus padres, hermanos, amigos y guerreros victoriosos, sin mas derecho que ser los compradores blancos, y los comprados negros; los embarcan como brutos; los llevan millares de leguas desnudos, hambrientos y sedientos; los desembarcan en América; los venden en público mercado como jumentos, á mas precio los mozos sanos y robustos, y á mucho mas las infelices mugeres que se hallan con otro fruto de miseria dentro de sí mismas; toman el dinero; se le llevan á sus humanísimos países; y con el producto de esta venta imprimen libros llenos de elegantes invectivas, retóricos insultos y elocuentes injurias contra Hernan Cortés por lo que hizo; ¿y qué hizo? Lo siguiente. Sacaré mi cartera, y te leeré algo sobre eso.

• • •

1.º Acepta Cortes el encargo de mandar unos pocos soldados para la conquista de un pais no conocido, porque reciben la órden del General, baxo cuyo mando servian. Aquí no veo delito, sino subordinacion militar y arrojo increible en la empresa de tal expedicion con un puñado de hombres tan corto, que no se sabe cómo se ha de llamar.

2.º Prosigue á su destino no obstante las contrariedades de su fortuna y émulos. Llega á la isla de Cozumel (horrenda por los sacrificios de sangre humana, que eran frecuentes en ella), pone buen órden en sus tropas, las anima, y consigue derribar aquellos ídolos, cuyo culto era tan cruel á la humanidad, apaciguando los Isleños. Hasta aquí creo descubrir el carácter de un héroe.

3.º Sigue su viage: recoge un español cautivo entre los salvages, y en la ayuda que éste le dió, por su inteligencia de aquellos idiomas, halla la primera señal de sus futuros sucesos, conducidos éste y los restantes por aquella inexplicable encadenacion de cosas

que los christianos llamamos Providencia.

4.º Llega al rio de Grijalva, y tiene que pelear dentro del agua para facilitar el desembarco que consigue. Gana á Tabasco contra indios valerosos. Síguese una batalla contra un egército respetable, gana la victoria completa, y continúa su viage. La relacion de esta batalla da motivo á muchas reflexîones. Todas muy honoríficas al valor de los españoles; pero entre otras una que es tan óbvia como importante, á saber, que por mas que se pondere la ventaja que daba á los españoles sobre los indios la pólvora, las armas defensivas y el uso de los caballos, por el pasmo que causó este aparato guerrero nunca visto en aquellos climas, gran parte de la gloria debe siempre atribuirse á los vencedores por el número desproporcionado de los vencidos, destreza en sus armas, conocimiento del pais y otras tales ventajas que siempre duraban, y aun crecian al paso que se minoraba el susto que les habia impreso la vista primera de los europeos. El hombre que tenga me-

jores armas, si se halla contra ciento que no tengan mas que palos, matará cinco ú seis, ó cincuenta ó setenta; pero alguno le ha de matar, aunque no se valga mas que del cansancio que ha de causar el manejo de las armas, el calor, el polvo y las vueltas que puede dar por todos lados la quadrilla de sus enemigos. Este es el caso de los pocos españoles contra innumerables americanos, y esta misma proporcion se ha de tener presente en la relacion de todas las batallas del gran Cortés.

5.º De la misma flaqueza humana sabe Cortés sacar fruto para su intento. Una india noble, á quien se habia aficionado apasionadamente, le sirve de segundo intérprete, y es de suma utilidad en la expedicion. Primera muger que no ha perjudicado en un egército, y notable egemplo de lo útil que puede ser el bello sexô, siempre que dirija su sutileza natural á fines loables y grandes.

6.º Encuéntrase con los Embaxadores de Motezuma, con quienes tiene unas conferencias que pueden ser

modelo para los estadistas no solo americanos, sino europeos.

7.° Oye, no sin alguna admiracion, las grandezas del Imperio de Motezuma, cuya relacion ponderada sin duda por los Embaxadores para aterrarle, le da mayor idea del poder de aquel Emperador, y por consiguiente de la dificultad de la empresa y de la gloria de la conquista. Pero léjos de aprovecharse del concepto de deidades en que estaba él y los suyos entre aquellos pueblos, declara con magnanimidad nunca oida que él y los suyos son inferiores á aquella naturaleza, y no pasan de la humana. Esto me parece heroismo sin igual. Querer humillarse en el concepto de aquellos á quienes se va á conquistar (quando en semejantes casos conviene tanto alucinarlos), pide un corazon mas que humano. No merece tal varon los nombres que le dan los que miran con mas envidia que justicia sus hechos.

8.º Viendo la calidad de la empresa, no le parece bastante autoridad la que le dió el Gobernador Velazquez, y escribe en derechura á su So-

berano, dándole parte de lo que habia executado é intentaba executar; y acepta el baston que sus mismos súbditos le confieren. Prosigue tratando con suma prudencia á los americanos amigos, enemigos y neutrales.

9.º Recoge el fruto de la sagacidad con que dexó las espaldas guardadas, habiendo construido y fortificado para este efecto á Vera-Cruz en la orilla del mar, y parage de su desembarco en el continente de México.

10.º Descubre con notable sutileza, y castiga con brio á los que tramaban una conjuracion contra su heroyca persona y glorioso proyecto.

11.º Dexa á la posteridad un exemplo de valentía nunca imitado despues, y fué quemar y destruir la armada en que habia hecho aquel viage, para imposibilitar el regreso, y poner á los suyos en la formal precision de vencer ó morir: frase que muchos han dicho, y cosa que han hecho pocos.

12.º Prosigue, venciendo estorbos de todas especies, hacia la capital del Imperio. Conoce la importancia de la amistad con los Tlascaltecas, la enta-

bla y la perfecciona despues de haber vencido el egército numerosísimo de aquella república guerrera en dos batallas campales, precedidas de la derrota de una emboscada de cinco mil hombres. En esta guerra contra los Tlascaltecas ha reparado un amigo mio, versado en las maniobras militares de los griegos y romanos, todas quantas diferencias de evoluciones, ardides y táctica se hallan en Xenofonte, en Vejecio y otros autores de la antigüedad. No obstante, para disminuir la gloria de Cortés, dícese que eran bárbaros sus enemigos.

13.º Desvanece las persuasiones políticas de Motezuma, que queria apartar á los Tlascaltecas de la amistad de sus vencedores. Entra en Tlascala como conquistador y como aliado; establece la exâcta disciplina en su exército, y á su imitacion la establecen los de Tlascala en el suyo.

14.º Castiga la deslealtad de Cholulo, llega á la laguna de México, luego á la ciudad, y da la embaxada á Motezuma de parte de Cárlos.

15.º Hace admirar sus buenas prendas entre los sábios y nobles de aquel Imperio. Pero mientras Motezuma le obsequia con fiestas de extraordinario lucimiento y concurso, tiene Cortés aviso, que uno de los Generales Mexicanos, de órden de su Emperador, habia caido con un numeroso egército sobre la guarnicion de Vera-Cruz, mandada por Juan de Escalante, que habia salido á apaciguar aquellas cercanías; y de que con la apariencia de los festejos se preparaba una increible muchedumbre para acabar con los españoles, divertidos en el falso obsequio que se les hacia. En este lance, de que parecia no poder salir por fuerza ni prudencia humana, forma una determinacion de aquellas que algun genio superior inspira á las almas extraordinarias. Prende á Motezuma en su Palacio propio, en medio de su Corte, y en el centro de su Imperio: llévasele á su alojamiento por medio de la turba innumerable de sus vasallos, atónitos de ver la desgracia de su Soberano, no menos que la osadía de aquellos adve-

nedizos. No sé qué nombre darán á este arrojo los enemigos de Cortés. Yo no hallo voz en castellano que exprese la idea que me inspira.

16.º Aprovecha el terror que este arrojo esparció por México para castigar de muerte al General Mexicano delante de su Emperador, mandando poner grillos á Motezuma, mientras duraba la execucion de esta increible escena, negando el Emperador ser suya la comision que dió motivo á este suceso; accion que entiendo aun menos que la anterior.

17.º Sin derramar mas sangre que esta, consigue Cortés que el mismo Motezuma (cuya flaqueza de corazon se aumentaba con la del espíritu y la de su familia) reconozca, con todas las clases de sus vasallos, á Cárlos V. por sucesor suyo, y señor legítimo de México y sus provincias; en cuya fe entrega á Cortés un tesoro considerable.

18.º Dispónese á marchar á Vera-Cruz con ánimo de esperar las órdenes de la Corte; y se halla con noticias de haber llegado á las costas algunos navíos españoles con tropas mandadas por

Pánfilo de Narvaez, cuyo objeto era prenderle.

19.º Hállase en la perplexidad de tener enemigos españoles, sospechosos amigos mexicanos, dudosa la voluntad de la Corte de España, riesgo de no acudir al desembarco de Narvaez, peligro de salir de México; y por entre tantos sustos fiase en su fortuna, dexa un subalterno suyo con ochenta hombres, y marcha á la orilla del mar contra Pánfilo. Le asalta en su alojamiento, y aunque tenia doble número de gente, queda vencido y preso á los pies de Cortés, á cuyo favor se acaba de declarar la fortuna con el hecho de pasarse al partido del vencedor ochocientos españoles, y ochenta caballos, con doce piezas de artillería, que eran todas las fuerzas de Narvaez: nuevo socorro que la Providencia pone en su mano para completar la obra.

20.º Cortés vuelve á México triunfante, y sabe á su llegada que en su ausencia habian procurado destruir á los españoles los vasallos de Motezuma, indignados de la floxedad y cobardía con que habia sufrido los gri-

llos que le puso el increible arrojo de aquellos extrangeros. Desde aquí empiezan los lances sangrientos que causan tantas declamaciones. Sin duda es quadro horroroso el que se descubre; pero nótese el conjunto de circunstancias.

Los mexicanos, viéndole volver con aquel refuerzo, se determinan á la total aniquilacion de los españoles á toda costa. De motin en motin, de traicion en traicion, matando á su mismo Soberano, y sacrificando á los ídolos varios soldados de Cortés que habian caido en sus manos, ponen á los españoles en la precision de cerrar los ojos á la humanidad, y estos por libertar sus vidas, y en defensa propia natural de pocos mas de mil contra una multitud increible de fieras (pues en tales se habian convertido los indios), llenáron la ciudad de cadáveres, combatiendo con mas mortandad de enemigos, que esperanza de seguridad propia, pues en una de las cortas suspensiones de armas que hubo, dixo un mexicano á Cortés: *por cada hombre que pierdas tú, podremos perder vein-*

te mil nosotros; y aun así nuestro egército sobrevivirá al tuyo. Expresion, que verificada en el hecho, era capaz de aterrar á qualquier ánimo que no fuera el de Cortés; y precision en que no se ha visto hasta ahora tropa alguna del mundo.

En el Perú anduviéron menos humanos, dixo Nuño, doblando el papel, y guardando los anteojos, descansando de la lectura. Sí, amigo, lo confieso de buena fe, matáron muchos hombres á sangre fria; pero á trueque de esta imparcialidad que profeso, reflexîonen los que nos llaman barbaros, sobre la pintura que he hecho de la compra de negros, de que son reos los mismos que tanto lastiman la suerte de los americanos. Créeme, Gazel, créeme, que si me diesen á escoger entre morir en las ruinas de mi patria enmedio de mis magistrados, parientes, amigos y conciudadanos, y ser llevado con mi padre, muger é hijos millares de leguas metido en el entrepuentes de un navio, comiendo habas y bebiendo agua podrida, para ser vendido en América en mercado público, y ser despues empleado en

los trabajos mas duros hasta morir, oyendo siempre los ayes de tanto moribundo amigo, paisano ú compañero de mis fatigas, no tardaria en escoger la muerte de los primeros. A lo que debes añadir, que habiendo cesado tantos años ha la mortandad de los indios, tal qual haya sido, y durando todavía, con trazas de nunca cesar, la venta de los negros, será muy despreciable, á los ojos de qualquier hombre imparcial, quanto nos digan y repitan sobre este capítulo en verso ú en prosa, en estilo serio ú jocoso, en obras voluminosas ó en hojas sueltas los continuos mercaderes de carne humana.

CARTA X.

Del mismo, al mismo.

La poligamia, entre nosotros, está no solo autorizada por el Gobierno, sino mandada expresamente por la Religion. Entre estos europeos la Region la prohibe; pero casi me atrevo á decir, que la tolera la costumbre. Es-

to te parecerá extraño: no me lo pareció menos á mí; pero me confirma en que es verdad, no solo la vista, pues ésta suele engañarnos por la apariencia de las cosas, sino la conversacion de una noble christiana, con quien concurrí á una casa el otro dia. La sala estaba llena de gentes, todas pendientes del labio de un jóven de veinte años, que habia usurpado con inexplicable dominio la atencion del concurso. Si la rapidez de estilo, volubilidad de lengua, torrente de voces, movimiento continuo de un cuerpo ayroso, y gestos magestuosos, formasen un Orador perfecto, ninguno puede serlo tanto. Hablaba un idioma particular; particular digo, porque aunque todas las voces eran castellanas, no lo eran las frases. Tratábese de las mugeres, y se reducia el objeto de su arenga á ostentar un sumo desprecio hácia aquel sexô. Cansóse mucho despues de cansarnos á todos, sacó el relox, y dixo: esta es la hora, y de un brinco se puso fuera del quarto. Quedamos libres de aquel tirano de la conversacion, y empezamos á gozar del beneficio del

habla, que yo pensaba disfrutar por derecho de naturaleza hasta que la experiencia me enseñó que no hay tal libertad. Así como al acabarse la tempestad vuelven los paxaritos al canto que les interrumpiéron los truenos, así nos volvimos á hablar los unos á los otros; y yo como mas impaciente, pregunté á la muger mas inmediata á mi silla: ¿qué hombre es éste?

¿Qué quieres, Gazel; qué quieres que te diga? respondió ella con semblante turbado de un afecto entre vergüenza y dolor. Esta es una casta nueva entre nosotros: una provincia nuevamente descubierta en la península; ó por mejor decir, una nacion de bárbaros que hacen en España una invasion peligrosa, si no se atajan sus primeros progresos. Bástete saber que la época de su venida es reciente, aunque es pasmosa la rapidez de su conquista, y la duracion de su dominio.

Hasta entónces las mugeres, un poco mas sujetas en el trato, estaban en mas alto grado de estimacion: viejos, mozos y niños nos miraban con respeto; ahora nos tratan con despego.

Eramos entónces como los dioses Penates que los gentiles guardaban encerrados dentro de sus casas; pero con suma veneracion: ahora somos como el dios Término, que no se guardaba con puertas ni cerraduras; pero quedaba en el campo expuesto á las irreverencias de los hombres, y aun de los brutos.

* Segun lo que te digo, y otro tanto que te callo, y me dixo la christiana, podrás inferir que los musulmanes no tratamos peor la hermosa mitad del género humano: por lo que he ido viendo, saco la misma consecuencia; y me confirmo mucho mas en ella con lo que oí pocos dias ha á un mozo militar, sin duda hermano del que acabo de retratar en esta carta. Preguntóme ¿quántas mugeres componian mi serrallo? Respondile, que en vista de la tal qual altura en que me hallo, y atendida mi decencia precisa, habia procurado siempre mantenerme con alguna ostentacion; y que así entre muchas, cuyos nombres apénas sé, tengo doce blancas y seis negras. Pues, amigo, dixo el mozo, yo sin ser moro, ni tener serrallo, ni aguantar los quebra-

deros de cabezá que acarrea el gobierno de tantas hembras, puedo jurarte, que entre las que tomo por asalto, las que desean capitular, y las que se me entregan sin aguantar sitio, salgo á otras tantas por dia como tú tienes por toda tu vida entera y verdadera: calló, y aplaudióse á sí mismo con una risita, á mi ver, poco oportuna.

Ahora, amigo Ben-Beley, si esto es verdad, diez y ocho mugeres por dia en los 365 del año de estos christianos son 6570 conquistas las de este Hernan Cortés del género femenino: y contando que este héroe gaste solamente desde los 17 años de su edad hasta los 33 en tan horribles hazañas, tenemos que el total asciende en los dichos 17 años de su vida á la suma y cantidad de 111690 prisioneras, salvo yerro de cuenta: y echando un cálculo prudencial de las que pódia encadenar en lo restante de su vida con menos osadía que en los años de armas tomar, añadiendo las que corresponden á los dias que hay de pico sobre los 365 de los años regulares en los que ellos llaman bisiestos, puedo decir que resul-

ta, que la suma total llega al pie de 150000, número pasmoso, de que no puede jactarse ninguna serie entera de Emperadores turcos ó persas. *

De esto conjeturarás ser muy grande la relaxacion de costumbres; pero no por eso infieras que es total. Aun abundan matronas dignas de respeto, incapaces de admitir yugo tan duro como ignominioso; y su exemplo detiene á otras aun en la orilla misma del precipicio. Las débiles todavía conservan el conocimiento de su misma flaqueza, y profesan respeto á la fortaleza de las otras.

CARTA XI.

Del mismo, al mismo.

Las noticias que hemos tenido hasta ahora en Marruecos de la sociedad ó vida social de los europeos, nos parecian muy buenas, por ser muy semejante aquella á la nuestra, y ser muy natural en un hombre graduar por esta regla el mérito de los otros. Las mugeres, guardadas baxo muchas lla-

ves, las conversaciones de los hombres entre sí muy reservadas, el porte muy serio, las pocas concurrencias, y esas sujetas á una etiqueta forzosa, y otras costumbres de este tenor, no eran tanto efecto de su clima, religion y gobierno, segun quieren algunos, como monumentos de nuestro antiguo dominio. En ellas se ven permanecer reliquias de nuestro señorío, aun mas que en los edificios que subsisten en Córdoba, Granada, Toledo y otras partes; pero la franqueza en el trato de estos alegres nietos de aquellos graves abuelos, ha introducido cierta amistad universal entre todos los ciudadanos de un pueblo, y para los forasteros cierta hospitalidad tan generosa, que en comparacion de la antigua España, la moderna es una familia comun, en que son parientes, no solo todos los españoles, sino todos los hombres.

En lugar de aquellos cumplidos cortos que se decian las pocas veces que se hablaban, y eso de paso y sin detenerse, si venian encontrados; en lugar de aquellas reverencias pausadas y calculadas segun á quién, por quién,

y delante de quién se hacian; en lugar de aquellas visitas de ceremonia, que se pagaban con tales y tales motivos; en lugar de todo esto ha sobrevenido un torbellino de visitas diarias, continuas reverencias, impracticables á quien no tenga el cuerpo de goznes, estrechos abrazos, y continuas expresiones amistosas, tan largas de recitar, que uno como yo poco acostumbrado á ellas, necesita tomar cinco ú seis veces aliento antes de llegar al fin. Bien es verdad que para evitar este último inconveniente (que lo es hasta para los mas prácticos) se suele tomar el medio término de pronunciar entre dientes la mitad de estas arengas, no sin mucho peligro de que el sugeto cumplimentado reciba injurias en vez de lisonjas de parte del cumplimentador.

Nuño me llevó anoche á una tertulia (así se llaman cierto número de personas que concurren con frecuencia á una conversacion); presentóme á el ama de casa, porque has de saber que los amos no hacen papel en ellas; señora, la dixo, éste es un moro noble, cualidad que basta para que le admitais;

y honrado, prenda suficiente para que yo le estime.

Desea conocer á España; me he encargado de procurarle todos los medios para ello, y le presento á toda esta amable tertulia (lo que dixo mirando por toda la sala). La señora me hizo un cumplido de los que acabo de referir, y repitiéron otros iguales los concurrentes de uno y otro sexô. Aquella primera noche causó un poco de extrañeza mi modo de llevar el trage europeo y mi conversacion; pero al cabo de otras tres ó quatro noches era yo á todos ya tan familiar como qualquiera de ellos mismos. Algunos de los tertuliantes me visitáron en mi posada, y las tertuliantas me enviáron recados, cumplimentándome por mi llegada á esta Corte, y ofrèciéndome sus casas. Me habláron en los paseos, y me recibiéron sin susto, quando fuí á cumplir con la obligacion de visitarlas. Los maridos viven naturalmente en barrio distinto de el de las mugeres, porque en las casas de éstas no hallé mas hombres que los criados, y otros como yo, que iban á visita. Los que encontré

en la calle ó en la tertulia, á la segunda vez ya eran amigos mios; á. la tercera ya la amistad era antigua; á la quarta ya se habia olvidado la fecha, y á la quinta me entraba y salia por todas partes sin que me hablase alma viviente, ni siquiera el portero; el qual, con la gravedad de su bandolera y baston, no tenia por conveniente dexar su brasero y garita por tan frívolo motivo, como era entrarse un moro por la casa de un christiano.

Aun mas que con este exemplo, se comprueba la franqueza de los españoles de este siglo con la relacion de las mesas continuamente dispuestas en Madrid para quantos se quieran sentar á comer. La primera vez que me hallé en una de ellas conducido por Nuño, creí estar en alguna posada pública segun la libertad, aunque tanto lo desmentia la magnificencia de su aparato, la delicadeza de la comida, y lo ilustre de la compañía. Díxeselo así á mi amigo, manifestándole la confusion en que me hallaba; y él, conociéndola, y sonriéndose, me dixo: el amo de esta casa es uno de los mayores hom-

bres de la Monarquía; apenas importará doscientos pesos todos los años lo que come, y gasta cien mil en su mesa. Otros están en el mismo pie; y él y ellos son vasallos que dan lustre á la Corte, y solo son inferiores al Soberano, á quien sirven con tanta lealtad como explendor. Quedéme absorto, como tú quedarias si presenciáras lo que lees en esta carta.

Todo esto sin duda es muy bueno, porque contribuye á hacer al hombre cada dia mas sociable. El continuo trato y franqueza descubren mútuamente los corazones de los unos á los otros; hace que se comuniquen las especies, y se unan las voluntades. Así se lo estaba yo diciendo á Nuño, quando noté que oia con mucha frialdad lo que yo le ponderaba con fervor; ¡pero quál me sorprehendió quando le oí lo siguiente! Todas las cosas son buenas por un lado, y malas por otro, como las medallas que tienen derecho y revés. Esta libertad en el trato que tanto te hechiza, es como la rosa que tiene las espinas muy cerca del capullo. Sin aprobar la demasiada rigidez del siglo XVI,

no puedo tampoco conceder tantas ventajas á la libertad moderna. ¿ Cuentas por nada la molestia que sufre el que quiere, por exemplo, pasearse solo una tarde por distraerse de algun sentimiento, ó por reflexîonar sobre algo que le importe? conveniencia que lograria en lo antiguo solo con pasarse de largo sin hablar á los amigos; y mediante esta franqueza que alabas, se halla rodeado de importunos que le asaltan con mil insulseces sobre el tiempo que hace, los coches que hay en el paseo, color de la bata de tal dama, gusto de libreas de tal señor, y otras semejantes. ¿ Parécete poca incomodidad la que padece el que tenia ánimo de encerrarse en su quarto un dia, para poner en órden sus cosas domésticas, ó entregarse á una lectura que le haga mejor ó mas sábio? Lo qual tambien conseguiria en lo antiguo, á no ser el dia de su santo, ó cumple años; y en el método de hoy se halla con cinco ú seis visitas sucesivas de gentes ociosas que nada le importan, y que solo las hacen por no perder, por falta de exercitarlo, el sublime privilegio de entrar

y salir por qualquier parte, sin motivo ni intencion. Si queremos alzar un poco el discurso, ¿crees pequeño inconveniente, nacido de esta libertad, el que un Ministro, con la cabeza llena de negocios árduos, tenga que exponerse, digámoslo así, á la especulacion de veinte desocupados, ó tal vez espías, que con motivo de la mesa franca van á visitarle á la hora de comer, y observan de qué plato come, de qué vino bebe, con quál convidado se familiariza, con quién habla mucho, con quién poco, con quién nada, á quál en secreto, á quál á voces, á quién pone buena cara, á quién mala, á quién mediana? Piénsalo, reflexîónalo, y lo verás. La falta de etiqueta, en el actual trato de las mugeres, tambien me parece asunto de poca controversia: si no has olvidado la conversacion que tuviste con una señora de no menos juicio que virtud, podrás inferir que redundaba en honor de su sexô la antigua austeridad del nuestro, aunque sobrase, como no lo dudo, algo de aquel teson, de cuyo extremo nos hemos precipitado rápidamente al otro. No pue-

do menos de acordarme de la pintura que oí muchas veces hacer á mi abuelo de sus amores, galanteo y boda con mi abuela. Algun poco de rigor hubo por cierto en toda la empresa; pero no hubo parte de ella que no fuese un verdadero crisol de la virtud de la dama, del valor del galan, y del honor de ambos. La casualidad de concurrir á un sarao en Burgos, la conducta de mi abuelo enamorado desde aquel punto, el modo de introducir la conversacion, el declarar su amor á la dama, la respuesta de ella, el modo de experimentar la pasion del caballero (y aqui se complacia el buen viejo, contando los torneos, fiestas, músicas, desafios y tres campañas que hizo contra los moros por servirla, y acreditar su constancia), el modo de permitir ella que la pidiese á sus padres, las diligencias practicadas entre las dos familias, no obstante la conexîon que habia entre ellas; y en fin, todos los pasos, hasta lograr el deseado fin, indicaban merecerse mútuamente los novios. Por cierto, decia mi abuelo, poniéndose sumamente grave, que

estuvo á piqué de descomponerse la boda, por la casualidad de haberse encontrado en la misma calle, aunque á mucha distancia de la casa, una mañana de San Juan no sé qué escalera de cuerda, pedazos de guitarra, media linterna, al parecer de alguna ronda, y otras varias reliquias de una quimera que habia habido la noche anterior, y habia causado no pequeño escándalo; hasta que se averiguó haber procedido todo este desórden de una quadrilla de Capitanes mozalvetes, recien venidos de Flandes, que se juntaban aquellas noches en una casa de juego del barrio, en la que vivia una famosa dama cortesana.

CARTA XII.

Del mismo, al mismo.

En Marruecos no tenemos idea de lo que por acá se llama nobleza hereditaria, con que no me entenderias si te dixera que en España no solo hay familias nobles, sino provincias que lo son por heredad. Yo mismo que lo

estoy presenciando, no lo comprehendo. Te pondré un exemplo práctico, y lo entenderás menos, como á mí me sucede; y si no lée.

Pocos dias ha pregunté si estaba el coche pronto, pues mi amigo Nuño estaba malo, y yo queria visitarle. Me dixéron que no. Al cabo de media hora hice igual pregunta, y tuve igual respuesta. Pasada otra media hora pregunté, y me respondiéron lo propio. De allí á poco me dixéron que el coche estaba puesto; pero que el cochero estaba ocupado. Indagué la ocupacion al baxar las escaleras, y él mismo me desengañó, saliéndome al encuentro, y diciéndome: aunque soy cochero, soy noble. Han venido unos vasallos mios, y me han querido besar la mano, para llevar este contento á sus casas; con que por eso me he detenido; pero ya despaché. ¿A dónde vamos? y al decir esto montó en la mula, y arrimó el coche.

CARTA XIII.

Del mismo, al mismo.

Instando á mi amigo christiano para que me explicase qué es nobleza hereditaria, despues de decirme mil cosas que yo no entendí, mostrarme estampas, que me pareciéron de mágica, y figuras que tuve por capricho de algun pintor demente, y despues de reirse conmigo de muchas cosas que decia ser muy respetables en el mundo, concluyó con estas voces, interrumpidas con otras tantas carcaxadas de risa: nobleza hereditaria es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se llamó como yo me llamo, y fué hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo.

CARTA XIV.

Del mismo, al mismo.

Entre las voces que mi amigo hace ánimo de poner en su diccionario, la voz *victoria* es una de las que necesitan de mas explicacion, segun se confunde en las gazetas modernas. Toda la guerra pasada, dice Nuño, estuve leyendo gazetas y mercurios, y nunca pude entender quién ganaba ó perdia. Las mismas funciones en que me he hallado, me han parecido sueños, segun las relaciones impresas que he leido, y no supe jamas quando habiamos de cantar el *Te Deum*, ó el *Miserere*. Lo que sucede por lo regular es lo siguiente.

Dase una batalla sangrienta entre dos exércitos numerosos, y uno ú ambos quedan destruidos; pero ambos generales la envian pomposamente referida á sus cortes respectivas. El que mas ventaja sacó, por pequeña que sea, incluye en su relacion un estado de los enemigos muertos, heridos y prisione-

ros, cañones, morteros, banderas, estandartes, timbales y carros tomados. Se anuncia la victoria en su Corte con el *Te Deum*, luminarias, repique de campanas, &c. &c. El otro asegura que no fué batalla, sino un corto choque de poca ó ninguna importancia; que no obstante la grande superioridad del enemigo, no rehusó la accion; que las tropas del Rey hiciéron maravillas; que se acabó la funcion con el dia; y que no fiando su exército á la obscuridad de la noche, se retiró metódicamente. Tambien se canta el *Te Deum*, y se tiran cohetes en su Corte; y todo queda problemático, ménos la muerte de 200 hombres, que ocasiona la de otros tantos hijos huérfanos, padres desconsolados, madres viudas, &c. &c.

CARTA XV.

Del mismo, al mismo.

En España, como en todos los paises del mundo, las gentes de cada carrera desprecian á las de las otras. Búrlase el soldado del escolástico, oyén-

dole disputar *Utrum blictiri sit terminus logicus.* Búrlase éste del químico, empeñado en el hallazgo de la piedra filosofal. Este se rie del soldado que trabaja mucho para que la vuelta de la casaca tenga tres pulgadas de ancho, y no tres y media. ¿Qué hemos de inferir de todo esto? Que en todas las facultades humanas hay cosas ridiculas.

CARTA XVI.

Del mismo, al mismo.

Entre los manuscritos de mi amigo Nuño he hallado uno, cuyo título es: *Historia Heróyca de España.* Preguntandole qué significaba, me dixo, que prosiguiese leyendo; y el prólogo me gustó tanto, que le copio, y te le remito.

Prólogo.

No extraño que las naciones antiguas llamasen Semidioses á los hombres grandes que hacian proezas superiores á las comunes fuerzas humanas. En cada pais han florecido en tales

y tales tiempos unos varones, cuyo mérito ha pasmado á los otros. La pátria, deudora á ellos de singulares beneficios, les dió aplausos, aclamaciones y obsequios. Por poco que el patriotismo inflamase aquellos ánimos, las ceremonias se volvian culto, el supulcro altar, la casa templo; y venia el hombre grande á ser adorado por la generacion inmediata á sus contemporáneos: siendo alguna vez tan rápido este progreso que sus mismos conciudadanos, conocidos y amigos, tomaban el incensario, y cantaban los hymnos. La ceguedad de aquellos pueblos sobre la idea de la deidad pudo multiplicar este nombre. Nosotros, mas instruidos, no podemos admitir tal absurdo; pero hay una gran diferencia entre este exceso, y la ingratitud con que tratamos la memoria de nuestros héroes. Las naciones modernas no tienen bastantes monumentos levantados á los nombres de sus varones ilustres. Si lo motiva la envidia de los que hoy ocupan los puestos de aquellos, temiendo estos que su lustre se eclipse por el de sus antecesores, anhelen á separarlos: la efica-

cia del deseo por sí sola bastará para igualar su mérito con el de los otros.

De los pueblos que hoy florecen, el inglés es el solo que parece adopta esta máxîma, y erige monumentos á sus héroes en el mismo Templo que sirve de panteon á sus Reyes; llegando á tanto su sistema, que hacen á veces igual obsequio á las cenizas de los héroes enemigos, para realzar la gloria de sus naturales.

Las demas naciones son ingratas á la memoria de los que las han adornado y defendido. Esta es una de las fuentes de la desidia universal, ó de la falta de entusiasmo de los Generales modernos. Ya no hay patriotismo, porque no hay patria.

La Francesa y la Española abundan en héroes insignes, mayores que muchos de los que veo en los altares de la Roma pagana. Los reynados de Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, han llenado de gloria los anales de Francia; pero no tienen los franceses una historia de sus héroes tan metódica como yo quisiera, y ellos merecen; pues solo tengo noticia de la obra de

Mr. Pernault, y ésta no trata sino de los hombres ilustres del último de los tres reynados gloriosos que he dicho: En lugar de llenar á toda Europa de tanta obra frívola como han derramado á millares en estos últimos años, ¿quánto mas beneméritos de sí mismos serian, si nos hubieran dado una obra de esta especie, escrita por algun hombre grande de los que tienen todavia en medio del gran número de autores que no merecen tal nombre?

Este era uno de los asuntos que yo habia emprendido, prosiguió Nuño, quando tenia algunas ideas muy opuestas á las de quietud y descanso que ahora me ocupan. Intenté escribir una historia heróyca de España: esta era una relacion de todos los hombres grandes que ha producido la nacion desde Don Pelayo. Para poner el cimiento de esta obra, tuve que leer con sumo cuidado nuestras historias, así generales como particulares; y te juro que cada libro era una mina, cuya abundancia me envanece. El mucho número formaba la gran dificultad de la empresa, porque todos hubieran llegado á un to-

mo exôrbitante, y pocos hubieran sido de dificultosa eleccion. Entre tantos insignes, si cabe alguna preferencia que no agravie á los que excluye, señalaba como asuntos sobresalientes despues de Don Pelayo, libertador de su pátria, Don Ramiro, padre de sus vasallos; Pelaez de Correa, azote de los moros; Alonso Perez de Guzman, exemplo de la fidelidad; Cid Ruy Diaz, restaurador de Valencia; Fernando III, conquistador de Sevilla; Gonzalo Fernandez de Córdoba, vasallo envidiable; Hernan Cortés, héroe mayor que los de la fábula; Leiva, Pescara y Basto, vencedores de Pavía; y Alvaro de Bazan, favorito de la fortuna.

¡Quán glorioso proyecto seria el de levantar estatuas, munumentos y columnas á estos varones! ¡Colocarlos en los parages mas públicos de la Villa Capital con un corto elogio de cada uno, citando la historia de sus hazañas! ¡Qué mejor adorno de la Corte! ¡Qué estímulo para nuestra juventud, que se criaria desde su niñez á vista de unas cenizas tan venerables! A semejantes

ardides debió Roma en mucha parte el dominio del orbe.

CARTA XVII.

De Ben-Beley á Gazel.

De todas tus cartas recibidas hasta ahora infiero que me pasaria entre lo bullicioso y lucido de Europa lo mismo que experimento en el retiro de Africa, árida é insociable, como tú la llamas desde que te acostumbras á las delicias europeas. Nos fastidia con el tiempo el trato de una muger que nos encantó á primera vista; nos cansa un juego que aprendimos con ansia; nos molesta una musica que al principio nos arrebataba; nos empalaga un plato que nos deleytó la primera vez; la Corte que al primer dia nos encantó, despues nos repugna; la soledad, que nos parecia deliciosa la primera semana, nos causa despues melancolía: la virtud sola es la cosa que es mas amable, quando mas la conocemos y cultivamos.

Te deseo bastante fondo de ella para alabar al Ser Supremo con rectitud

de corazon; tolerar los males de la vida; no desvanecerte con los bienes; hacer bien á todos; mal á ninguno; vivir contento; esparcir alegría entre tus amigos; participar sus pesadumbres, para aliviarles el peso de ellas; y volver salvo y sabio al seno de tu familia, que te saluda muy de corazon con vivísimos deseos de abrazarte.

CARTA XVIII.

De Gazel á Ben-Beley.

Hoy sí que tengo una extraña observacion que comunicarte. Desde la primera vez que desembarqué en Europa, no he observado cosa que me haya sorprehendido, como la que te voy á participar en esta carta. Todos los sucesos políticos de esta parte del mundo, por extraordinarios que sean, me parecen mas fáciles de explicar que la freqüencia de pleytos entre parientes cercanos, y aun entre hijos y padres. Ni el descubrimiento de las Indias orientales y occidentales, ni la incorporacion de las coronas de Cas-

tilla y Aragon, ni la formacion de la república Holandesa, ni la constitucion mixta de la gran Bretaña, ni la desgracia de la casa de Stuart, ni el establecimiento de la de Braganza, ni la cultura de Rusia, ni suceso alguno de esta calidad me sorprehende tanto como ver pleytear padres con hijos. ¿En qué puede fundarse un hijo para demandar en justicia contra su padre? ¿Ó en qué puede fundarse un padre para negar alimentos á su hijo? Es cosa que no entiendo. Se han empeñado los sábios de este pais en explicármelo, y mi entendimiento en resistir á la explicacion, pues se invierten todas las ideas que tengo de amor paterno, y amor filial.

Anoche me acosté con la cabeza llena de lo que sobre este asunto habia oido, y me ocurrieron de tropel todas las instrucciones que oí de tu boca, quando me hablabas en mi niñez sobre el carácter de padre, y el rendimiento de hijo. Venerable Ben-Beley, despues de levantar las manos al Cielo, taparéme con ellas los oidos para impedir la entrada á voces sediciosas de jóvenes

necios, que con tanto desacato me hablan de la dignidad paterna. No escucho sobre este punto mas voz que la de la Naturaleza tan eloqüente en mi corazon, y mas quando tú la acompañaste con tus sabios consejos. Este vicio europeo no le llevaré yo á Africa. Me tuviera por mas delincuente, que si llevase á mi patria la peste de Turquía. Me verás á mi regreso tan humilde á tu vista, y tan dócil á tus labios, como quando me sacaste de entre los brazos de mi madre moribunda, para servirme de padre por la muerte de quien me engendró. * Desde ahora aceleraré mi vuelta, para que no me contagie mal tan engañoso, que se hace apetecible al mismo que le padece, volaré hasta tus plantas, las besaré mil veces, postrado me mantendré sin alzar los ojos del suelo, hasta que tus benignas manos me lleven á tu pecho: reverenciaré en tí la imágen de mi padre; y Dios desde la altura de su trono... *Aquí está borrado el manuscrito...* Si con ménos respeto te mirára, creo que vibraria la mano omnipotente un rayo irresistible que me

reduxera á cenizas con espanto del orbe entero, á quien mi nombre serviria de escarmiento infeliz, y para eterna memoria.

¡Qué mofa harian de mí algunos jóvenes europeos, si cayesen estos renglones en sus impías manos! ¡quánta necedad brotaria de sus insolentes labios! ¡quán ridículo objeto seria yo á sus ojos! Pero aun así, despreciaria el escarnio de los malvados, y me apartaria de ellos, para mantener mi alma tan blanca como la leche de las ovejas.*

CARTA XIX.

De Ben-Beley á Gazel en respuesta de la anterior.

Como suben al Cielo los arómas de las flores, y como llegan á mezclarse con los celestes coros los trinos de las aves, asi he recibido la expresion de rendimiento que me ha traido la carta, en que abominas el desacato de algunos jóvenes europeos hácia sus padres. Mantente contra tan horrendas maxîmas, como la peña se mantiene

contra el esfuerzo de las olas; y créeme que Alá mira con bondad desde la altura de su trono á los hijos que tratan con reverencia á sus padres, pues los otros se oponen abiertamente al establecimiento de la sabia economía que resplandece en la creacion.

CARTA XX.

De Ben-Beley á Nuño.

Veo con sumo gusto el aprovechamiento con que Gazel va viajando por tu pais, y los progresos que hace su talento natural con el auxîlio de tus consejos. Su entendimiento solo estaria tan léjos de serle útil sin tu direccion, que mas serviria para alucinarle. A no haberte puesto la Fortuna en el camino de este jóven, hubiera malogrado Gazel su tiempo. ¿Qué se pudiera esperar de sus viages? Mi Gazel hubiera aprendido, y mal, una infinidad de cosas; se llenaria la cabeza de especies sueltas, y hubiera vuelto á su patria ignorante y presumido. Pero aún así, dime Nuño, ¿son verdaderas muchas

de las noticias que me envia sobre las costumbres y usos de tus paisanos? Suspendo el juicio hasta ver tu respuesta. Algunas cosas me escribe incompatibles entre sí. Me temo que su juventud le engañe en algunas ocasiones, y me represente las cosas, no como son, sino quales se le representaron. Haz que te enseñe quantas cartas me remita, para que veas si me escribe con puntualidad lo que sucede, ó lo que se le figura. ¿Sabes de dónde nace esta mi confusion, y esta mi eficacia en pedirte que me saques de ella, ó por lo ménos que impidas su aumento? Nace, christiano amigo, nace de que sus cartas, que copio con exâctitud, y suelo leer con frecuencia, me representan tu nacion diferente de todas en no tener carácter propio, que es el peor carácter que puede tener.

CARTA XXI.

De Nuño á Ben-Beley en respuesta á la anterior.

No me parece que mi nacion esté en el estado que infieres de las cartas de Gazel, y segun él mismo lo ha colegido de las costumbres de Madrid, y alguna otra ciudad capital. Dexa que él te escriba lo que notáre en las provincias, y verás como de ellas deduces que la nacion es hoy la misma que era tres siglos ha. La multitud y variedad de trages, costumbres, lenguas y usos es igual en todas las cortes por el concurso de extrangeros que acude á ellas; pero las provincias interiores de España, que por su poco comercio, malos caminos, y ninguna diversion, no tienen igual concurrencia, producen hoy unos hombres compuestos de los mismos vicios y virtudes que sus quintos abuelos. Si el carácter español en general se compone de religion, valor y amor á su Soberano por una parte,

y por otra de vanidad, desprecio de la industria (que los extrangeros llaman pereza) y demasiada propension al amor; si este conjunto de buenas y malas calidades componian el corazon racional de los españoles cinco siglos ha, el mismo compone el de los actuales. Por cada petimetre que se vea mudar de modas siempre que se lo manda su peluquero, habrá cien mil españoles que no han reformado un ápice en su trage antiguo. Por cada español que oigas algo tibio en la Fe, habrá un millon que sacarán la espada si oyen hablar de tales materias. Por cada uno que se empleé en un arte mecánica, habrá un sinnúmero que están prontos á cerrar sus tiendas por ir á las Asturias, ó á las Montañas en busca de una executoria. En medio de la decadencia aparente del carácter nacional, se descubren de quando en quando ciertas señales del antiguo espíritu; ni puede ser de otro modo. Querer que una nacion se quede con solas sus propias virtudes, y se despoje de sus defectos propios para adquirir en su lu-

gar las virtudes de las extrañas, eso es fingir otra república como la de Platon. Cada nacion es como cada hombre que tiene sus buenas y malas propiedades peculiares á su alma y cuerpo. Es muy justo trabajar para disminuir éstas, y aumentar aquellas; pero es imposible aniquilar lo que es parte de su constitucion. El proverbio que dice: *genio y figura hasta la sepultura*, sin duda se entiende de los hombres, y mucho mas de las naciones que no son otra cosa mas que una junta de hombres, en cuyo número se ven las qualidades de cada individuo. No obstante soy de parecer, que se deben distinguir las verdaderas prendas nacionales de las que no lo son, sino por abuso ó preocupacion de algunos, á quienes guia la ignorancia ó pereza. Egemplares de esto abundan, y su exâmen me ha hecho ver con mucha frialdad cosas, que otros paisanos mios no saben mirar sin enardecerse. Daréte algun egemplo de los muchos que pudiera.

Oigo hablar con respeto y con cariño de cierto trage muy incómo-

do que llaman á la española antigua. El cuento es, que el tal trage no es á la española antigua, ni á la moderna, sino totalmente extrangero para España, pues fué traido por la casa de Austria. El cuello está muy sujeto, y casi en prensa; los muslos apretados; la cintura ceñida y cargada con una espada larga y otra mas corta; el vientre descubierto por la hechura de la chupilla; los hombros sin resguardo; la cabeza sin abrigo; y todo esto, que no es bueno, ni español, es celebrado generalmente, porque dicen que es español y bueno; y en tanto grado aplaudido, que una comedia, cuyos personages se vistan de este modo, tendrá, por mala que sea, mas entradas que otra alguna por bien compuesta que esté, si la falta este ornamento.

La filosofia aristotélica con todas sus sutilezas, desterrada ya de toda Europa, y que solo ha hallado asilo en este rincon de ella, se defiende por algunos de nuestros viejos con tanto ahinco, é iba á decir, con tanta fe, como un símbolo de la Religion.

¿Por qué? Porque dicen que es doctrina siempre defendida en España, y que el abandonarla es desdorar la memoria de nuestros abuelos. Esto parece muy plausible; pero has de saber, sábio africano, que en esta preocupacion se envuelven dos absurdos á qual mayor. El primero es, que habiendo todas las naciones de Europa mantenido algun tiempo el peripateticismo, y desechádole despues por otros sistemas de menos gritos, y mas certidumbre, el dexarle tambien nosotros, no sería injuria á nuestros abuelos, pues no han pretendido injuriar á los suyos en esto los franceses é ingleses. El segundo es, que el tal texido de sutilezas, precisiones, trascendencias, y otros semejantes pasatiempos escolásticos, que tanto influxo tienen en las otras facultades, nos ha venido de afuera, como se queja uno ú otro hombre docto español, tan amigo de la verdadera ciencia como enemigo de las hinchazones pedantescas, y sumamente ilustrado sobre lo que verdaderamente era ó no era de España, y que escribia quando empezaban á corromperse

los estudios en nuestras universidades por el método escolástico que habia venido de afuera: lo qual puede verse muy despacio en la apología de la literatura española, escrita por el célebre literato Alonso García Matamoros, natural de Sevilla, maestro de retórica de la Universidad de Alcalá de Henares, y uno de los mayores hombres que floreciéron en nuestro siglo de oro, á saber, el diez y seis.

Del mismo modo quando se trató de introducir en nuestro exército las maniobras, evoluciones, fuegos y régimen mecánico de la disciplina prusiana, gritáron algunos de nuestros inválidos diciendo: que esto era un agravio manifiesto al exército español, que sin el paso oblícuo, regular, corto y redoblado, habia puesto á Felipe V. en su trono, á Cárlos en el de Nápoles, y á su hermano en el dominio de Parma: que sin oficiales introducidos en las divisiones, habia tomado á Oran, y defendido á Cartagena: que todo esto habian hecho, y estaban prontos á haçer con su continua disciplina española; y que parecia tiranía, quan-

dó menos, el quitársela. Pero has de saber, que la tal disciplina no era española, pues al principio del siglo no habia quedado ya memoria de la famosa, y verdaderamente sabia disciplina, que hizo florecer los exércitos españoles en Flandes y en Italia en tiempo de Cárlos V. y Felipe II.; y mucho menos de la invencible del Gran Capitan en Nápoles. Vino otra igualmente extrangera que la prusiana, pues era la francesa, con la quel fué entónces preciso uniformar nuestras tropas á las de Francia, no solo porque convenia que los aliados maniobrasen del mismo modo, sino porque los exércitos de Luis XIV. eran la norma de todos los de Europa en aquel tiempo, como los de Federico lo son en el nuestro.

¿Sabes la triste consecuencia que se saca de todo esto? No es otra sino que el patriotismo mal entendido, en lugar de ser virtud, viene á ser defecto ridículo, y muchas veces perjudicial á la misma patria. Sí, Ben-Beley, tan poca cosa es el entendimiento hnmano, que si quiere ser un

poco eficaz, muda la naturaleza de las cosas de buenas en malas por buenas que sean. La economía muy extremada es avaricia: la prudencia sobrada cobardía; y el valor precipitado, temeridad.

Dichoso tú, que separado del bullicio del mundo, empleas tu tiempo en inocentes ocupaciones; y no tienes que sufrir tanto delirio, vicio y flaqueza como abunda entre los hombres, sin que apénas pueda el sábio distinguir quál es vicio, y quál es virtud entre los varios móviles que los agitan.

CARTA XXII.

De Gazel á Ben-Beley.

Siempre que las bodas no se forman entre personas iguales en haberes, genios y nacimientos, me parece que las cartas en que se participan â los parientes y amigos de las casas, si hubiera menos hiprocresía en el mundo, se pudieran reducir á estas palabras: *con motivo de ser nuestra casa pobre y noble, enviamos nuestra hija á la*

de Craso, que es rica y plebeya. Con motivo de ser nuestro hijo tonto, mal criado y rico, pedimos para él la mano de N. que es discreta, bien criada y pobre. O bien éstas: *con motivo de que es inaguantable la carga de tres hijas en una casa, las enviamos á que sean amantes y amadas de tres hombres, que ni las conocen, ni son conocidos de ellas*: ó á otras frases semejantes, salvo empero el acabar con el acostumbrado cumplido de: *para que mereciendo la aprobacion de vmd. no falte circunstancia de gusto á este tratado*, porque es cláusula muy esencial.

CARTA XXIII.

Del mismo, al mismo.

Hay hombres en este mundo que tienen por oficio el disputar. Asistí últimamente á unas juntas de sábios que llaman *Conclusiones*. Lo que son no lo sé, ni lo dixéron, ni sé si se entendiéron; ni si se reconciliáron despues, ó si se quedáron con el rencor que se manifestáron delante de una infinidad de gentes, de las quales ni uno siquiera

se levantó para apaciguarlos, no obstante el peligro en que estaban de darse de puñaladas, segun los gestos que hacian, y las injurias que se decian; antes los indiferentes estaban mirando con mucho sosiego, y aun con gusto la pelotera de los adversarios. Uno de ellos, que tenia mas de dos varas de alto, casi otras tantas de grueso, fuertes pulmones, voz de gigante, y ademanes de frenético, defendió por la mañana que una cosa era negra; y á la tarde que era blanca. Lo celebré infinito, pareciéndome esto un efecto de docilidad poco comun entre los sábios; pero desengañéme, quando ví que los mismos que por la mañana habian sostenido con todo su brio, que no era corto, que la tal cosa era negra, sostenian igualmente por la tarde que la misma era blanca. Un hombre grave, que se sentó á mi lado, me dixo que esto se llamaba defender una cosa problemáticamente; que el sugeto que estaba luciendo su ingenio problemático era un mozo de muchas prendas y grandes esperanzas; pero que era, como si dixeramos, su primera cam-

paña, y que los que le combatian eran ya hombres hechos á esas contiendas con cincuenta años de fatigas, soldados veteranos, acuchillados y aguerridos. Setenta años, me dixo, he gastado, y he criado estas canas, añadió, quitándose una especie de turbante pequeño y negro, asistiendo á estas tareas; pero ninguna vez, de las muchas que se han suscitado estas cuestiones, he visto ergotizar con la furia que hoy.

Nada entendí de esto. No puedo comprehender qué utilidad pueda sacarse de disputar setenta años una misma cosa sin el gusto, ni siquiera la esperanza de aclararla. Comunicando este lance con Nuño, me dixo que en su vida habia disputado dos minutos seguidos, porque en aquellas cosas humanas en que no cabe la demostracion, es inutil tan porfiada conferencia, pues en la vanidad del hombre, su ignorancia y preocupacion, todo argumento permanece indeciso, quedando cada argumentante en la persuasion de que su antagonista no entiende la cuestion, ó no quiere confesarse ven-

cido. Soy del dictámen de Nuño, y no dudo que tú lo fueras, si oyeras las disputas literarias de España.

CARTA XXIV.

Del mismo, al mismo.

Uno de los motivos de la decadencia de las artes en España es sin duda la repugnancia que tiene todo hijo á seguir la carrera de su padre. En Lóndres, por exemplo, hay tienda de zapatero que ha ido pasando de padres á hijos por cinco ó seis generaciones, aumentándose el caudal de cada poseedor sobre el que le dexó su padre hasta tener casas de campo y haciendas considerables en las provincias, gobernando estos estados él mismo desde el banquillo en que preside á los mozos de la zapatería en la capital. Pero en este pais cada padre quiere colocar á su hijo mas arriba, y si no el hijo tiene buen cuidado de dexar á su padre mas abaxo; con cuyo método ninguna familia se fixa en gremio alguno determinado de los que contribuyen al bien

de la república por la industria, comercio ó labranza, procurando todos, con increible anhelo, colocarse por éste ó por otro medio en la clase de los nobles, menoscabando al estado de lo que producirian si trabajaran. Si se reduxera siquiera su ambicion de ennoblecerse al deseo de descansar y vivir felices, tendria alguna excusa moral este defecto político; pero suelen trabajar mas despues de ennoblecidos.

En la misma posada en que vivo, se halla un caballero recien venido de Indias, que acaba de llegar con un caudal considerable. Inferiria qualquiera racional, que conseguido ya el dinero, medio para todos los descansos del mundo, no pensaria el indiano mas que en gozar de lo que fué á adquirir por varios modos á muchos millares de leguas. Pues no, amigo. Me ha comunicado su plan de operaciones para toda su vida, aunque cumpla doscientos años. Ahora me voy, me dixo, á pretender un hábito; luego un título de Castilla; despues un empleo en la Corte; con éste buscaré una boda ventajosa para mi hija; pondré un hijo

en tal parte; otro en qual parte; casaré una hija con un Marques; otra con un Conde. Luego pondré pleyto á un primo mio sobre quatro casas que se están cayendo en Vizcaya; despues otro á un tio segundo de mi abuelo. Interrumpí su série de proyectos, diciéndole: caballero, si es verdad que os hallais con seiscientos mil pesos duros en oro ó plata, y teneis ya cincuenta años cumplidos, y una salud algo quebrantada con los viages y trabajos; ¿no sería consejo mas prudente el escoger la provincia mas saludable del mundo, estableceros en ella, buscar todas las comodidades de la vida, pasar con descanso lo que os queda de ella, amparar á los parientes pobres, hacer bien á vuestros vecinos, y esperar con tranquilidad el fin de vuestros dias sin acarreároslo con tantos proyectos, todos de ambicion y codicia? No señor, me respondió con furia: como yo lo he ganado que lo ganen otros. Sobresalir entre los ricos, aprovecharme de la miseria de alguna familia pobre para inxerirme en ella, y hacer casa, son los tres objetos que debe llevar un hombre

como yo: y en esto se salió á hablar con una quadrilla de Escribanos, Procuradores, Agentes y otros, que le saludaron con el tratamiento que las pragmáticas señalan para los Grandes del reyno: lisonjas que naturalmente acabarán con lo que fué el fruto de sus viages y fatigas, y que eran cimiento de su esperanza y necedad.

CARTA XXV.

Del mismo, al mismo.

En mis viages por distintas provincias de España he tenido ocasion de pasar repetidas veces por un lugar, cuyo nombre no tengo ahora presente. En él observé que un mismo sugeto en mi primer viage se llamaba Pedro Fernandez; en el segundo oí que sus vecinos le llamaban señor Pedro Fernandez; en el tercero oí que su nombre era señor D. Pedro Fernandez. Causóme novedad esta diferencia de tratamiento en un mismo hombre.

No importa, dixo Nuño. Pedro Fernandez siempre será Pedro Fernandez.

CARTA XXVI.

Del mismo, al mismo.

Por la última tuya veo quán extraña te ha parecido la diversidad de las provincias que componen esta Monarquía. Despues de haberlas visitado, hallo ser muy verdadero el informe que me habia dado Nuño de esta diversidad.

En efecto, los cántabros, entendiendo por este nombre todos los que hablan el idioma vizcaino, son unos pueblos sencillos y de notoria probidad. Fuéron los primeros marineros de Europa, y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su pais, aunque sumamente áspero, tiene una poblacion numerosísima, que no parece disminuirse con las continuas colonias que envia á la América. Aunque un vizcaino se ausente de su patria, siempre se halla en ella como se encuentre un paisano suyo. Tienen entre sí tal union, que la mayor recomendacion que puede uno tener para

con otro, es el mero hecho de ser vizcaino, sin mas diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor de poderoso, que la mayor ó menor inmediacion de los lugares respectivos. El señorío de Vizcaya, Guipuzcoa, Álava y el reyno de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman á estos paises las Provincias unidas de España.

Los de Asturias y las Montañas hacen sumo aprecio de su genealogía, y de la memoria de haber sido aquel pais el que produxo la reconquista de España con la expulsion de nuestros abuelos. Su poblacion demasiada, para la miseria y estrechez de la tierra, hace que un número considerable de ellos se empiée continuamente en Madrid en la librea, que es la clase inferior de criados; de modo, que si yo fuese natural de este pais, y me hallára con coche en la Corte, exâminaria con mucha madurez los papeles de mis cocheros y lacayos, por no tener algun dia la mortificacion de ver á un primo mio echar cebada á mis mulas, ó á uno de mis tios limpiarme los zapatos. Sin

embargo de todo esto varias familias respetables de esta Provincia se mantienen con el debido lustre; son acreedoras á la mayor consideracion, y producen continuamente Oficiales del mas alto mérito en el egército y marina.

Los gallegos, en medio de la pobreza de su tierra, son robustos; se esparcen por toda España á emprender los trabajos mas duros, para llevar á sus casas algun dinero físico á costa de tan penosa industria. Sus soldados, aunque carecen de aquel lucido exterior de otras naciones, son excelentes para la infantería por su subordinacion, dureza de cuerpo y hábito de sufrir incomodidades de hambre, sed y cansancio.

Los castellanos son, de todos los pueblos del mundo, los que merecen la primacía en línea de lealtad. Quando el egército del primer Rey de España de la casa de Francia quedó arruinado en la batalla de Zaragoza, la sola Provincia de Soria dió á su Soberano un egército nuevo y numeroso con que salir á campaña, y fué el que ganó las victorias, de que resultó la destruccion

del egército y bando austriaco. El ilustre historiador que refiere las revoluciones del principio de este siglo, con todo el rigor y verdad que pide la historia para distinguirse de la fábula, pondera tanto la fidelidad de estos pueblos, que dice será eterna en la memoria de los Reyes. Esta Provincia aun conserva cierto orgullo, nacido de su antigua grandeza, que hoy no se conserva sino en las ruinas de sus ciudades, y en la honradez de sus habitantes.

Extremadura produxo los conquistadores del nuevo mundo, y ha continuado siendo madre de insignes guerreros. Sus pueblos son poco afectos á las letras; pero los que entre ellos las han cultivado, no han conseguido ménos lauro que sus patriotas en las armas.

Los andaluces, nacidos y criados en un pais abundante, delicioso y ardiente, tienen fama de ser algo arrogantes; pero si este defecto es verdadero, debe atribuirse á su clima, siendo tan notorio el influxo de lo físico sobre lo moral. Las ventajas con que Naturaleza dotó aquellas provincias, hacen que miren con desprecio

la pobreza de Galicia, la aspereza de Vizcaya y la sencillez de Castilla; pero como quiera que todo esto sea, entre ellos ha habido hombres insignes, que han dado mucho honor á toda España; y en tiempos antiguos los Trajanos, Sénecas y otros semejantes, que pueden envanecer al pais en que nacieron. La viveza, astucia y atractivo de las andaluzas las hace incomparables. Te aseguro que una de ellas seria bastante para llenar de confusion el imperio de Marruecos, de modo que todos nos matásemos unos á otros.

Los murcianos participan del carácter de los andaluces y valencianos. Estos últimos están tenidos por hombres de sobrada ligereza, atribuyéndose este defecto al clima y suelo; pretendiendo algunos que hasta en los mismos alimentos falta aquel xugo que se halla en los de otros paises. Mi imparcialidad no me permite someterme á esta preocupacion por general que sea; ántes debo observar que los valencianos de este siglo son los españoles que mas progresos hacen en las ciencias positivas y lenguas muertas.

Los catalanes son los pueblos mas industriosos de España. Manufacturas, pesca, navegacion, comercio, asientos, son cosas apénas conocidas en otras provincias de la península, respecto de los catalanes. No solo son útiles en la paz, sino del mayor servicio en la guerra. Fundicion de cañones, fábricas de armas, vestuario y monturas para exército, conduccion de artillería, municiones y víveres, formacion de tropas ligeras de excelente calidad; todo esto sale de Cataluña. Los campos se cultivan, la poblacion se aumenta, los caudales crecen, y en suma parece estar aquella nacion mil leguas de la gallega, andaluza y castellana. Pero sus genios son poco tratables, únicamente dedicados á su propia ganancia é interés, y así los llaman algunos los holandeses de España. Mi amigo Nuño me dice, que esta provincia florecerá, miéntras no se introduzca en ella el luxo personal y la manía de ennoblecer á los artesanos: dos vicios que hasta ahora se oponen al genio que la ha enriquecido.

Los aragoneses son hombres de va-

lor y espíritu, honrados y tenaces en su dictámen, amantes de su provincia, y notablemente preocupados á favor de sus paisanos. En otros tiempos cultiváron con fruto las ciencias, y manejáron con mucha gloria las armas contra los franceses en Nápoles y contra nuestros abuelos en España. Su pais, como todo lo restante de la península, fué sumamente poblado en la antigüedad, y tanto, que es comun tradicion entre ellos, que en las bodas de uno de sus Reyes entráron en Zaragoza diez mil Infanzones con un criado cada uno, montados los veinte mil en otros tantos caballos de la tierra.

Por causa de los muchos siglos que todos estos pueblos estuviéron divididos, guerreáron unos con otros, habláron diversos idiomas, se gobernáron por diferentes leyes, llevaron distintos trages, y en fin, fuéron naciones separadas, se mantuvo entre ellos cierto odio, que sin duda ha minorado, y aun llegado á aniquilarse; pero aun se mantiene cierto desapego entre los de provincias lejanas; y si éste puede dañar en tiempo de paz,

porque es obstáculo considerable para la perfecta union, puede ser muy ventajoso en tiempo de guerra por la mútua emulacion de unos con otros. Un regimiento todo de aragoneses no mirará con frialdad la gloria adquirida por una tropa toda castellana; y un navío tripulado de vizcainos, no se rendirá al enemigo miéntras se defienda otro tripulado por catalanes.

CARTA XXVII.

Del mismo, al mismo.

Toda la noche pasada ha estado hablando mi amigo Nuño de una cosa que llaman fama póstuma. Este es un fantasma que ha alborotado muchas provincias, y quitado el sueño á muchos hasta secarles el cerebro, y perder el juicio. Alguna dificultad me costó entender lo que era; pero lo que aun no puedo comprehender, es que haya hombres que apetezcan la tal fama. Cosa que yo no he de gozar, no sé por qué la he de apetecer. Si despues de morir en opinion de hom-

bre insigne hubiese yo de volver á segunda vida en que sacase el fruto de la fama que mereciéron las acciones de la primera, y que esto fuese indefectible, sería cosa muy cuerda: trabajar en la actual para la segunda, era una especie de economía, aun mas plausible que la del jóven que guarda para la vejez; pero, Ben-Beley, ¿de qué me servirá? ¿Qué puede ser este deseo que vemos en algunos tan eficaz de adquirir tan inútil ventaja? En nuestra Religion y en la christiana el hombre que muere no tiene ya conexîon temporal con los vivos que quedan. Los palacios que fabricó no le han de hospedar, ni ha de comer el fruto del árbol que dexó plantado, ni ha de abrazar á los hijos que le sobreviven: ¿pues, de qué, le sirven los hijos, los huertos, y los palacios? ¿Será acaso la quinta esencia de nuestro amor propio este deseo de dexar nombre á la posteridad? Sospecho que sí. Un hombre que logró atraerse la consideracion de su pais ó siglo, conoce que va á perder el humo de tanto incienso desde el instante que espire. Conoce que va

á ser igual con el último de sus esclavos. Su orgullo padece en este instante un abatimiento tan grande, como lo fué la suma de las lisonjas, todas recibidas miéntras adquirió la fama. ¿Por qué no he de vivir eternamente, dícese á sí mismo, recibiendo los aplausos que voy á perder? Voces tan agradables ¿no han de volver á lisongear mis oidos? El gustoso espectáculo de tanta rodilla hincada ante mí, ¿no ha de volver á deleytar mi vista? La turba de los que me necesitan ¿ha de volverme la espalda? ¿Han de tener ya por objeto de asco y horror al que fué para ellos un Dios tutelar, á quien temblaban ayrado, y aclamaban piadoso? Semejantes reflexîones le atormentan en la muerte; pero hace el último esfuerzo su amor propio, y le engaña diciendo: tus hazañas llevarán tu nombre de siglo en siglo á la mas remota posteridad, pues la fama no se obscurece con el humo de la hoguera, ni se corrompe con el polvo del sepulcro. Como á hombre te comprehende la muerte, como héroe la vences. Ella misma se hace la prime-

ra esclava de tu triunfo, y su guadaña el primero de tus trofeos. La tumba es una nueva cuna para Semidioses como tú; en su bóveda han de resonar las alabanzas que te canten futuras generaciones. Tu sombra ha de ser tan venerada por los hijos de los que viven, como lo fué tu presencia entre sus padres. Hércules, Alexandro y otros ¿no viven? ¿Acaso han de olvidarse sus nombres? Con estos y otros iguales delirios se aniquila el hombre. Muchos de este carácter inficionan la especie, y anhelan á inmortalizarse algunos, que ni aun en su vida son conocidos.

CARTA XXVIII.

De Ben-Beley á Gazel, en respuesta á la anterior.

He leido muchas veces la relacion que me haces de esa especie de locura que llaman deseo de la fama póstuma. Veo lo que me dices del exceso de amor propio, de donde nace esa necedad de querer un hombre sobrevivirse

á sí mismo. Creo, como tú, que la fama póstuma de nada sirve al muerto, pero puede servir á los vivos con el estímulo del exemplo que dexa el que ha fallecido. Tal vez este es el motivo del aplauso que logra.

En este supuesto, ninguna fama póstuma es apreciable, sino la que dexa el hombre de bien. Si un guerrero trasmite á la posteridad la fama de conquistador con monumentos de ciudades asaltadas, naves incendiadas, campos devastados, provincias despobladas, ¿qué ventajas producirá su nombre? Los siglos venideros sabrán que hubo un hombre que destruyó medio millon de hermanos suyos: nada mas. Si algo mas produce esta inhumana noticia, será tal vez enardecer el tierno pecho de algun príncipe jóven; llenarle la cabeza de ambicîon y el corazon de dureza, hacerle dexar el gobierno de sus pueblos, y descuidar la administracion de la justicia, para ponerse á la cabeza de cien mil hombres que esparzan el terror y el llanto por todas las provincias vecinas. De que un sábio sea nombrado con venera-

cion por muchos siglos, con motivo de algun descubrimiento nuevo, en las que se llaman ciencias, ¿qué fruto sacarán los hombres? Dar motivo de risa á otros sábios posteriores, que demostrarán ser engaño lo que el primero dió por punto evidente. Nada mas: si algo mas sale de aquí, es que los hombres se envanezcan de lo poco que saben, sin considerar lo mucho que ignoran.

La fama póstuma del justo y bueno tiene otro mayor y mejor influxo en los corazones de los hombres, y puede causar superiores efectos en el género humano. Si nos hubiéramos aplicado á cultivar la virtud tanto como las armas y las letras; y si en lugar de las historias de los guerreros y literatos se hubieran escrito con exâctitud las vidas de los hombres buenos, tal obra, ¡quánto mas provechosa sería! Los niños en las escuelas, los jueces en los tribunales, los reyes en los palacios, los padres de familia en el centro de ellas, leyendo pocas hojas de semejante libro, aumentarian su propia bondad y la agena; y con la misma

mano desarraigarian la propia y la agena maldad.

El tirano al ir á cometer una maldad, se detendria con la memoria de los príncipes que contaban por perdido el dia de su reynado que no señalaban con algun efecto de benignidad. ¿Qué madre prostituiria sus hijas? ¿qué marido se volveria verdugo de su muger? ¿qué insolente abusaria de la flaqueza de una inocente vírgen? ¿qué padre maltrataria á su hijo? ¿qué hijo no adoraria á su padre? ¿qué esposa violaria el lecho conyugal? En fin, ¿quién sería malo, acostumbrado á ver tantos actos de bondad? Los libros frecuentes en el mundo apénas tratan sino de venganzas, rencores, crueldades y otros defectos semejantes, que son las acciones cèlebradas de los héroes, cuya fama póstuma tanto nos admira. Si yo hubiese sido muchos siglos ha un hombre de estos insignes, y resucitase ahora para recoger los frutos del nombre que dexé aun permanente, sintiera mucho oir éstas ó semejantes palabras: Ben-Beley fué uno de los principales conquistadores que pasaron el

mar con Tarif: su alfange dexó á las huestes christianas como la hoz dexa el campo en que hubo trigo: las aguas del Guadalete se volviéron roxas con la sangre Goda que él solo derramó: tocáronle muchas leguas de terreno conquistado: le hizo cultivar por muchos millares de esclavos españoles: con el trabajo de otros tantos se mandó fabricar dos alcázares suntuosos, uno en los fértiles campos de Córdoba, otro en la delìciosa Granada: adornólos ámbos con el oro y plata que le tocáron en el reparto de los despojos: mil españolas de singular belleza se ocupaban en su delicia y servicio. Llegado ya á una gloriosa vejez, le consoláron muchos hijos dignos de besar la mano á tal padre, instruidos por él, que lleváron nuestros pendones hasta la falda de los Pirineos, é hiciéron á su padre abuelo de una prole numerosa, que el Cielo pareció multiplicar para la total aniquilacion del nombre español. En estas hojas, en estas piedras, en estos bronces están los hechos de Ben-Beley. Con esta lanza atravesó á Atanagildo, con esta espada de-

golló á Endeca, con aquel puñal mató á Valia, &c.

Nada de esto lisongearia mi oido. Semejantes voces harian estremecer mi corazon. Mi pecho se partiria como la nube que despide el rayo. ¡Quán diferentes efectos me causaria oir estos elogios! Aquí yace Ben-Beley, que fué buen hijo, buen padre, buen esposo, buen amigo, buen ciudadano. Los pobres le querian porque les aliviaba en las miserias: los magnates tambien, porque no tenia el orgullo de competir con ellos. Amabánle los extraños, porque hallaban en él la justa hospitalidad. Llóranle los propios porque han perdido un dechado vivo de virtudes. Despues de una larga vida, gastada toda en hacer bien, murió no solo tranquílo, sino alegre, rodeado de hijos, nietos y amigos, que llorando repetian: no merecia vivir en tan malvado mundo. Su muerte fué como el ocaso del sol, que es glorioso y resplandeciente, y dexa siempre luz á los astros que quedan en su ausencia.

Sí, Gazel, el dia que el género humano conozca que su verdadera glo-

ria y ciencia consiste en la virtud , mirarán los hombres con tedio á los que tanto les pasman ahora. Los nombres de Aquiles, Ciros, Alexandros y otros héroes de armas y los iguales en letras, dexarán de ser repetidos con frecuencia ; y los sabios , que entónces merecerán este nombre , andarán indagando , á costa de muchos desvelos , los nombres de los que cultivan las virtudes que hacen al hombre feliz. Sí tus viages no te mejoran en ellas , si las que empezáron á brillar en tu corazon desde niño , como matices en las tiernas flores , no se aumentan con lo que veas y oigas , volverás tal vez mas erudito en las ciencias europeas , ó mas lleno del furor ó entusiasmo soldadesco ; pero miraré como perdido el tiempo de tu ausencia. Si al contrario , como lo pido á Alá, han ido creciendo tus virtudes al paso que te acercas mas á tu patria , semejante al rio que toma notable incremento al paso que llega al mar , me parecerán tantos años mas de vida , concedidos á mi vejez , los que hayas gastado en tus viages.

CARTA XXIX.

De Gazel á Ben-Beley.

Quando hice el primer viage por Europa, te dí noticia de un pais que llaman Francia, y está mas allá de los montes Pirineos. Desde Inglaterra me fué muy fácil y corto el tránsito. Recorrí sus provincias septentrionales; llegué á su capital, pero no pude exâminarla á mi gusto por ser corto el tiempo que podia gastar entónces en ello, y ser mucho el que se necesita para executarlo con provecho. Ahora he visto la parte meridional de ella, saliendo de España por Cataluña, y entrando por Guipúzcoa, internándome hasta Leon por un lado, y Burdeos por otro.

Los franceses están tan mal queridos en este siglo, como los españoles lo eran en el anterior, sin duda porque uno y otro siglo han sido precedidos de las eras gloriosas respectivas de cada nacion, que fué la de Cárlos I. para España, y la de Luis XIV.

para Francia. Este último es mas reciente, con que tambien es mas fuerte su efecto; pero bien exâminada la causa, creo hallar mucha preocupacion de parte de todos los europeos contra los franceses. Conozco que el desenfreno de su juventud, la mala conducta de algunos que viajan fuera de su pais, profesando un sumo desprecio de todo lo que no es Francia, el luxo que ha corrompido la Europa, y otros motivos semejantes, repugnan á todos sus vecinos mas sóbrios, á saber, al español religioso, al italiano político, al inglés soberbio, al holandes avaro, y al aleman áspero; pero la nacion entera no debe padecer la nota por culpa de algunos individuos. En ambas vueltas que he dado por Francia, he hallado en sus provincias (que siempre mantienen las costumbres mas puras que la capital) un trato humano, cortés y afable para los extrangeros, no producido de la vanidad de que se les visite y admire (como puede suceder en París) sino dimanado verdaderamente de un corazon franco y sencillo, que halla gusto en procurársele al desconocido.

Ni aun dentro de su capital, que algunos pintan como el centro de todo desórden, confusion y luxo, faltan hombres verdaderameate respetables. Todos los que llegan á cierta edad, son sin duda los mas sociables del universo; porque desvanecidas las tempestades de su juventud, les queda el fondo de una índole sincéra, prolixa educacion (que en este pais es comun) y exterior agradable, sin la astucia del italiano, la soberbia del ingles, la aspereza del aleman, la avaricia del holandes, y el despego del español. En llegando á los 40 años se transforma el frances en otro hombre distinto de lo que era á los 20. El militar concurre al trato civil con suma urbanidad, el magistrado con sencillez, y el particular con sosiego; todos con ademanes de agasajar al extrangero que se halla medianamente introducido por su embaxador, calidad, talento ú otro motivo. Se entiende todo esto entre la gente de forma, que con la mediana y comun, el mismo hecho de ser extrangero es una recomendacion superior á quantas puede llevar el que viaja.

La misma desenvoltura de los jóvenes, insufrible á quien no los conoce, tiene un no sé qué que los hace amables. Por ella se descubre todo el hombre interior, incapaz de rencores, astucias rateras, ni intencion dañada. Como procuro indagar precisamente el carácter verdadero de las cosas, y no graduarlas por las apariencias, casi siempre engañosas, no me parece tan odioso aquel bullicio y descompostura por lo que llevo dicho. Del mismo dictámen es mi amigo Nuño, no obstante lo quejoso que está de que los franceses no sean igualmente imparciales quando hablan de los españoles. Estábamos el otro dia en una casa de concurrencia pública, donde se vende café y chocolate, con un jóven frances de los que acabo de pintar, y que por cierto en nada desmentia el retrato. Reparando yo aquellos defectos comunes de su juventud, me dixo Nuño: ¿ves todos estos estrépitos, alboroto, saltos, gritos, voces, ascos que hace de España ¿ esto que dice de los españoles, y sus trazas de acabar con todos los que estamos aquí? pues apos-

temos á que si qualquiera de nosotros se levanta, y le pide la última peseta que tiene, se la da con mil amores. ¡Quánto mas amable es su corazon que el de aquel otro desconocido que ha estado haciendo tantos elogios de nuestra nacion, que nos consta á nosotros ser defectuosa por el lado mismo por donde la ensalza! Oyele, y escucharás que dice mil primores de nuestros caminos, carruages, posadas y espectáculos. Acaba de decir que se tiene por feliz en venir á morir á España, y que da por perdidos todos los años de su vida que no ha pasado en ella. Ayer estúvo en la comedia del *Negro mas prodigioso*; y ¡quánto la álabó! Esta mañana estuvo para rodar toda la escalera envuelto en una capa, por no saber manejarla, y nos dixo con mucha dulzura, que la capa es un trage muy cómodo, ayroso, y muy de su genio. Mas quiero á mi frances, que nos dixo ayer haber leido 1400 comedias españolas, y no haber hallado una escena regular. Sabe, amigo Gazel, añadió Nuño, que esta juventud, en medio de su superficialidad y arrebato, ha hecho

siempre prodigios de valor en servicio de su Rey y defensa de su patria. Cuerpos militares de esta misma traza que ves forman el nervio del exército de Francia. Parece increible, pero es constante, que con todo el luxo de los persas tienen todo el valor de los macedonios. Lo han demostrado en varios lances, pero con singular gloria en la batalla de Fontenay, arrojándose con espada en mano sobre una infantería formidable, compuesta de naciones duras y guerreras, y la deshiciéron totalmente, executando entónces lo que no habia podido lograr su exército entero lleno de oficiales y soldados del mayor mérito.

De aquí inferirás que cada nacion tiene su carácter, que es un mixto de vicios y virtudes, en el qual los vicios pueden apénas llamarse tales, si producen en la realidad algunos buenos efectos; y estos se ven solo en los lances prácticos, que suelen ser muy diversos de lo que se esperaba por mera especulacion.

CARTA XXX.

Del mismo, al mismo.

Reparo que algunos tienen singular complacencia en hablar delante de aquellos á quienes créen ignorantes, como los oráculos hablaban al vulgo necio y engañado. Aunque mi humor fuese de hablar mucho, creo sería de mas gusto para mí el aparentar necedad, y oir el discurso del que se crée sabio, ó proferir de quando en quando algun desatino, con lo que daria mayor pábulo á su vanidad, y á mi diversion.

CARTA XXXI.

De Ben-Beley á Gazel.

De las cartas que recibo de tu parte desde que estás en España, y de las que me escribiste en otros viages, infiero una gran contradicion en los españoles, comun á todos los europeos. Cada dia alaban la libertad que les na-

ce del trato civil y sociable, la ponderan, y se engrandecen de ella; pero al mismo tiempo se labran á sí mismos la mas penosa esclavitud. La Naturaleza les impone leyes como á todos los hombres; la Religion les añade otras; la patria otras, las carreras de honor y fortuna otras; y como si no bastáran todas estas cadenas para esclavizarlos, se imponen á sí mismos otros muchos preceptos espontáneamente en el trato civil y diario, en el modo de vestirse, en la hora de comer, en la especie de diversion, en la calidad del pasatiempo, en el amor y en la amistad. ¡Pero que exâctitud en observarlos y quánto mayor que en la observancia de los otros!

CARTA XXXII.

Del mismo, al mismo.

Acabo de leer el último libro de los que me has enviado en los varios viages que has hecho por Europa; con el qual llegan á algunos centenares las obras europeas de distintas nacio-

nes y tiempos que he leido. Gazel, Gazel, sin duda tendrás por grande absurdo lo que voy á decirte; y si publicas este mi dictámen, no habrá europeo que no me llame bárbaro africano; pero la amistad que te profeso es muy grande para dexar de corresponder con mis observaciones á las tuyas; y mi sinceridad es tanta, que en nada puede mi lengua hacer traicion á mi pecho. En este supuesto, digo que de los libros que he referido he hecho la siguiente separacion. He escogido quatro de Matemáticas, en los que admiro la extension y acierto que tiene el entendimiento humano quando va bien dirigido. Otros tantos de filosofia escolástica, en que me asombra la variedad de ocurrencias extraordinarias que tiene el hombre quando no procede sobre principios ciertos y evidentes. Uno de Medicina, al que falta un tratado completo de los simples, cuyo conocimiento es diez mil veces mayor en Africa. Otro de Anatomía, cuya lectura fué sin duda la que dió motivo al cuento del loco, que se figuraba tan quebradizo como el vidrio.

Dos de los que reforman las costumbres, en las que advierto lo mucho que aun tienen que reformar. Quatro del conocimiento de la Naturaleza, ciencia que llaman filosofia, en los que noto lo mucho que ignoráron nuestros abuelos, y lo mucho mas que tendrán que aprender nuestros nietos. Algunos de Poesía, delicioso delirio del alma, que prueba la ferocidad en el hombre si la aborrece; puerilidad, si la profesa toda la vida; y suavidad, si la cultiva algun tiempo. Todas las demas obras de las ciencias humanas las he arrojado ó distribuido, por parecerme inútiles extractos, compendios defectuosos, y copias imperfectas de lo ya dicho, y repetido una y mil veces.

CARTA XXXIII.

De Gazel á Ben-Beley.

En mis viages por la península me hallo de quando en quando con algunas cartas de mi amigo Nuño, que se mantiene en Madrid. Te enviaré copia de alguna de ellas, y

empiezo por la siguiente, en que habla de tí sin conocerte.

Copia.

Amado Gazel: deseo continúes tu viage por la península con felicidad. No extraño tu detencion en Granada: es ciudad de antigüedades del tiempo de tus abuelos; su suelo es delicioso; y sus habitantes son amables. Yo continúo haciendo la vida que sabes, y visitando la tertulia que conoces. Otras pudiera freqüentar; ¿pero á qué fin? He vivido con hombres de todas clases, edades y genios: mis años, mi humor y mi carrera me precisáron á tratar y congeniar sucesivamente con varios sugetos: milicia, pleitos, pretensiones y amores me han hecho entrar y salir con freqüencia en el mundo. Los lances de tanta escena como he presenciado, ya como individuo de la farsa, ya como del auditorio, me han hecho hallar tedio en lo ruidoso de las gentes, peligro en lo baxo de la república, y delicia en la medianía.

¿Habria cosa mas fastidiosa que la

conversion de aquellos que gradúan el mérito del hombre por el de la plata y oro que posée ? Estos son los ricos. ¿Habrá cosa mas cansada que la compañía de los que no estiman á un hombre por lo que es, sino por lo que fuéron sus abuelos ? Estos son los nobles. ¿Cosa mas vana que la concurrencia de aquellos que apénas llaman racional al que no sabe el cálculo algebráico, ó el idioma caldéo ? Estos son los sabios. ¿Cosa mas insufrible que la compañía de los que vinculan todas las ventajas del entendimiento humano en juntar una coleccion de medallas, ó en saber qué edad tenia Catulo quando compuso el *Pervigilium Veneris*, si es suyo, ó de quien sea, en caso de no ser del dicho ? Estos son los eruditos. En ningun concurso de estos ha depositado Naturaleza el bien social de los hombres. Envidia, rencor y vanidad ocupan demasiado tales pechos para que en ellos quepa la verdadera alegría, la conversacion festiva, la chanza inocente, la mútua benevolencia, el agasajo sincero, y la amistad, en fin, madre de los bienes sociales. Esta solo se

halla entre los hombres que se miran sin competencia.

La semana pasada envié á Cádiz las cartas que me dexaste para el sugeto de aquella ciudad, á quien has encargado las dirija á Ben-Beley. Tambien escribo á este anciano, como me lo encargas. Espero con la mayor ansia su respuesta pará confirmarme en el concepto que me has hecho formar de sus virtudes, ménos por la relacion que me hiciste de ellas, que por las que veo en tu persona: prendas, cuyo orígen puede atribuirse en gran parte á sus consejos y crianza.

CARTA XXXIV.

De Gazel á Ben-Beley.

Con mas rapidéz que la ley de nuestro profeta Mahoma han visto los christianos de este siglo extenderse en sus paises una secta de hombres extraordinarios que se llaman proyectistas. Estos son unos entes, que, sin particular patrimonio propio, pretenden enriquecer los estados en que se hallan,

ó como naturales, ó como advenedizos. Aun en España, cuyos habitantes no han dexado de ser alguna vez demasiado tenaces en conservar sus antiguos usos, se hallan varios de estos innovadores de profesion. Mi amigo Nuño me decia hablando de esta secta, que jamás habia podido mirar uno de ellos sin llorar ó reir, segun la disposicion de humores en que se hallaba.

Bien sé yo, decia ayer mi amigo á un proyectista, bien sé yo que desde el siglo XVI hemos perdido los españoles el terreno que algunas otras naciones han adelantado en varias ciencias y artes. Largas guerras, lejanas conquistas, urgencias de los primeros Reyes Austriacos, desidia de los últimos, division de España al principio del siglo, contínua extraccion de hombres para las Américas y otras causas, han detenido sin duda el aumento del floreciente estado en que dexáron esta Monarquía los Reyes Don Fernando V. y su esposa Doña Isabel; de modo, que léjos de hallarse en el pie que aquellos Soberanos pudieron espe-

rar en vista de su gobierno tan sabio y del plantío de hombres grandes que dexáron, halló Felipe V. su herencia en el estado mas infeliz, sin exército, sin marina, sin rentas, sin comercio, sin agricultura, y con el desconsuelo de tener que abandonar todas las idéas que no fuesen de la guerra, durando esta crísis sin cesar los quarenta y seis años de su reynado. Bien sé, que para igualar nuestra patria con otras naciones es preciso cortar muchos ramos podridos de este venerable tronco, inxerir otros nuevos, y darle un fomento continuo; pero no por eso le hemos de aserrar por medio, ni cortarle las raices, ni menos me harás creer, que para darle su antiguo vigor es suficiente ponerle hojas postizas y frutos artificiales. Para hacer un edificio en que vivir, no basta la abundancia de los materiales y de obreros, es preciso exâminar el terreno para los cimientos, los genios de los que le han de habitar, la calidad de sus vecinos, y otras mil circunstancias, como la de no preferir la hermosura de la fa-

chada á la comodidad de las viviendas. Los canales, dixo el proyectista, interrumpiendo á Nuño, son de tan alta utilidad, que el hecho solo de negarlo acreditaria á qualquiera de necio. Tengo un proyecto para hacer uno en España, el qual se ha de llamar canal de San Andres, porque ha de tener la figura de las aspas de aquel bendito martir. Desde la Coruña ha de llegar á Cartagena, y desde el cabo de Rosas al de San Vicente. Se han de cortar estas dos líneas en Castilla la Nueva, formando una isla, á la que se pondrá el nombre de proyectista para inmortalizarme. En ella se me erigirá un monumento para quando muera, y han de venir en romería todos los proyectistas del mundo para pedir al Cielo que les ilumine. Perdónese esta corta digresion á un hombre ansioso de fama póstuma. Ya tenemos, además de las ventajas civiles y políticas de este archicanal, una division geografica de España muy cómodamente hecha en septentrional, meridional, occidental y oriental. Llamo meridional la parte comprehendida des-

de la isla hasta Gibraltar; occidental la que se contiene desde el citado parage hasta las orillas del mar Océano por la costa de Portugal y Galicia; oriental, la que se extiende hácia el Mediterráneo por Cataluña y Valencia; septentrional la quarta parte restante: hasta aquí lo material de mi proyecto. Ahora entra lo sublime de mi especulacion, dirigido al mejor expediente de las providencias dadas, mas fácil administracion de justicia, y mayor felicidad de los pueblos. Quiero que en cada una de estas partes se hable un idiona, y se estile un trage. En la septentrional se ha de hablar precisamente vizcaino; en la meridional, andaluz cerrado; en la oriental, catalan; en la occidental, gallego. El trage en la septentrional ha de ser como el de los maragatos, ni mas ni ménos: en la meridional montera granadina muy alta, copete de dos faldas y ajustador de ante: en la tercera, gambeto catalan y gorro encarnado: en la quarta, calzones blancos largos con todo el restante de equipage que traen los segadores gallegos. Item, en cada

una de dichas, citadas, mencionadas y referidas cuatro partes integrantes de la península, quiero que haya una Iglesia Patriarcal, Universidad mayor, Capitanía general, Chancillería, Intendencia, Casa de Contratacion, Seminario de Nobles, Hospicio general, Departamento de Marina, Tesorería, Casa de moneda, fábricas de lana, seda y lienzos, Aduana general. Item: la Corte irá pasando segun las quatro estaciones del año por las quatro partes, el invierno en la meridional, el verano en la septentrional, *et sit de cæteris.*

Fué tanto lo que aquel hombre iba diciendo sobre su proyecto, que sus secos labios iban padeciendo notable perjuicio, como se conocia en las contorsiones de boca, convulsiones de cuerpo, vuelta de ojos, movimiento de lengua, y todas las señales de verdadero frenético. Nuño se levantó por no dar mas pábulo al pobre en su frenesí, y solo le dixo al despedirse: ¿sabeis lo que falta en cada parte de vuestra España quadripartita? Una casa de locos para los proyectistas de Norte, Sur, Poniente y Levante.

¿Sabes lo malo de esto? díxome, volviendo la espalda al otro. Lo malo es que la gente, desazonada con tanto proyecto frívolo, se preocupa contra las innovaciones útiles; y que éstas admitidas con repugnancia, no surten los buenos efectos que producirian si hallasen los ánimos sosegados. Tienes razon, Nuño, respondí yo. Si me obligaran á lavarme la cara con trementina, luego con aceyte, luego con tinta, y luego con pez, me repugnaria ménos al principio, hasta que con tanto lavarme, no me lavaria gustoso despues, ni con el agua de la fuente mas cristalina.

CARTA XXXV.

Del mismo, al mismo.

En España, como en todas partes, el lenguage se muda á cada paso como las costumbres; y es, que como las voces son invenciones para representar las idéas, es preciso que se inventen palabras para explicar la impresion que hacen las costumbres nuevamente in-

troducidas. Un español de este siglo gasta cada minuto de las veinte y quatro horas en cosas totalmente distintas de aquellas en que su visabuelo consumia el tiempo: éste por consiguiente no dice una palabra de las que al otro se le ofrecian. Si me dan hoy á leer, decia Nuño, un papel escrito por un galan del tiempo de Henrique el Enfermo, refiriendo á su dama la pena en que se halla ausente de ella, no entenderia una sola cláusula, por mas que estuviese escrito de letra excelente, moderna, aunque fuese de la mejor de las escuelas Pias. Pero en recompensa, ¿qué chasco llevaria uno de mis tatarabuelos, si hallase, como me sucedió pocos dias ha, un papel de mi hermana á una amiga suya que vive en Burgos? Moro mio, te le leeré, y como le entiendas, tenme por hombre estravagante. Yo mismo, que soy español por todos quatro costados, y que si no me debo preciar de saber el idioma de mi patria, á lo ménos puedo asegurar que le estudio con cuidado; yo mismo no entendí la mitad de lo que contenia. En vano me

quedé con copia de dicho papel: llevado de curiosidad me dí prisa á executarlo, y apuntando las voces y frases mas notables, llevé mi nuevo diccionario de puerta en puerta, suplicando á todos mis amigos, que arrimasen el hombro á el árduo negocio de explicarmele. Todos ellos se halláron tan suspensos como yo, por mas tiempo que gastáron en revolver calepinos y vocabularios. Solo un sobrino que tengo de edad de veinte años, muchacho que tiene habilidad para trinchar una liebre, baylar un minuet, y destapar una botella con mas ayre que quantos hombres han nacido de mugeres, me supo explicar algunas voces: con todo, la fecha era de este mismo año.

Tanto me moviéron estas razones á deseo de leer la copia, que se la pedí á Nuño. Sacóla de su cartera, y poniéndose los anteojos, me dixo: amigo, ¡qué sé yo, si leyéndotela, te revelaré flaquezas de mi hermana y secretos de mi familia! Quédame el consuelo, de que no lo entenderás. Dice así: "Hoy no ha sido dia en mi apar-

tamento hasta medio dia y medio. Tomé dos tazas de thé: púseme un deshabillé y bonete de noche: hice un tour en mi jardin: leí cerca de ocho versos del segundo acto de la Zayra. Vino Mr. Labanda: empecé mi toeleta: no estuvo el Abate. Mandé pagar mi modista. Pasé á la sala de compañia: me sequé toda sola. Entró un poco de mundo: jugué una partida de mediator: tiré las cartas. Jugué al piquete. El Maitre d'hotel avisó. Mi nuevo Xefe de cocina es divino: él viene de arribar de París. La crapaudina, mi plato favorito, estaba deliciosa. Tomé café y licor. Otra partida de quince; perdí mi todo. Fuí al espectáculo: la pieza que han dado es exêcrable: la pequeña pieza que han anunciado para el Lunes que viene, es muy galante; pero los actores son pitoyables; los vestidos horribles: las decoraciones tristes. La Mayorita cantó una cabatina pasablemente bien. El actor, que hace los criados, es un poquito extremado: sin eso sería pasable. El que hace los amorosos no jugaria mal; pero su figura no es preveniente. Es menester tomar pa-

...

ciencia, porque es preciso matar el tiempo. Salí al tercer acto, y me volví de allí á casa. Tomé de la limonada: entré en mi gabinete, para escribirte ésta, porque soy tu veritable amiga. Mi hermano no abandona su humor de Misantrópo: él siente todavia furiosamente el siglo pasado, y no le pondré jamás en estado de brillar: ahora quiere irse á su provincia. Mi primo ha dexado á la jóven persona que él entretenia. Mi tio ha dado en la devocion; ha sido en vano, que yo he pretendido hacerle entender la razon. A Dios, mi querida amiga, hasta otra posta; y ceso, porque me traen un dominó nuevo para ensayar."

Acabó Nuño de leer, diciéndome: ¿qué has sacado en limpio de todo este guirigay? Por mi parte te aseguro, que antes de humillarme á preguntar á mis amigos el sentido de estas frases, me hubiera sujetado á estudiarlas, aunque hubiesen sido precisas quatro horas por la tarde, durante quatro meses. Aquello de *medio dia y medio*, y que no habia sido dia hasta medio dia, me volvia loco; y todo se me iba en

mirar el sol, á ver qué nuevo fenómeno ofrecia aquel astro. Lo del *deshabillé*, tambien me apuró, y me dí por vencido. Lo del *bonete de noche* ó de dia, no pude comprehender jamás qué uso tenga en la cabeza de una muger. *Hacer un tour*, puede ser una cosa muy santa y muy buena; pero suspendo mi juicio hasta enterarme. Dice que leyó de la *Zaira* unos ocho versos; sea muy enhorabuena; pero no sé qué es *Zaira*. Mr. de Labanda dice que vino: bien venido sea; pero no le conozco. Empezó su *toeleta*; esto ya lo entendí, gracias á mi sobrino que me lo explicó, no sin bastante trabajo, segun mis cortas entendederas, burlándose de que su tio es hombre que no sabe lo que es *toeleta*. Tambien me dixo lo que es *modista*, *piquete*, *maitre d'hotel* y otros francesisimos semejantes. Lo que no me supo explicar, de modo que yo acá me hiciese cargo de ello, fué aquello de que *el xefe de cocina es divino*; y lo de *matar el tiempo*, siendo así que el tiempo es quien nos mata á todos, fué cosa que tampoco se me hi-

zo fácil de entender, aunque mi intérprete habló mucho, y sin duda muy bien sobre este particular. Otro amigo, que sabe griego, ú á lo menos dice que lo sabe, me explicó lo que era *Misantrópo*; cuyo sentido yo indagué con sumo cuidado, por ser cosa que me tocaba personalmente: y á la verdad, que una de dos; ó mi amigo no me dixo lo que es, ó mi hermana no lo entendió: y siendo ambas cosas posibles, y no como quiera, sino sumamense posibles, me quedo obligado á suspender por ahora el juicio hasta tener mejores informes. Lo restante me lo entendí tal qual, ingeniándome á mi modo, y estudiando acá con paciencia, constancia y trabajo.

Ya se vé, prosiguió Nuño, cómo habia de entender esta carta el Conde Fernan Gonzalo, si en su tiempo no habia *thé*, ni *deshabillé*, ni *bonete de noche*, ni habia *Zaira*, ni *Mr. Banda*, ni *toeletas*, ni las *cocineras eran divinas*, ni se conocian *crapaudinas*, ni *café*, ni mas licores que el agua y el vino.

Aquí lo dexó mi amigo. Pero yo le aseguro, Ben-Beley, que esta mudanza de modas es muy incómoda, hasta para el uso de las palabras, uno de los mayores beneficios con que Naturaleza nos dotó. Siendo tan frecuentes estas mutaciones, y tan arbitrarias, ningun español, por bien que hable su idioma este mes, puede decir: el mes que viene entenderé la lengua que me hablen mis vecinos, mis amigos, mis parientes y mis criados. Por todo lo qual, dice Nuño, mi parecer y dictámen, salvo *meliori*, es, que en cada un año se fixen las costumbres para el siguiente, y por consecuencia se establezca el idioma que se ha de hablar durante sus trescientos sesenta y cinco dias. Pero como quiera que esta mudanza dimana en gran parte, ó en todo, de los caprichos, invenciones ó codicias de los sastres, zapateros, ayudas de cámara, modistas, reposteros, peluqueros y otros inviduos igualmente útiles al vigor y gloria de los estados, convendra que cierto numero igual de cada gremio celebré varias juntas, en las quales que-

de este punto evacuado; y de resultas de estas respetables sesiones vendan los ciegos por las calles en los últimos meses de cada un año, al mismo tiempo que el Kalendario, Almanack y Piscator, un papel que se intitule: *Vocabulario nuevo al uso de los que quieran entenderse y explicarse con las gentes de moda, para el año de mil setecientos y tantos, y siguientes, aumentado, revisto y corregido por una Sociedad de varones insignes, con los retratos de los mas principales.*

CARTA XXXVI.

Del mismo, al mismo.

Prescindiendo de la corrupcion de la lengua, consiguiente á la de las costumbres, el vicio de estilo mas universal en nuestros dias, es el frecuente uso de una especie de antítesis, como el del equívoco lo fué en el siglo pasado. Entónces un orador no se detenia en decir un desatino de qualquiera clase que fuese, por no desperdiciar un equivoquillo pueril y ri-

díctulo ; ahora se expone á lo mismo por aprovechar una contraposicion, falsa muchas veces. Por exemplo, en el año de mil setecientos setenta diria un panegirista en la oracion fúnebre de uno, que por casualidad se llamase fulano Vivo: vengo á predicar con viveza la muerte del vivo, que murió para el mundo; y con moribundos acentos la vida del muerto que vive en las lenguas de la fama. En mil setecientos setenta, un gazetista que escribe una expedicion hecha por los españoles en América, no se detendrá un minuto en decir: los españoles hiciéron en estas conquistas las mismas hazañas que los soldados de Cortés, sin cometer las crueldades que aquellos executáron.

CARTA XXXVII.

Del mismo, al mismo.

Reflexîonando sobre la naturaleza del diccionario que quiere publicar mi amigo Nuño, veo que efectivamente se han vuelto muy obscuros y confusos

los idiomas europeos. El español ya no es inteligible. Lo mas extraño es, que los dos adjetivos *bueno* y *malo* ya no se usan: y en su lugar se han puesto otros, que en vez de ser equivalentes, pueden causar mucha confusion en el trato comun.

Pasaba yo un dia por el frente de un regimiento formado en parada, cuyo aspecto infundia terror. Oficiales de distincion y experiencia; soldados veteranos; armas bien acondicionadas; banderas que daban muestras de las balas que habian recibido; y todo lo restante del aparato, verdaderamente guerrero, daba la idea mas alta del poder que le mantenia. Admiréme de la fuerza que manifestaba tan buen regimiento; pero las gentes que pasaban le aplaudian por otro término. ¡Qué oficiales tan bonitos! decia una dama desde el coche. ¡Hermoso regimiento! dixo un General, galopando por el frente de banderas. ¡Qué tropa tan lucida! decian unos. ¡Bella gente! decian otros. Pero ningun dixo: este regimiento está bueno.

Me hallé poco ha en una concur-

rencia en que se hablaba de un hombre que se deleytaba en sembrar zizaña en las familias, suscitar pleytos entre los vecinos, seducir mugeres honradas, y promover toda especie de vicios. Unos decian: fatal es ese hombre. Otros: ¡qué lástima que tenga esas cosas! pero nadie decia: ese es un hombre malo.

Ahora, Ben-Beley, ¿qué te parece de una lengua en que se han quitado las voces *bueno y malo*? ¿Qué te parecerá de unas costumbres que han hecho tal reforma en la lengua?

CARTA XXXVIII.

Del mismo, al mismo.

Uno de los defectos de la nacion española, segun el sentir de los demas europeos, es el orgullo. Si esto es asi, es muy extraña la proporcion en que este vicio se nota entre los españoles, pues crece segun disminuye el carácter del sugeto, parecido en algo á lo que los físicos dicen haber hallado en el descenso de los graves hácia el centro:

tendencia que crece, miéntras mas baxa el cuerpo que la contiene. El Rey lava los pies á doce pobres en ciertos dias del año, acompañado de sus hijos, con tanta humildad, que yo, sin entender el sentido religioso de esta ceremonia, quando asistí á ella, me llené de ternura, y prorumpí en lágrimas. Los magnates ó nobles de primera gerarquía, aunque de quando en quando hablan de sus abuelos, se familiarizan hasta con sus ínfimos criados. Los nobles menos elevados hablan con mas frecuencia de sus conexîones, entronques y enlaces. Los caballeros de las ciudades ya son algo pesados, en punto de nobleza. Antes de visitar á un forastero, ó de admitirle en sus casas, indagan quién fué su quinto abuelo, teniendo buen cuidado de no baxar un punto de esta etiqueta, aunque sea en favor de un magistrado del mas alto mérito y ciencia, ó de un militar lleno de heridas y servicios. Lo mas es, que aunque uno y otro forastero tengan un orígen de los mas ilustres, siempre se mira como tacha inexcusable el no haber nacido en la ciudad, donde se ha-

lla de paso; pues se da por regla general, que nobleza como ella no la hay en todo el reyno.

Todo lo dicho es poco en comparacion de la vanidad de un hidalgo de aldea. Este se pasea magestuosamente en la triste plaza de su pobre lugar, embozado en su mala capa, contemplando el escudo de armas quc cubre la puerta de su casa medio caida, dando gracias á Dios y á su providencia de haberle hecho Don Fulano de Tal. No se quitará el sombrero (aunque lo pudiera hacer sin desembozarse); no saludará al forastero que llega al meson, aunque sea el General de la provincia, ó el Presidente del primer tribunal de ella. Lo mas que se digna hacer es, preguntar si el forastero es de casa solar conocida al fuero de Castilla; que escudo es el de sus armas; y si tiene parientes conocidos en aquellas cercanías.

Pero lo que mas te ha de pasmar es el grado en que se halla este vicio en los pobres mendígos. Piden limosna: si se les niega con alguna aspereza, insultan al mismo á quien poco

ántes suplicaban. Hay un proverbio por acá, que dice: el aleman pide limosna cantando, el frances llorando, y el español regañando.

CARTA XXXIX.

Del mismo, al mismo.

Pocos dias ha que entré una mañana en el quarto de mi amigo Nuño ántes de que se levantase. Hallé su mesa cubierta de papeles; y arrimándome á ella con la libertad que nuestra amistad nos permite, abrí un quadernillo, que tenia por título *observaciones y reflexîones sueltas.* Quando pensé hallar una cosa, por lo menos mediana, hallé que era un laberinto de materias sin conexîon. Junto á una reflexîon muy seria sobre la inmortalidad del alma, habia otra acerca de la danza francesa; y entre dos relativas á la patria potestad, una sobre la pesca del atun. No pude menos de extrañar este desarreglo, y aun se lo dixe á Nuño, quien sin alterarse, ni hacer mas movimiento que suspender la accion de ponerse



una media, en cuya actitud le cogió mi reparo, me respondió: mira, Gazel, quando intenté escribir mis observaciones sobre las cosas del mundo, y las reflexîones que de ellas nacen, creí tambien sería justo coordinarlas por clases, como religion, política moral, filosofia, &c.; pero quando ví el ningun método que el mundo guarda en sus cosas, no me pareció digno de que estudiase mucho el de escribirlas. Así como vemos al mundo mezclar lo sagrado con lo profano, pasar de lo importante á lo frívolo, confundir lo malo con lo bueno, dexar un asunto para emprender otro, retroceder y adelantar á un tiempo, afanar y descuidarse, mudar y afectar constancia, ser firme, y aparentar ligereza, así tambien yo quise escribir con igual desarreglo. Al decir esto, prosiguió vistiéndose, miéntras fui ojeando el manuscrito.

Extrañé tambien que un hombre tan amante de su patria tuviese tan poco escrito sobre el gobierno de ella; á lo que me dixo: se ha escrito tanto, con tanta variedad en tan diversos tiem-

pos, y por tan buenas plumas sobre el gobierno de las Monarquias, que ya poco se puede decir de nuevo que sea útil á los estados, ó seguro para los Autores.

CARTA XL.

Del mismo, al mismo.

Paséabame yo con Nuño la otra tarde por la calle principal de la Corte, muy divertido en ver la variedad de gentes que le hablaban, y á quienes él respondia. Todos mis conocidos son mis amigos, me decia; porque como saben que á todos quiero bien, todos me corresponden. No es el género humano tan malo como otros le suelen pintar, y como efectivamente le hallan los que no son buenos. Uno que desea y anhela continuamente engrandecerse y enriquecerse á costa de qualquiera próximo suyo, ¿qué derecho tiene á hallar, ni aun pretender el menor rastro de humanidad entre los hombres sus compañeros? ¿Y qué sucede? Que no halla sino recíprocas injusticias en los mismos que le hubieran producido abun-

dante cosecha de beneficios, si él no hubiera sembrado tiranías en sus pechos. Se irrita contra lo que es natural, y declama contra lo que él mismo ha causado. De aquí tantas invectivas contra el hombre, que de suyo es un animal tímido, sociable y cuitado.

Seguimos nuestra conversacion y paseo, sin que el hilo de ella interrumpiese á mi amigo el cumplimiento con el sombrero ó con la mano á quantos encontrábamos á pie ó en coche. Por esta urbanidad, que es casi religion en Nuño, me pareció sumamente extraña su falta de atencion con un anciano de venerable presencia que pasó junto á nosotros, sin que mi amigo le saludase, ni hiciese el menor obsequio, quando merecia tanto su aspecto. Pasaba de 80 años; abundantes canas le cubrian la cabeza magestuosa y frente arrugada; apoyábase en un baston costoso; le sostenia con respeto un lacayo con librea magnífica; iba recibiendo reverencias del pueblo; y en todo daba á entender un carácter respetable.

El culto con que veneramos á los

viejos, me dixo Nuño, suele ser á veces mas supersticioso que debido. Quando veo á un anciano que ha gastado su vida en alguna carrera útil á la patria, le miro sin duda con veneracion; pero quando el tal no es mas que un ente viejo, que de nada ha servido, estoy muy léjos de venerar sus canas.

CARTA XLI.

Del mismo, al mismo.

Nosotros nos vestimos como se vestian dos mil años ha nuestros predecesores: los muebles de las casas son de la misma antigüedad que los vestidos: la misma fecha tienen nuestras mesas, trages de criados, y todo lo restante; por todo lo qual sería imposible explicarte el sentido de esta voz *luxo*. Pero en Europa, donde los vestidos se arriman ántes de ser viejos, y donde los artesanos mas viles de la república son los legisladores mas respetados, esta voz es muy comun; y para que no leas varias ojas de papel sin entender el asunto de que se trata, haz cuenta que lu-

xo es la abundancia y variedad de las cosas superfluas á la vida.

Los autores europeos están discordes sobre si conviene ó no esta variedad y abundancia. Ambos partidos traen especiosos argumentos en su apoyo. Los pueblos, que por su genio inventivo, industria, mecánica, y sobra de habitantes, han influido en las costumbres de sus vecinos, no solo aprueban, sino que predican el luxo, y empobrecen á los otros, persuadiéndoles ser útil lo que los dexa sin dinero. Las naciones que no tienen esta ventaja natural, gritan contra la introduccion de quanto en lo exterior choca á su sencillez y trage, y en lo interior los hace pobres.

Cosa fuerte es que los hombres, tan amigos de distinciones y precisiones en unas materias, procedan tan á bulto en otras. Distingan de luxo, y quedarán de acuerdo. Fomente cada pueblo el luxo que resulta de su mismo pais, y á ninguno será dañoso. No hay pais que no tenga alguno ó algunos frutos capaces de adelantamiento y alteracion. De estas modificaciones nace la variedad; con ésta se convida la vanidad;

ésta fomenta la industria, y de ésta resulta el luxo ventajoso al pueblo; pues logra su verdadero objeto, que es el que el dinero fisico de los ricos y poderosos no se estanque en sus cofres, sino que se derrame entre los artesanos y pobres.

Esta especie de luxo perjudicará al comercio grande, ó sea general; pero nótese que el tal comercio general del dia consiste mucho ménos en los artículos necesarios que en los superfluos. Por cada fanega de trigo, y vara de paño ó de lienzo que entra en España, ¡quánto se vende de cadenas de relox, vueltas de encaxes, palilleros, abanicos, cintas, aguas de olor, y otras cosas de esta calidad! No siendo el genio español propenso á estas fábricas, ni la poblacion de España suficiente para abastecerlas de obreros, es imposible que jamás compitan los españoles con los extrangeros en este comercio, que siempre será dañoso á España, pues la empobrece y la esclaviza al capricho de la industria extrangera; y ésta, hallando continuo pábulo en la extraccion del oro y plata (única balanza de la

introduccion de las modas) tendrá cada dia efectos mas exquisitos, y por consiguiente mas capaces de agotar el oro y plata que tengan los españoles. En consecuencia de esto, estando el atractivo del luxo tan apurado y refinado, que engaña á los mismos que conocen que es perjudicial; y juntándose esto con aquello, no tiene fin el daño.

No quedan mas que dos medios para evitar que el luxo sea la total ruina de esta nacion: ó superar á la industria extrangera, ó privarse de su consumo, inventando un luxo nacional que igualmente lisongeará el orgullo de los poderosos, y les obligará á hacer á los pobres partícipes de sus caudales.

El primer medio parece imposible, porque las ventajas que llevan las fábricas extrangeras á las españolas son tantas, que no cabe que éstas desbanquen á aquellas. Las que se establecerán en adelante, y el fomento de las que establecidas cuestan á la Corona grandes desembolsos, no pueden resarcirse sino del producto de lo fabricado aquí, y esto siempre será á proporcion mas caro que lo fabricado fuera: con

que lo de fuera siempre tendrá mas despacho, porque el comprador acude siempre adonde por el mismo dinero halla mas ventaja en la cantidad ó calidad, ó en ambas cosas. Si por accidente, que no cabe en la especulacion, pudiesen estas fábricas dar en el primer año el mismo género, y por el mismo precio que las extrangeras, las que en vista del auge en que están hace tantos años con los caudales adquiridos, y visto el fondo ya hecho, pueden bien malbaratar su venta, minorando mucho los precios unos quantos años; y en este caso no hay resistencia de parte de las nuestras.

El segundo medio, que es la invencion de un luxo nacional, parecerá á muchos un imposible como el primero, porque ha mucho tiempo que reyna la epidemia de la imitacion, y que los hombres se sujetan á pensar por el entendimiento de otros, y no cada uno por el suyo. Pero aun así, retrocediendo dos siglos en la historia, veremos que se vuelve imitacion lo que ahora parece invencion.

Siempre que para constituir el lu-

xo baste la profusion, novedad y delicadez, digo, que ha habido dos siglos ha (y por consiguiente no es imposible que lo haya ahora) un luxo nacional: lo que me parece demostrable de este modo.

En los tiempos inmediatos á la conquista de América, no habia las fábricas extrangeras en que se refunde hoy el producto de aquellas minas; porque el establecimiento de dichas fábricas es muy moderno respecto de aquella época: y no obstante habia luxo, porque habia profusion, abundancia y delicadez (que si no le hubiera habido, no se hubiera gastado entónces sino lo preciso): luego hubo en aquel tiempo un luxo considerable puramente nacional; esto es, dimanado de los artículos que ofrece Naturaleza sin pasar los Pirineos. ¿Por qué, pues, no le puede haber ahora, como le hubo entónces? ¿Y quál fué aquel luxo?

Indáguese en qué consistia la magnificencia de aquellos Ricos-hombres. No se avergüencen los españoles de su antigüedad, que por cierto es venera-

ble la de aquel siglo ; dedíquense á hacerla revivir en lo bueno , y remediarán por un medio fácil y loable la extraccion de tanto dinero como arrojan cada año , á cuya pérdida añaden la nota de ser tenidos por unos meros administradores de las minas que sus padres ganaron á costa de tanta sangre y trabajos.

¡Extraña suerte es la de América, que parece está destinada á no producir jamás el menor beneficio á sus poseedores! Antes de la llegada de los europeos , sus habitantes comian carne humana , andaban desnudos , y los dueños de la mayor parte de la plata y oro del mundo no tenian la menor comodidad de la vida. Despues de la conquista , sus nuevos dueños , los españoles , son los que ménos se aprovechan de aquella abundancia.

Volviendo al luxo extrangero y nacional , éste en la antigüedad que he dicho , consistia , á mas de varios artículos ya olvidados , en lo exquisito de sus abundantes y excelentes caballos , magnificencia de sus casas , banquetes de increible número de platos

para cada comida, fábricas de Segovia y Córdoba, servicio voluntario al Soberano, bibliotecas particulares, &c. todo lo qual era producto de España, y se fabricaba por manos españolas. Vuélvanse á fomentar estas especies; y consiguiéndose el fin político del luxo (que, como está ya dicho, es el refluxo de los caudales excesivos de los ricos á los pobres) se verá en breves años multiplicarse la poblacion, salir de miserias los necesitados, cultivarse los campos, adornarse las ciudades, exercitarse la juventud, y recobrar el estado su antiguo explendor. Este es el quadro del antiguo luxo: ¿cómo retratarémos el moderno? Copiemos los objetos que se nos ofrecen á la vista, sin lisonjearnos, ni ofenderlos. El poderoso de este siglo (hablo del acaudalado, cuyo dinero fisico es el objeto del luxo) ¿en qué gasta sus rentas? Despiértanle dos ayudas de cámara peynados y vestidos: toma café de Moca exquisito en taza traida de la china por Londres: pónese una camisa finísima de holanda, luego una bata de mucho gusto texi-

da en Leon de Francia: lee un libro enquadernado en París: viste al gusto de un sastre y peluquero francés: sale con un coche, que se pintó donde se enquadernó el libro: va á comer en vaxilla, labrada igualmente en París ó en Lóndres, las viandas calientes, y en platos de Saxonia ó de China las frutas y dulces: paga un maestro de música, y otro de bayle, ambos extrangeros: asiste á una ópera italiana, bien ó mal representada, ó á una tragedia francesa, bien ó mal traducida; y al tiempo de acostarse puede decir esta oracion: doy gracias al Cielo de que todas mis operaciones de hoy han sido dirigidas á echar fuera de mi patria quanto oro y plata ha estado en mi poder.

Hasta aquí he hablado con relacion á la política; pues considerando solo las costumbres, esto es, hablando no como estadista, sino como filósofo, todo luxo es dañoso, porque multiplica las necesidades de la vida, emplea el entendimiento humano en cosas frívolas; y dorando los vicios, hace despreciable la virtud, que es la

única que produce los verdaderos bienes y gustos.

CARTA XLII.

De Nuño á Ben-Beley.

Segun las noticias que Gazel me ha dado de tí, sé que eres un hombre de bien, que vives en África; y segun las que te habrá dado él mismo de mí, sabrás que soy un hombre de bien, que vivo en Europa. No creo se necesite mas requisito para que formemos el uno del otro un mútuo buen concepto. Nos estimamos sin conocernos; y por poco que nos tratáramos, seriamos amigos.

El trato de este jóven, y el conocimiento de que tú le has dado crianza, me impelen á dexar la Europa, y pasar á Africa, donde resides. Deseo tratar un sabio africano, pues te juro estoy fastidiado de tratar los sabios europeos, ménos unos pocos que viven en Europa, como si vivieran en Africa. Quisiera me dixeses, qué método seguiste, y qué objeto llevaste en

la educacion de Gazel. He hallado su entendimiento á la verdad muy poco cultivado, pero su corazon inclinado á lo bueno; y como aprecio en muy poco toda la erudicion del mundo respecto de la virtud, quisiera que nos viniesen de Africa unas pocas docenas de ayos como tú, para encargarse de la educacion de nuestros jóvenes, en lugar de los ayos europeos que descuidan mucho la direccion de los corazones de sus alumnos, pues llenan sus cabezas de noticias de Blason, cumplidos franceses, vanidad española, arias italianas, y otros renglones de esta perfeccion é importancia. Cosas que serán sin duda muy buenas, pues tanto dinero llevan por enseñarlas, pero que me parecen muy inferiores á las máxîmas, cuya práctica observo en Gazel.

Por medio de estos pocos renglones cumplo con su encargo, y con mi deseo: todo lo cual me ha sido muy fácil. ¡Quán dificultoso me hubiera sido practicar lo mismo respecto de un europeo! En el pais del mundo; en que hay mas comodidades para que

un hombre sepa de otro, por la prontitud y seguridad de los correos, se halla la mayor dificultad para escribir éste á aquel. Si como eres moro, que jamás me has visto, ni yo te he visto, que vives doscientas leguas de mi casa, y que eres en todo diferente de mí, fueras un europeo christiano, y avecindado á diez leguas de mi lugar, sería obra muy árdua el escribirte por la primera vez. Primero, habia de considerar con madurez lo ancho del márgen de la carta. Segundo, sería asunto de mucha reflexîon la distancia que habia de dexar entre el primer renglon, y la extremidad del papel. Tercero, meditaria muy despacio el cumplido con que habia de empezar. Quarto, no con ménos cuidado estudiaria la expresion correspondiente para el fin. Quinto, mereceria igual atencion el saber como te habia de hablar en el contenido de la carta, ó si habia de dirigir el discurso como hablando contigo solo, ó como con muchos, ó como con tercera persona, ó al señorío que puedes tener en algun lugar, ó á la exce-

lencia tuya sobre varios que tengan señoríos, ó á otras calidades semejantes, sin hacer caso de tu persona: naciendo de todo esto tanta y tan terrible confusion, que por no entrar en ella, dexa muchas veces de escribir un español á otro.

El Sér Supremo, que nosotros llamamos Dios, y vosotros Alá, es quien hizo Africa, Europa, Asia y América. El te guarde muchos años, y con las felicidades que deseo, á tí, á todos los americanos, asiáticos, africanos y europeos.

CARTA XLIII.

De Gazel á Nuño.

La ciudad en que ahora me hallo es la única de quantas he visto que se parece á las de la antigua España, cuya descripcion me has hecho muchas veces. El color de los vestidos triste, las concurrencias pocas, la division de los dos sexôs fielmente observada, las mugeres recogidas, los hombres zelosos, los viejos sumamente graves, los mozos pendencieros, y todo lo restante

del aparato me hace mirar mil veces el Kalendario, para ver si estamos efectivamente en el año que vosotros llamais de 1768; ó si en el de 1500, ó en el de 1600 á lo sumo. Sus conversaciones son correspondientes á sus costumbres. Aquí no se habla de los sucesos que hoy vemos, ni de las gentes que hoy viven; sino de los eventos que ya pasáron, y de los hombres que ya fuéron. He llegado á dudar, si por arte mágica me representa algun encantador las generaciones anteriores. Si esto es así, ¡oxalá alcanzára su ciencia á traerme á los ojos las edades futuras! Pero sin molestarte mas en este correo, y reservando el asunto para quando nos veamos, te aseguro que admiro como singular mérito en estos habitantes la reverencia que hacen continuamente á las cenizas de sus padres. Es una especie de perpetuo agradecimiento á la vida que de ellos han recibido. Pero como en esto puede haber exceso, como en todas las prendas de los hombres, cuya naturaleza á veces suele viciar hasta las virtudes mismas, res-

ponde con lo que se te ofrezca sobre este particular.

CARTA XLIV.

De Nuño á Gazel, en respuesta de la antecedente.

Empiezo á responder á tu última carta por donde tú la acabaste. Confírmate en la idea de que la naturaleza del hombre está corrompida; y para valerme de tu propia expresion, suele viciar hasta las virtudes mismas. La economía es sin duda una virtud moral, y el hombre que es extremado en ella, la vuelve en el vicio llamado avaricia: la liberalidad se muda en prodigalidad: y así de las demas restantes. El amor de la patria es ciego como qualquiera otro amor: y si el entendimiento no le dirige, puede muy bien aplaudir lo malo, y despreciar lo respetable. De esto nace, que hablando con ciego cariño de la antigüedad va el expañol expuesto á varios yerros, siempre que no haga la distincion siguiente. En dos clases

divido los españoles que hablan con entusiasmo de la antigüedad de su nacion: los que entienden por antigüedad el siglo último, y los que en esta voz comprehenden el antepasado y los anteriores.

El siglo pasado no nos ofrece cosa que pueda lisongearnos. Se me figura España desde el fin de 1500 como una casa grande que ha sido magnífica y sólida; pero que con el transcurso de los tiempos se va cayendo, y cogiendo debaxo á sus habitantes. Aquí se desploma un pedazo de techo, allí se hunden dos paredes, allá se rompen dos columnas, por esta parte falsea un cimiento, por aquella se entró el agua de las fuentes, por la otra se abre el piso; los moradores gimen, y no saben á donde acudir; aquí se ahoga en la cuna el dulce fruto del matrimonio fiel; allí muere herido de las ruinas, y aun mas de dolor al ver este espectáculo, el anciano padre de familia; mas allá entran ladrones á aprovecharse de la desgracia; no léjos roban los mismos criados, por estar méjor instruidos, lo que no pueden descubrir los ladrones.

Si esta pintura te parece mas poética que verdadera, registra la historia, y verás quán justa es la comparacion. Al empezar aquel siglo, toda la Monarquía Española, comprehendidas en ella las dos Américas, media Italia y Flandes, apénas podia mantener 20@ hombres, y estos mal pagados, y peor disciplinados; seis navíos de pésima construccion, llamados galeones, que traian de Indias el dinero que escapaba de los piratas y corsarios; seis galeras ociosas en Cartagena, y algunos navios que se alquilaban, segun las urgencias, para transportes de España á Italia, y de Italia á España, formaban toda la armada real. Las rentas reales, sin bastar para mantener la Corona, sobraban para aniquilar al vasallo por las confusiones introducidas en su cobro y distribucion. La agricultura totalmente arruinada, el comercio meramente pasivo, y las fábricas destruidas, eran inútiles á la Monarquía. Las ciencias iban decayendo cada dia; introducíanse tediosas y vanas disputas continuadas que se llamaban filosofia; en la poesía se admitian equí-

vocos ridículos y pueriles; el pronóstico, que se hacia junto con el almanak, lleno de insulseces de astrología judiciaria, formaba casi toda la matemática que se conocia; voces hinchadas y campanudas, frases dislocadas, y gestos teatrales, iban apoderándose de la oratoria, poética y especulativa. Aun los hombres grandes que produxo aquella era, solian sujetarse al mal gusto del siglo, como los mozos esclavos de tiranos feísimos. ¿Quién pues aplaudirá tal siglo?

¿Pero quién no se envanece, si se habla del siglo anterior, en que cada español era un soldado respetable? Del siglo en que nuestras armas conquistaban las dos Américas, y las islas de Asia; aterraban á Africa, é incomodaban á toda Europa con exércitos pequeños en número, y grandes por su gloria, mantenidos en Italia, Francia, Alemania y Flandes; y cubrian los mares con esquadras y armadas de navíos, galeones y galeras: del siglo en que la Academia de Salamanca hacia el primer papel entre las Universidades del mundo: del siglo en que nues-

tro idioma se hablaba por todos los sabios y nobles de Europa. ¿Quién podrá tener voto en materias críticas que confunda dos épocas tan diferentes, en que parece la nacion compuesta de dos pueblos distintos? ¿Equivocará un entendimiento mediano un tercio de españoles delante de Túnez mandado por Cárlos I. con la guardia de la cuchilla de Cárlos II.? ¿á Garcilaso con Villamediana? ¿al Brocense con qualquiera de los humanistas de Felipe IV.? ¿á Don Juan de Austria, hermano de Felipe II., con Don Juan de Austria, hijo de Felipe IV? Créeme que la voz *antigüedad* es demasiado amplia, como la mayor parte de las que pronuncian los hombres con sobrada ligereza.

La predileccion con que se suele hablar de todas las cosas antiguas, sin distincion de crítica, es ménos efecto de amor hácia ella, que de odio á nuestros contemporáneos. Qualquiera virtud de nuestros coetáneos la miramos como un fuerte argumento contra nuestros defectos, y vamos á buscar con tanto ahinco las prendas de nuestros abuelos, por no confesar las

de nuestros hermanos, que no distinguimos el abuelo que murió en su cama, sin haber salido de ella, del que murió en campaña, habiendo vivido siempre cargado con sus armas; ni dexamos de confundir al abuelo nuestro, que no supo quantas leguas tiene un grado geográfico, con los Alabas, y otros que anunciáron los descubrimientos en matemáticas hechos un siglo despues por los mayores hombres de aquella facultad. Basta que no los hayamos conocido, para que los queramos; así como basta que tratemos á los de nuestros dias, para que sean objeto de nuestra envidia ó desprecio.

Es tan ciega, y tan absurda esta indiscreta pasion á la antigüedad, que un amigo mio, bastante gracioso por cierto, hizo una exquisita burla de uno de los que adolecen de esta enfermedad. Enseñóle un soneto de los mas hermosos de Hernando de Herrera, diciéndole que le acababa de componer un condiscípulo suyo, arrojóle al suelo el imparcial crítico, diciéndole que no se podia leer de puro insípido y floxo. De alli á pocos

días compuso el mismo muchacho una octava insulsa, si las hay, y se la llevó al oráculo, diciendo que habia hallado aquella composicion en un manuscrito de letra de la monja de México. Al oirlo, exclamó el otro: esto sí que es poesía, invencion, lenguage, armonía, dulzura, fluidez, elegancia, elevacion, y tantas cosas mas que se me olvidaron; pero no á mi sobrino, que se quedó con ellas de memoria, y quando oye ó lée alguna chabacanería del siglo pasado delante de algun apasionado de aquella era, siempre exclama con increible entusiasmo irónico: ¡esto sí que es invencion, poesía, lenguage, dulzura, armonía, fluidez, elevacion, &c.

Espero cartas de Ben-Beley; y tú manda á tu Nuño.

CARTA XLV.

De Gazel á Ben-Beley.

Acabo de llegar á Barcelona, lo poco que he visto de ella me asegura ser cierto el informe de Nuño. El

juicio que formé, por instruccion suya, del genio de los catalanes es tan acertado, y tal la utilidad de este principado, que por un par de provincias semejantes pudiera el Rey de los christianos trocar sus dos Américas. Mas provecho redunda á su Corona de la industria de estos pueblos, que de la pobreza de tantos millones de indios. Si yo fuera señor de toda España, y me precisaran á escoger los diferentes pueblos de ella por mis criados, haria á los catalanes mis mayordomos.

Esta plaza es de las mas importantes de la península; y por tanto su guarnicion es numerosa y lucida, porque entre otras tropas se hallan aquí las que llaman guardias de infantería española. Un individuo de este cuerpo está en la misma posada que yo desde ántes de la noche que llegué: ha congeniado sumamente conmigo por su franqueza, cortesanía y persona; es muy jóven, y su vestido es el mismo que el de los soldados rasos; pero sus modales le distinguen fácilmente del vulgo soldadesco. Extrañé esta contradicion, y ayer en la mesa, que

en estas posadas llaman redonda, porque no tienen asiento preferente, viéndole tan familiar y tan bien recibido con los oficiales mas viejos del cuerpo, que son tan respetables, no pude aguantar mas mi curiosidad acerca de su clase, y así le pregunté quién era. Soy, me dixo, cadete de este cuerpo, y de la compañía de aquel caballero, señalando á un anciano venerable con la cabeza cubierta de canas, el cuerpo lleno de heridas, y el aspecto guerrero. Sí, señor, y de mi compañía, dixo el viejo. Es nieto y heredero de un compañero mio que matáron á mi lado en la batalla de Campo Santo: tiene veinte años de edad, y cinco de servicio: hace mejor el exercicio que todos los granaderos del batallon: es un poco travieso, como los de su clase y edad: los viejos no lo extrañamos, porque son lo que fuimos, y serán lo que somos. No sé qué grado es ese de cadete, dixe yo. Esto se reduce, dixo otro oficial, á que un jóven de buena familia sienta plaza: sirve doce ó catorce años, haciendo siempre el servicio de soldado

raso; y despues de haberse portado, como corresponde á su nacimiento, es promovido al honor de llevar una bandera con las armas del Rey y divisas del regimiento. En todo este tiempo suelen consumir sus patrimonios por la indispensable decencia con que se tratan, y por las ocasiones de gastar que se les presentan, siendo su residencia en esta ciudad, que es deliciosa y lucida, ó en la Corte, que es costosa. Buen sueldo gozarán, dixe yo, para estar tanto tiempo sin el carácter de oficial, y con gastos como si lo fueran. El prest de soldado raso, y nada mas, dixo el primero: en nada se distinguen, sino en que no toman ni aun eso, pues lo dexan, con alguna gratificacion mas al soldado que cuida sus armas y fornitura. Pocos habrá, insté yo, que sacrifiquen de ese modo su juventud y patrimonio. ¿Cómo pocos? saltó el muchacho. Somos cerca de doscientos; y si se admiten todos los que pretenden ser admitidos, llegarémos á dos mil. Lo mejor es, que nos estorbamos mútuamente para el ascenso, por el corto número de va-

cantes, y grande de cadetes; pero mas queremos estar haciendo centinelas con esta casaca, que dexarla. Lo mas que hacen algunos es beneficiar compañías de caballería, ó dragones, quando la ocasion se presenta, si se hallan ya impacientes de esperar; y aun asi quedan con tanto afecto al regimiento, como si viviesen en él. ¡Gracioso cuerpo, exclamé yo, en que doscientos nobles ocupan el hueco de otros tantos plebeyos, sin mas paga que el honor de la nacion! ¡Gloriosa nacion, que produce nobles tan amantes de su Rey! ¡Poderoso Rey, que manda á una nacion, cuyos nobles individuos no anhelan mas que á servirle, sin reparar en qué clase, ni con qué premio!

CARTA XLVI.

De Ben-Beley á Nuño.

Cada dia me agrada mas la noticia de la continuacion de tu amistad con Gazel mi discípulo. De ella infiero que ambos sois hombres de bien. Los malvados no pueden ser amigos. En vano

se juran mil veces mutua amistad y estrecha union: en vano trabajan unidos en algun objeto comun: nunca creeré que se quieran. El uno engaña al otro, y éste á aquel por recíprocos intereses de fortuna ó esperanza de tenerla. Para esto sin duda necesitan ostentar una amistad firmísima con una aparente confianza; pero de nadie desconfian mas que el uno del otro, porque el primero conoce los fraudes del segundo, á menos que se recaten mutuamente el uno del otro; en cuyo caso habrá mucho menos franqueza, y por consiguiente menos amistad. No dudo que ambos se unan muy de veras en daño de un tercero; pero perdido éste entre los dos, inmediatamente riñen por quedar uno solo en posesion del bocado que arrebatáron de las manos del perdido: así como dos salteadores de camino se juntan para robar al pasagero, pero luego se hieren mutuamente al repartir lo que han robado. De aquí viene, que el pueblo ignorante se admira quando vé convertida en odio la amistad que tan firme y pura le parecia. ¡Alá! ¡Alá! ¿quién cre-

yera que aquellos dos se separáran al cabo de tantos años? ¡Qué corazon el del hombre! ¡qué inconstancia! ¿Adónde te refugiaste, santa amistad? ¿dónde te hallarémos? ¡Creíamos que tu asilo era el pecho de qualquiera de estos dos, y ambos te destierran! Pero considérense las circunstancias de este caso, y se conocerá que todas estas son vanas declamaciones é injurias al corazon humano. Si el vulgo (tan discretamente llamado profano por un poeta filósofo latino, cuyas obras me envió Gazel) si el vulgo, digo, profano supiera la causa de esta y otras maravillas, no se espantaria de tantas. Entenderia que aquella amistad no lo fué; ni merecia mas nombre que el de una mutua traicion conocida por ambas partes, y mantenida por las mismas el tiempo que les pareció conducente.

Al contrario, entre dos corazones rectos, la amistad crece con el trato. El recíproco conocimiento de las bellas prendas, que por dias se van descubriendo, aumenta la mutua estimacion. El consuelo que el hombre bueno recibe viendo crecer el fruto de la bondad

de su amigo, le estimula á cultivar mas y mas la suya propia. Este gozo, que tanto eleva al virtuoso, jamás puede llegar á gozarle, ni aun á conocerle el malvado. La Naturaleza le niéga un número grande de gustos inocentes y puros en trueque de las satisfacciones iniquas que él mismo se procura fabricar con su talento siniestramente dirigido. En fin dos malvados que se juzgan felices á costa de delitos, se miran con envidia, y la parte de aquella prosperidad que goza el uno, es tormento para el otro. Pero dos hombres justos que se hallan en alguna situacion dichosa, gozan no solo de la propia dicha, sino tambien de la del otro. De donde se infiere, que la maldad, aun en el mayor auge de la fortuna, es abundante semilla de rezelos y sustos; y que al contrario la bondad, aun quando parece desdichada, es fuente perenne de gustos, deleytes y sosiego. Este es mi dictámen sobre la amistad de los buenos y malos; y no le fundo solo en esta especulacion, que me parece justa, sino en repetidos exemplares que abundan en el mundo.

CARTA XLVII.

De Nuño á Ben-Beley, en respuesta á la anterior.

Veo que nos conformamos mucho en las ideas de virtud, amistad y vicio, como tambien en la justicia que hacemos al corazon del hombre en medio de la universal sátira que experimenta la humanidad en nuestros dias. Bien me lo prueba tu carta; pero si se publicase, pocos la entenderian. La mayor parte de los lectores la tendria por un trozo de moral abstracto, y casi de ningun servicio en el trato humano. Reiríanse de ella los mismos que lloran algunas veces de resultas de no observarse semejante doctrina. Esta es una de nuestras flaquezas, y de las mas antiguas, pues no fué el siglo de Augusto el primero que dió motivo á decir: *conozco lo mejor, y sigo lo peor*; y desde aquel al nuestro han pasado muchos, todos muy parecidos los unos á los otros.

CARTA XLVIII.

Del mismo, al mismo.

He visto en una de las cartas que te escribe Gazel un retrato horroroso del siglo actual, y la ridícula defensa de él, hecha por un hombre superficial é ignorante. Partamos la diferencia tú y yo entre los dos pareceres; y sin dexar de conocer que no es la era tan buena ni tan mala como se dice, confesemos que lo peor que tiene este siglo es que le defiendan como cosa propia semejantes abogados. El que sabe en esta carta oponerse á la demasiada rígida crítica de Gazel, es capaz de perder la mas segura causa. Emprende la defensa como otros muchos por el lado que muestra mas flaqueza y ridiculez. Si en lugar de querer sostener estas locuras, se hiciera cargo de lo que merece verdaderos aplausos, hubiera dado sin duda al africano mejor opinion de la era en que vino á Europa. Otro efecto le hubiera causado una relacion de la suavidad de costum-

bres, humanidad en la guerra, noble uso de las victorias, blandura en los gobiernos, adelantamientos matemáticos y fisicos, mutuo comercio de talentos por medio de las traducciones que se hacen en todas lenguas de qualquiera obra que sobresale en alguna de ellas. Quando todas estas ventajas no sean tan efectivas como lo parecen, pueden á lo menos ponerse en equilibrio con la enumeracion de desdichas que hace Gazel; y siempre que los bienes y males, los delitos y las virtudes esten en igual balanza, no puede llamarse tan infeliz el siglo en que se note esta igualdad, respecto del número que nos muestra la historia de tantos llenos de horrores y miserias, sin una época siquiera que consuele al género humano.

CARTA XLIX.

De Gazel á Ben-Beley.

¿Quién creyera que la lengua, tenida por la mas hermosa de Europa dos siglos ha, se vaya haciendo una de las menos apreciables? Tal es la prisa que

se dan los españoles á echarla á perder. El abuso de su flexîbilidad, digámoslo así; la poca economía en frases y figuras de muchos autores del siglo pasado, y la esclavitud de los traductores del presente á sus originales, han despojado á este idioma de sus naturales hermosuras, quales eran laconismo, abundancia y energía. Los franceses han hermoseado el suyo al paso que los españoles han desfigurado el que tanto habian perfeccionado. Un párrafo de Montesquieu y otros coetáneos tiene tal abundancia de las tres hermosuras referidas, que no parecian caber en el idioma francés; y siendo anteriores en un siglo, y algo mas los autores que han escrito en buen castellano, los españoles del dia parece que han hecho asunto formal de humillar el lenguage de sus padres. Los traductores é imitadores de los extrangeros son los que mas han lucido en esta empresa. Como no saben su propia lengua, porque no se dignan de tomarse el trabajo de estudiarla, quando se hallan con una hermosura en algun original francés, inglés ó italiano, amon-

tonan galicismos, italianismos y anglicismos, con lo qual consiguen todo lo siguiente.

1.º Defraudan al original de su verdadero mérito, pues no dan la verdadera idea de él en la traduccion. 2.º Añaden al castellano mil frases impertinentes. 3.º Lisongean al extrangero, haciéndole creer que la lengua española es inferior á las otras. 4.º Alucinan á muchos jóvenes españoles, disuadiéndolos del indispensable estudio de su lengua nativa.

Sobre estos particulares suele decirme Nuño: algunas veces me puse á traducir, siendo muchacho, varios trozos de literatura extrangera; porque así como algunas naciones no tuviéron á menos el traducir nuestras obras en los siglos en que estas lo merecian, así debemos nosotros portarnos con ellos en lo actual. El método que seguí fué este. Leía un párrafo del original con todo cuidado; procuraba tomarle el sentido preciso; le meditaba mucho en mi mente, y luego me preguntaba á mí mismo: si yo hubiese de poner en castellano la idea que me ha produci-

do esta especie que he leido, ¿cómo lo haria? Despues recapacitaba si algun autor antiguo español habia dicho cosa que se le pareciese. Si me figuraba que sí, iba á leerlo, y tomaba todo lo que juzgaba ser análogo á lo que deseaba. Esta familiaridad con los españoles del siglo XVI, y algunos del XVII me sacó de muchos apuros; y sin esta ayuda es moralmente imposible el salir de ellos, á no cometer los vicios de estilo que son tan comunes.

Mas te diré. Creyendo la transmigracion de las artes tan firmemente como crée la de las almas qualquiera buen pitagórico, he creido ver en el castellano y latin de Luis Vives, Alonso Matamoros, Pedro Ciruelo, Francisco Sanchez, llamado el Brocense, Hurtado de Mendoza, Ercilla, Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Leon, Garcilaso, Argensola, Herrera, Álaba, Cervantes, y otros, las semillas que tan felizmente han cultivado los franceses de la mitad última del siglo pasado, de que tanto fruto han sacado los del actual. En medio del justo respeto que siempre han observado las plumas es-

pañolas en materias de religion y de gobierno, he visto en los referidos autores excelentes trozos, así de pensamientos, como de locucion aun en las materias frívolas de pasatiempo gracioso; y en aquellas en que la crítica con sobrada libertad suele mezclar lo frívolo con lo serio, y que es precisamente el género que mas atractivo tiene en lo moderno extrangero, hallo mucho en lo antiguo nacional, así en lo impreso, como en lo inédito. En fin concluyo, que bien entendido y practicado nuestro idioma, segun le han manejado los autores arriba dichos, no necesitamos echarle á perder en la traduccion de lo que se escribe bueno ó malo en lo restante de Europa: y á la verdad, prescindiendo de lo que se ha adelantado en Fisica y Matemática, no hacen absoluta falta las traducciones.

Esto suele decir Nuño, quando habla seriamente en este punto.

CARTA L.

De Gazel á Ben-Beley.

El uso fácil de la imprenta, el mucho comercio, las alianzas entre los príncipes y otros motivos, han hecho comunes á toda Europa las producciones de cada reyno de ella. No obstante, lo que mas ha unido á los sabios europeos de diferentes paises es el número de traducciones de unas lenguas en otras; pero no creas que esta comodidad sea tan grande como te figurarás desde luego. En las ciencias positivas no dudo que lo sea, porque las voces y frases para tratarlas en todos los paises son casi las mismas, distinguiéndose éstas muy poco en la sintaxîs, y aquellas solo en la terminacion ó pronunciacion de las terminaciones; pero en las materias puramente de moralidad, crítica, historia ó pasatiempo suele haber mil yerros en las traducciones por las varias índoles de cada idioma. Una frase, al parecer la misma, suele ser en la reali-

dad muy diferente, porque en una lengua es sublime, en otra baxa, y en otra media. De aquí viene que no solo no se da el verdadero sentido que tiene en una, si se traduce exâctamente, sino que el mismo traductor no la entiende, y por consiguiente da á su nacion una siniestra idea del autor extrangero, llegando á tal extremo alguna vez este daño, que se dexan de traducir muchas cosas buenas porque suenan mal á quien emprenderia de buena gana la traduccion, si le sonasen bien; como si le acompañáran las cosas necesarias para este ingrato trabajo, á saber, su lengua, la extraña, la materia y las costumbres tambien de ambas naciones.

De aquí nace la imposibilidad positiva de traducir algunas obras. El poema burlesco de los ingleses, intitulado *Oudibras*, no se puede trasladar á otra lengua ninguna del continente de Europa. Por lo mismo, nunca pasarán los Pirineos las letrillas satíricas de Góngora, y muchas comedias de Moliere no gustarán por lo propio sino en Francia, aunque sean todas com-

posiciones perfectas en su línea. Esto que parece desgracia, lo he mirado siempre como fortuna. Basta que los hombres sepan participarse los frutos que sacan de las ciencias y artes útiles, sin que tambien se comuniquen sus extravagancias. La nobleza francesa tiene cierta especie de vanidad que expresó el cómico censor en la comedia *le Glorieux*, sin que convenga comunicar tal necedad á la española; porque ésta, que es por lo menos tan vana como la otra, se halla muy bien reprehendida del mismo vicio, á su modo, en la executoria del drama intitulado *el Domine Lucas*, sin que se pegue igual locura á la francesa. Hartas ridiculeces tiene cada nacion sin copiar á las extrañas. La imperfeccion en que se hallan aun hoy las facultades beneméritas de la Sociedad humana, prueba que necesitan de todo el esfuerzo unido de las naciones que conocen la utilidad de la cultura.

CARTA LI.

Del mismo, al mismo.

Una de las palabras, cuya explicacion ocupa mas lugar en el Diccionario de mi amigo, Nuño es la voz *política*, y su adjetivo derivado *político*. Quiero copiarte todo el párrafo; que dice así:

"*Política* viene de la voz griega, que significa ciudad; de donde se infiere que su verdadero sentido es *la ciencia de gobernar pueblos*, y que los *políticos* son aquellos que están en semejantes encargos, ó por lo menos en carrera de llegar á desempeñarlos En este supuesto aquí acabaria este artículo, pues venero su caracter; pero han usurpado este nombre otros sugetos que se hallan muy léjos de verse en tal situacion, ni de merecer tal respeto. De la corrupcion de esta palabra apropiada á semejantes gentes, nace la precision de extenderme mas.

Políticos de esta segunda clase son unos hombres que no sueñan de noche

y de dia sino en hacer fortuna por quantos medios se ofrezcan. Las tres potencias del alma racional, y los cinco sentidos del cuerpo humano, se reducen á una desmesurada ambicion en todos ellos. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida á este fin. La naturaleza pierde toda su hermosura en el ánimo de estos. Un jardin no es fragante, ni una fruta deliciosa, ni un campo ameno, ni un bosque frondoso, ni las diversiones tienen atractivo, ni la comida sabor, ni la conversacion gusto, ni la salud alegría, ni la amistad consuelo, ni el amor delicia, ni la juventud fortaleza. Nada importan las cosas del mundo en el dia, la hora, el minuto, que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna. Los demas hombres pasan por varias alteraciones de gustos y penas; pero estos no conocen mas que un gusto, y es el de adelantarse, y así tienen, no por pena, sino por tormento inaguantable toda contingencia, y las infinitas casualidades de la vida humana. Para ellos todo inferior es un esclavo, todo igual un enemigo, todo superior un ti-

rano. La risa y el llanto en estos hombres son como las aguas de un rio que han pasado por parages pantanosos: vienen tan turbias, que no es posible distinguir su verdadero color y sabor. El continuo artificio, que ya se hace segunda naturaleza en ellos, los hace insufribles aun á sí mismos. Se piden cuenta del poco tiempo que han dexado de aprovechar en seguir por entre precipicios el fantasma de la ambicion que los guia. En su concepto el dia es corto para sus ideas, y demasiado largo para las de los otros. Desprecian al hombre sencillo, aborrecen al discreto, parecen oráculos al Publico; pero son tan ineptos, que un criado inferior sabe todas sus flaquezas, ridiculeces, vicios, y tal vez delitos, segun el verdadero proverbio frances, que ninguno es héroe para con su ayuda de camara. De aquí nace revelarse tantos secretos, descubrirse tantas maquinaciones; y en substancia, mostrar los hombres ser defectuosos, por mas que quieran parecer semidioses."

En medio de lo odioso que es y debe ser al comun de los hombres el

que está agitado de semejante delirio, y que á manera del frenético debiera estar encadenado, porque no haga daño á quantos hombres, mugeres y niños encuentra por las calles, suele ser divertido su manejo para el que lo vé de léjos. Aquella diversidad de astucias, ardides y artificios es un gracioso espectáculo para quien no la teme. Pero para lo que no basta la paciencia humana es para mirar todas estas máquinas manejadas por un ignorante ciego, que se figura á sí mismo tan incomprehensible, como los demas le conocen necio. Créen muchos de estos que la mala intencion puede suplir al talento, á la viveza, y al demas conjunto que se vé en muchos libros, pero en pocas personas.

CARTA LII.

De Nuño á Gazel.

Entre ser hombre de bien, y no ser hombre de bien, no hay medio. Si le hubiera, no sería tanto el número de pícaros. La alternativa de no hacer

mal á alguno, ó de atrasarse uno mismo si no hace algun mal á otro, es de una tiranía tan despótica, que solo puede resistirse á ella por la invencible fuerza de la virtud; pero la virtud está muy desayrada en la corrupcion del mundo para tener atractivo alguno. Su mayor trofeo es el respeto de la menor parte de los hombres.

CARTA LIII.

De Gazel á Ben-Beley.

Ayer estábamos Nuño y yo al balcon de mi posada viendo á un niño jugar con una caña adornada de cintas y papel dorado. ¡Feliz edad, exclamé yo, en que aun no conoce el corazon las verdaderas penas y engañosos gustos de la vida! ¿Qué le importan á este niño los grandes negocios del mundo? ¿qué daño le pueden ocasionar los malvados? ¿qué impresion pueden hacer las mudanzas de la suerte próspera ó adversa en su tierno corazon?

Te equivocas, me dixo Nuño. Si se le rompe esa caña con que juega, si otro compañero se la quita, si su madre le regaña porque se divierte con ella; le verás tan afligido como un General con la pérdida de la batalla, ó un Ministro con su caida. Créeme, Gazel: la miseria humana se proporciona á la edad de los hombres: va mudando de especie, conforme el cuerpo va pasando por edades; pero el hombre es mísero desde la cuna al sepulcro.

CARTA LIV.

Del mismo, al mismo.

La voz *fortuna*, y la frase *hacer fortuna* me han gustado en el diccionario de Nuño. Despues de explicarlas, añade lo siguiente: el que aspire á hacer fortuna por medios honrosos, no tiene mas que uno en que fundar su esperanza; á saber, el mérito. El que sea menos escrupuloso tiene mayor número en que escoger; á saber, todos los vicios y las apariencias de todas las virtudes. Escoja se-

gun las circunstancias lo que mas le convenga, ó por junto, ú por menor; ocultamente, ó á las claras; con moderacion ó sin ella.

CARTA LV.

Del mismo, al mismo.

¿Para qué quiere el hombre hacer fortuna? decia Nuño á uno que no piensa en otra cosa. Convengo en que el pobre necesitado anhele por tener que comer; y que el que está en mediana constitucion, aspire á procurarse algunas mas conveniencias; pero tanto conato y desvelo para adquirir dignidades y empleos ¿á qué conducen? No lo veo. En el estado de medianía en que me hallo, vivo con tranquilidad y sin cuidado. Mis operaciones no son objeto de la crítica agena, ni motivo de remordimiento para mi propio corazon. Colocado en la altura que tu apeteces, no comeré mas, no dormiré mejor, ni tendré mas amigos, ni he de libertarme de las enfermedades comunes á todos los hombres: por con-

siguiente no tendria entonces mas gustosa vida que tengo ahora. Solo una reflexîon me hizo en otros tiempos pensar alguna vez en declararme cortesano de la fortuna, y solicitar sus favores. ¡Quán gustoso me sería, decíame á mí mismo, el tener en mi mano los medios de hacer bien á mis amigos! y luego traia á mi memoria los nombres y prendas de los mas queridos, y los empleos que les daria quando yo fuese primer Ministro; pues nada menos apetecia, porque con nada menos se contentaba mi oficiosa ambicion. Este es mozo de excelentes virtudes y costumbres, selecta erudicion y genio afable; quiero darle un Obispado. A otro sugeto de consumada prudencia, genio desinteresado, y lo que se llama don de gentes, hágole Virey de México. Aquel es soldado por vocacion, me consta su valor personal, y su cabeza no es menos guerrera que su brazo; le daré un baston de General. Aquel otro, sobre ser de una casa de las mas distinguidas del reyno, está impuesto en el derecho de gentes, tiene un mayo-

razgo quantioso, sabe disimular una pena y un gusto, ha tenido la curiosidad de leer todos los tratados de paces, y tiene de estas obras la mas completa coleccion; lo enviaré á qualquiera de las embaxadas de primera clase, y así de los demas amigos. ¡Qué consuelo para mí, quando me pueda mirar como segundo criador de todos estos!

No solo mis amigos serán partícipes de mi fortuna, sino tambien con mas justa razon lo serán mis parientes y criados. ¡Quántos primos, sobrinos y tios vendrán de mi lugar y de los inmediatos á acogerse á la sombra de mi poder! No seré yo como muchos poderosos, que no conocen á sus parientes pobres. Muy al contrario, yo mismo presentaré al Público todos estos novicios de fortuna, hasta que estén colocados, sin negar los vínculos con que Naturaleza me ligó á ellos. A su llegada necesitarán mi auxîlio; que despues ellos mismos se harán lugar por sus prendas y talentos, y mas por la obligacion de dexarme ayroso.

Mis criados, que habrán sabido asis-

tir con trabajo y lealtad á mi persona, pasando malas noches, llevando mis órdenes, y haciendo mi voluntad; ¡ quán acreedores son á mi beneficencia ! Colocarélos en varios empleos de honra y provecho. A los diez años de mi elevacion, la mitad del imperio será hechura mia ; y moriré con la complacencia de haber colmado de bienes á quantos hombres he conocido.

Esta consideracion es sin duda muy grata para quien tiene un corazon naturalmente benigno, y propenso á la amistad : es capaz de mover al pecho menos ambicioso, y sacar de su retiro al hombre mas apartado, para hacerle entrar en las carreras de la fortuna y autoridad ; pero dos reflexîones me entibiáron el ardor que me habia causado este deseo de hacer bien á otros. La primera es la ingratitud, tan frecuente, y casi universal, que se halla en las hechuras, aunque sean de la mas inmediata obligacion; de lo qual cada uno puede tener suficientes pruebas en su respectiva esfera. La segunda es que el poderoso, así colocado, no puede dispensar los empleos y digni-

dades segun su capricho y voluntad, sino segun el mérito de los concurrentes. No es dueño de los puestos, sino administrador, y debe considerarse como hombre caido de las nubes, sin vínculos de parentesco, amistad ni gratitud; y por tanto tendrá muchas veces que negar su proteccion á las personas de su mayor aprecio, por no hacer agravio á un desconocido benemérito. Solo puede disponer á su arbitrio, concluyó Nuño, de los sueldos que goza, segun los empleos que exerce, y de su patrimonio peculiar.

CARTA LVI.

Del mismo, al mismo.

Los dias de correo ó de ocupacion suelo pasar á una casa inmediata á la mia, donde se juntan bastantes gentes, que forman una graciosa tertulia. Siempre he hallado en su conversacion cosa que me disipe la melancolía, y abstraiga de pensamientos serios y pesados; pero la ocurrencia de hoy me ha hecho mucha gracia. Entré quando

acababan de tomar café, y empezaban á conversar. Una señorita se iba á poner al clave; dos señoritos de poca edad leian con mucho misterio un papel en el balcon; una dama estaba haciendo una escarapela; un oficial jóven estaba vuelto de espaldas á la chimenea; un viejo empezaba á roncar en una silla poltrona arrimada á la lumbre; un abate miraba al jardin, y al mismo tiempo leia algo en un libro negro y dorado; y otras gentes hablaban. Saludáronme al entrar todos, ménos tres señoras, y otros tantos jóvenes que estaban embebidos al parecer en una conversacion la mas séria. Hijas mias, decia una de ellas, nuestra España nunca será mas de lo que es. Bien sabe el Cielo que me muero de pesadumbre, porque quiero mucho á mi patria. Vergüenza tengo de ser española, decia la segunda. ¡Qué dirán las naciones extrañas! ¡Jesus, y quánto mejor hubiera sido quedarme yo en el convento de Francia, que no venir á España á ver estas miserias! dixo la que aun no habia hablado. Teniente Coronel soy yo, y con algunos méritos extraordinarios; pero

quisiera ser Alferez de Usares en Ungría, primero que vivir en España, dixo uno de los tres, que estaban con las tres. Bien lo he dicho mil veces, dixo otro del triunvirato, bien lo he dicho yo: la Monarquía no puede durar lo que queda del siglo: la decadencia es rápida, la ruina inmediata. ¡Lástima como ella! ¡válgame Dios! ¿Pero, señor, dixo el que quedaba, no se toma providencia para atajar semejantes daños? Me aturdo. Créanme vmds. que en estos casos siente un hombre saber leer y escribir. ¿Qué dirán de nosotros mas allá de los Pirineos?

Asustáronse todos al oir semejantes lamentaciones. ¿Qué es eso? decian unos. ¿Qué hay? repetian otros. Proseguian las tres parejas sus quejas y gemidos, deseoso cada uno, y cada una de sobresalir en lo enérgico. Yo tambien me sentí conmovido al oir tanta ponderacion de males; y aunque ménos interesado que los otros en los sucesos de esta nacion, pregunté quál era el motivo de tanto lamento. ¿Es acaso, dixe yo, alguna noticia de haber desembarcado los argelinos en la costa de

Andalucía, y haber devastado aquellas hermosas provincias? No, no, me dixo una dama: no, no; mas que eso es lo que lloramos. ¿Se ha aparecido alguna nueva nacion de indios bravos, y ha invadido el nuevo México por el norte? Tampoco es eso, sino mucho mas que eso, dixo otra de las patriotas. ¿Alguna peste, insté yo, ha acabado con todos los ganados de España, de modo que esta nacion se vea privada de sus lanas preciosísimas? Poco importaria eso, dixo uno de los zelosos ciudadanos, respecto de lo que pasa.

Fuiles diciendo otra infinidad de daños públicos á que estan expuestas las monarquías, preguntando si alguno de ellos habia sucedido; quando al cabo de mucho tiempo, lágrimas, sollozos, suspiros, quejas, lamentos, llantos, y hasta invectivas contra los astros, estrellas y cielos, la que habia callado, y que parecia la mas juiciosa de todas, exclamó con voz muy dolorida; ¿creerás, Gazel, que en todo Madrid no se ha hallado cinta de este color por mas que se ha buscado?

CARTA LVII.

Del mismo, al mismo.

Si los vicios comunes en el método europeo de escribir la historia son tan capitales como te tengo avisado, te espantará otro mucho mayor y mas comun en la historia que llaman universal. Apénas hay nacion en Europa que no haya producido un escritor, ó bien compendioso, ó bien extenso de la historia universal; ¿ pero qué trazas de ser universal? A mas de las preocupaciones que guian las plumas, y los respetos que atan las manos á estos historiadores generales, comunes con los obstáculos iguales de los historiadores particulares, tienen uno muy singular y peculiar de ellos, y es, que cada uno, escribiendo con individualidad los fastos de su nacion, los anales gloriosos de sus reyes y generales, los progresos hechos por sus sabios en las ciencias, contando cada cosa de estas con unas menudencias en la realidad despreciables; crée firmemente que cumple para

con las demas naciones con referir quatro ó cinco épocas notables, y nombrar quatro ó cinco hombres grandes, aunque sea desfigurando sus nombres. El historiador universal ingles gastará muchas hojas en la noticia de quien fué qualquiera de sus corsarios, y apénas dice que hubo un Turena en el mundo. El frances nos dirá de buena gana, con igual exâctitud, quién fué el primer actor que mudó el sombrero por el morrion en los papeles heroycos de su teatro; y por poco se olvida de quien fué el Duque de Malboroug.

¡Qué chasco el que acabo de llevar! díxome Nuño, ¡qué chasco! Pocos dias ha que, engañado por el título de una obra en que el autor nos prometia las vidas de todos los grandes hombres del mundo, fuí á buscar en ella unos quantos amigos mios y de mi mayor estimacion y no hallé siquiera sus nombres. Voy por el abecedario á ver los Ordoños, Sanchos, Fernandos de Castilla, los Jaymes de Aragon, y nada, nada dice de ellos.

Entre tantos grandes hombres como despreciáron su sangre, durante ocho si-

glos, en ayuda de su patria, y por sacudir el yugo de tus abuelos, apénas dos ó tres han merecido la atencion de este historiador. Botánicos, insignes Humanistas, Estadistas, Poetas, Oradores anteriores con mas de un siglo, y algunos dos, á las Academias francesas, quedan sepultados en el olvido, si no se leen mas historias que éstas. Pilotos holandeses, vizcainos, portugueses que navegáron con tanta osadía como pericia, y son por consiguiente tan beneméritos de la sociedad, quedan cubiertos con igual velo. Los soldados catalanes y aragoneses, tan ilustres en ambas Sicilias y sus mares por los años de 1280, no han parecido dignos de fama póstuma á los tales compositores. Doctores cordobeses de tu religion, y descendientes de tu pais, que conserváron en España las ciencias miéntras ardia la península en guerras sangrientas, tampoco ocupan una llana de la tal obra.

Si como creo se quejarán de igual descuido las otras naciones, ménos la del autor ¿qué mérito tiene, pues, para llamarse universal? Si un sabio de Siam-

china se aplicase á entender algun idioma europeo, y tuviese encargo de su Soberano de leer alguna historia de éstas, é informarle de su contenido, juzgo que ceñiria su dictámen á estas pocas líneas: "he leido la historia universal, cuyo exámen se me ha cometido, y de su lectura infiero que en aquella corta parte del mundo, que llaman Europa, no hay mas que una nacion cultivada, es á saber, la patria del autor, y los demas son unos paises incultos, ó poco ménos, pues apénas tiene media docena de hombres ilustres cada uno de ellos, por mas que nos hayan quedado tradiciones de padres á hijos, por las quales sabemos que, centenares de años ha, arribaron á nuestras costas algunos navíos europeos, los quales diéron noticia de que sus paises, en diferentes eras, han producido varones dignos de la admiracion de la posteridad. Digo que los tales viageros deben ser despreciados por sospechosos en punto de verdad en lo que contaron de sus patrias y patriotas, pues apénas se habla de ellas, ni de sus hijos en esta historia universal, escrita

por un europeo, á quien debemos suponer completamente instruido en las letras de toda Europa, pues habla de toda ella."

En efecto, amigo Ben-Beley, no creo que se pueda ver jamás una historia universal completa, miéntras se siga el método de escribirla uno solo ó muchos de un mismo pais.

¿No se juntáron los astrónomos de todos los paises para observar el paso de Venus por el disco del sol? ¿no se comunican todas las Academias sus observaciones astronómicas, sus experimentos físicos, sus adelantamientos en todas las ciencias? Pues señale cada nacion quatro ó cinco de sus hombres mas eminentes é ilustrados, ménos preocupados, mas activos y mas laboriosos: trabajen estos en los anales por lo respectivo á sus patrias: júntense despues las obras que resultan del trabajo de los de cada nacion; y de aquí fórmese una verdadera historia universal, digna de todo aquel tal qual crédito que merecen las obras de los hombres.

CARTA LVIII.

Del mismo, al mismo.

Hay una secta de sabios en la república literaria, que lo son á poca costa: estos son los críticos. Años enteros, y muchos, necesita el hombre para saber algo de las ciencias humanas; pero en la crítica (qual se usa) desde el primer dia es uno consumado. Sujetarse á los lentos progresos del entendimiento en las especulaciones matemáticas, en las experiencias de la física, en el laberinto de la jurisprudencia, es no acordarse de la cortedad de nuestra vida, que por lo regular no pasa de sesenta años, rebaxando de estos los que ocupa la debilidad de la niñez, el desenfreno de la juventud, y las enfermedades de la vejez. Se humilla mucho nuestro orgullo con esta reflexîon: el tiempo que he de vivir, comparado con el que necesito para saber, es tal que apénas puede llamarse tiempo. ¡Quánto mas nos lisogea esta otra determinacion! Si no puedo, por el mo-

tivo dicho, aprender facultad alguna; persuado al mundo y á mí mismo que las poseo todas, y pronuncio *ex tripode* sobre quanto oigo, veo y leo.

Pero no creas que en esta clase se comprehenden los verdaderos críticos. Los hay dignísimos de todo respeto. ¿Pues en qué se diferencian, y en qué se han de distinguir? La regla fixa para no confundirlos es esta: los buenos hablan poco sobre asuntos determinados y con moderacion: los otros son como toros, que forman la intencion, cierran los ojos, y arremeten á quanto encuentran por delante, hombre, caballo, perro, aunque se claven la espada hasta el corazon. Si la comparacion te pareciere baxa, por ser de un ente racional con un bruto, créeme que no lo es tanto, pues apénas pueden llamarse hombres los que no cultivan su razon, y solo se valen de una especie de instinto que les queda para hacer daño á todos quantos se les presenten, ya sea amigo ó enemigo, débil ó fuerte, inocente ó culpado.

CARTA LIX.

Del mismo, al mismo.

Dicen en Europa que la historia es el libro de los reyes. Si esto es asi, y la historia se prosigue escribiendo como hasta ahora, crée firmemente que los reyes están destinados á leer muchas mentiras ademas de las que oyen. No dudo que una relacion exâcta de los hechos principales de los hombres, y una noticia de la formacion, auge, decadencia y ruina de los estados, darian en breves hojas á un príncipe lecciones de lo que ha de hacer sacadas de lo que otros han hecho. Pero ¿dónde se halla esta relacion y esta noticia? No la hay, Ben-Beley, no la hay, ni la puede haber. Esto último te espantará; pero se te hará muy fácil de creer si lo reflexîonas. Un hecho no se puede escribir sino en el tiempo en que sucede, ó despues de sucedido. En el tiempo del evento ¿qué pluma se encargará de ello, sin que la detenga alguna razon de estado, ó algu-

na preocupacion? Despues del hecho, ¿sobre qué documentos ha de trabajar el historiador que le transmita á la posteridad, sino sobre lo que dexáron escrito las plumas que he dicho?

Yo mandára quemar de buena gana, decia yo á Nuño, todas las historias, ménos la del siglo presente. Daria el encargo de escribir ésta á un hombre lleno de crítica, imparcialidad y juicio. Los meros hechos, sin aquellas reflexîones que comunmente hacen mas importante el mérito del historiador que el peso de la historia en la mente de los que la léen, formarian toda la obra. ¿Y donde se imprimiria? dixo Nuño; ¿y quién la leeria? ¿y qué efecto produciria? ¿y qué pago tendria el escritor? Era menester, añadió con gracia, era menester imprimirla junto al cabo de Hornos ó al de buena Esperanza, y leerla á los Otentotes, ó á los Patagones; y aun así me temo que algunos sabios de los que habrá sin duda allá, á su modo, entre aquellas naciones que nosotros nos dignamos de llamar salvages, dirian al oir tantos y tales sucesos á quien los estuviera le-

yendo: calla, calla: no leas esas fábulas llenas de ridiculeces y barbaridades; y los mozos proseguirian su danxa, caza ó pesca, sin creer hubiese en el mundo conocido parte alguna donde pudiesen suceder tales cosas.

Prosígase, pues, escribiendo la historia, como se hace en el dia; déxense á la posteridad noticias de nuestro siglo, de nuestros héroes y de nuestros abuelos con poco mas ó menos la misma autoridad que las que nos dexó la antigüedad acerca de los trabajos de Hércules, y de la conquista del Vellocino. Equivóquese la fábula con la historia, sin mas diferencia que escribirse esta en prosa, y la otra en verso; sea la armonía diferente, pero la verdad la misma, y queden nuestros nietos tan ignorantes de lo que sucede en este siglo, como nosotros lo estamos de lo que sucedió en el de Enéas.

Uno de los tertulianos quiso partir la diferencia entre el proyecto irónico de Nuño, y lo anteriormente expuesto, opinando que se escribiesen tres géneros de historias en cada siglo: una para el pueblo, en la que hu-

biese efectivamente caballos llenos de gente armada, dioses amigos y contrarios, y sucesos maravillosos: otra mas auténtica, pero tan sincéra, que descubriese del todo los resortes que mueven las grandes máquinas; esta sería para uso de las gentes medianas: otra cargada de reflexîones políticas y morales en impresiones poco numerosas, meramente reservadas *ad usum Principum.*

No me parece mal esta treta en lo político; y creo que algunos historiadores españoles la han executado: á saber, Garibay con la primera mira, Mariana con la segunda, y Solís con la tercera. Pero yo no soy político, ni aspiro á serlo; deseo solo ser filósofo, y en este ánimo, digo: que la verdad sola es digna de llenar el tiempo, y ocupar la atencion de todos los hombres, aunque singularmente de los que mandan á otros.

CARTA LX.

Del mismo, al mismo.

Si los hombres distinguiesen el abuso y el hecho del derecho, no serian tan frecuentes, tercas é insufribles sus controversias en las conversaciones familiares. Lo contrario, que es lo que se practíca, causa una continua confusion, que mezcla mucha amargura con lo dulce de la sociedad. Las preocupaciones de los individuos hacen mas densas las tinieblas, y se empeñan los hombres en que ven mas claro, mientras mas cierran los ojos.

Donde se palpa mas esto, es en la conversacion de las naciones, ya quando se habla de su genio, ó ya quando se trata de sus costumbres ó de su idioma. Me acuerdo de haber oido á mi padre, dice Nuño hablando de esto mismo, que á últimos del siglo pasado, tiempo de la enfermedad de Cárlos II, quando Luis XIV tomaba todos los medios de grangearse el amor de los españoles, como

principal escalon para que su nieto subiese al trono de esta Monarquía; todas las esquadras francesas tenian órden de conformarse en quanto pudiesen con las costumbres españolas, siempre que arribasen á algun puerto de esta península. Esto formaba un punto muy principal de las instrucciones que llevaban los comandantes de esquadras, navíos y galeras. Era muy arreglado á la buena política, y podia abrir mucho camino para los proyectos futuros; pero el abuso de esta sabia prevencion hubo de tener malos efectos con un lance sucedido en Cartagena. El caso es, que llegó á aquel puerto una corta esquadra francesa. Su comandante destacó un oficial en una lancha para presentarse al Gobernador y cumplimentarle de su parte; pero le mandó que antes de desembarcar en el muelle, observase si en el trage de los españoles habia alguna particularidad que pudiese imitar la oficialidad francesa, para conformarse quanto pudiese con las costumbres del pais; y que le diese parte inmediatamente, ántes de saltar en tierra. Llegó al muelle

el oficial á las dos de la tarde, tiempo el mas caloroso de una siesta de Julio. Miró qué gentes acudian al desembarcadero; pero el rigor del calor habia despoblado el muelle, y solo habia en él por casualidad un grave religioso con sus anteojos puestos, y no léjos un caballero anciano tambien con anteojos. El oficial francés, mozo intrépido, y mas apto para llevar un brulote á incendiar una esquadra, ó para abordar un navío enemigo, que para hacer especulaciones morales sobre las costumbres de los pueblos; infirió que todo vasallo de la Corona de España de qualquier sexô, edad ó clase que fuese, estaba obligado por alguna ley hecha en Cortes, ó por alguna pragmática-sancion con fuerza de ley, á llevar de dia y de noche un par de anteojos por lo ménos. Volvió á bordo de su comandante, y le dió parte de lo que habia observado. Entónces ¡qué apuro el de toda la oficialidad para hallar tantos pares de anteojos quantas narices habia! Es imposible, decian. Pero quiso la casualidad que un criado de un oficial que hacia algun género de comercio

en los viages de su amo, llevase unas quantas docenas; y de contado se pusiéron los suyos el oficial, algunos que le acompañaban y la tripulacion de la lancha de vuelta para el desembarcadero. Quando llegaron á él, la noticia de haber entrado la esquadra francesa habia llenado el muelle de gente, cuya sorpresa no fué comparable con cosa de este mundo, quando desembarcaron los franceses, mozos por la mayor parte, primorosos en su trage, alegres en su porte, y cargados con tan importunos muebles. Dos ó tres compañías de soldados de galeras, que componian parte de la guarnicion, habian concurrido con el pueblo; y como aquella especie de tropa anfibia se componia de la gente mas desalmada de España, no pudiéron contener la risa. Los franceses, poco sufridos, preguntáron la causa de aquella mofa con mas gana de castigarla, que de inquirirla. Los españoles menudearon las carcaxadas, y la cosa paró en lo que se puede creer entre el vulgo soldadesco. Al alboroto acudió el Gobernador de la plaza y el Comandante de la es-

quadra. La prudencia de ambos, conociendo de donde dimanaba el desórden y las consecuencias que podia tener, apaciguó con algun trabajo la gente, no habiendo tenido poco para entenderse los dos xefes, pues ni éste entendia el español, ni aquel el francés; y ménos se entendian un capellan de la armada y un clérigo de la plaza, que con ánimo de ser intérpretes empezaron á hablar latin, y nada comprehendian de las mútuas preguntas y respuestas por la gran curiosidad, y por la variedad de la pronunciacion, y el mucho tiempo que el primero gastó en reirse del segundo, porque pronunciaba asperamente la *u*, y el segundo del primero, porque pronunciaba el diptongo *au* como *o*, mientras los soldados y marineros se mataban.

CARTA LXI.

Del mismo, al mismo.

En esta nacion hay un libro muy aplaudido por todas las demas. Le he leido, y me ha gustado sin duda; pero

no dexa de mortificarme la sospecha de que el sentido literal es uno, y el verdadero es otro muy diferente. Ninguna obra necesita mas que ésta del diccionario de Nuño. Lo que se lée es una série de extravagancias de un loco, que cree que hay gigantes, encantadores, &c. algunas sentencias en boca de un necio, y muchas escenas de la vida bien criticadas; pero lo que hay debaxo de esta apariencia, es en mi concepto un conjunto de materias profundas é importantes.

Creo que el carácter de algunos escritores europeos (hablo de los clásicos de cada nacion) es el siguiente. Los españoles escriben la mitad de lo que imaginan: los franceses mas de lo que piensan por la calidad de su estilo: los alemanes lo dicen todo, pero de manera que la mitad no se les entiende; y los ingleses escriben para sí solos.

CARTA LXII.

De Ben-Beley á Nuño en respuesta de la XLII.

El estilo de tu carta, que acabo de recibir, me prueba ser verdad lo que Gazel me ha escrito de tí tan repetidas veces. No dudaba yo que pudiese haber hombres de bien entre vosotros. Jamás creí que la honradez y rectitud fuesen peculiares á éste ó al otro clima; pero aun así creo que ha sido singular fortuna de Gazel el encontrar contigo. Le encargo que te visite á menudo; y á tí que me envies una relacion de tu vida, prometiéndote que te enviaré una muy exâcta de la mia, pues á lo que veo, somos los dos que merecemos mutuamente tener un perfecto conocimiento el uno del otro. Alá te guarde.

CARTA LXIII.

De Gazel á Ben-Beley.

Arreglado á la definicion de la voz *política*, y su derivado *político*, segun la entiende mi amigo Nuño, veo un número de hombres que desean merecer este nombre. Son tales, que con el mismo tono dicen la verdad y la mentira: no dan sentido alguno á las palabras *Dios*, *padre*, *madre*, *hijo*, *hermano*, *amigo*, *verdad*, *obligacion*, *justicia*, y otras muchas que miramos con tanto respeto, y pronunciamos con tanta veneracion los que no nos tenemos por dignos de aspirar á tan alto timbre con tales competidores. Mudan de rostro mil veces mas á menudo que de vestido. Tienen provision hecha de cumplimientos, de enhorabuenas y pésames. Poséen gran caudal de frases de mucho boato, y ningun sentido. Á costa de inmenso trabajo han adquirido cantidades innumerables de ceños, sonrisas, carcaxadas, lágrimas, sollozos, suspiros, y (para que se vea lo

qué puede el entendimiento humano) hasta desmayos y accidentes. Viven sus almas en unos cuerpos flexîbles y doblegables, que tienen varias docenas de posturas para hablar, escuchar, admirar, despreciar, aprobar y reprobar, extendiéndose esta profunda ciencia teórico-práctica desde la accion mas importante hasta el gesto mas frívolo. Son en fin veletas, que siempre señalan el viento que hace; reloxes que notan la hora del sol; piedras que manifiestan la ley del metal, y una especie de índice general del gran libro de las cortes. ¿Pues cómo estos hombres no hacen fortuna? Porque gastan su vida en exercicios inútiles, y vanos ensayos de su ciencia. ¿De dónde viene que no sacan el fruto de sus trabajos? Les falta, dice Nuño, una cosa. ¿Quál es la cosa que les falta? No les falta mas, dice Nuño, que entendimiento.

CARTA LXIV.

Del mismo, al mismo.

A poco tiempo de mi introduccion en esta Corte me encontré en una casa de ella con los tres memoriales siguientes. Como era precisamente entónces la temporada que los christianos llaman *carnaval ó carnestolendas*, creí que seria chasco de los que se acostumbran en semejantes dias en estos paises, pues no pude jamás créer que se hubieran escrito de veras tales peticiones. Viólos Nuño, y me dixo, que no dudaba de la sinceridad de los que las firmaban, y que ya que las remitia á su inspeccion, no solo les ponia informes favorables de oficio, sino como amigo se empeñaba muy eficazmente para que yo admitiese los informes y las súplicas.

Si te cogen de tan buen humor como cogiéron á Nuño, creo que tambien las aprobarás. No se te hagan increibles; pues yo que estoy presenciando lances aun mas ridículos, te aseguro ser muy regulares. Expondré

los tres memoriales por el órden con que viniéron á mis manos.

Primer memorial. Señor moro: Juana Cordoncillo, Magdalena de la Seda y compañía, apuntadoras y armadoras de sombreros, establecidas en Madrid desde el año de 1748 en el nombre y con poder de todo el reyno, digo gremio, con el mayor respeto representamos á V.: que habiendo desempeñado las comisiones y encargos, así de dentro como de fuera de la Corte, con general aprobacion de todas las cabezas de nuestros parroquianos, en el arte de cortar, apuntar y armar sombreros, segun las varias modas que ha habido en el expresado término, estamos en grave riesgo de perder nuestro caudal, y lo que es mas, nuestro honor y fama, por lo escaso que está el tiempo en materia de invencion de nueva moda en nuestra facultad, amenazando próxîma é irreparable ruina el nobilísimo arte de *sombrerripedia.*

Quando nuestro exército volvió de Italia, se introduxo el sombrero *á la chambery* con la punta del pico tan aguda, que á falta de lanceta podia servir

para sangrar aunque fuese á una niña de poca edad. Duró esta moda muchos años, sin mas innovacion que la de algunos indianos que forraban su sombrero, así armado, en alguna lanilla del mismo castor.

El exercicio *á la prusiana* hizo época en nuestro gremio, porque desde entónces se varió la forma de los sombreros, minorando en mucho lo agudo, lo ancho, y lo largo del dicho pico.

Continuó esto así hasta la guerra de Portugal, en cuya vuelta ya se innovó el sistema, y nuestros militares introduxéron y lleváron otros sombreros armados *á la beau veau*. Esta mutacion dió nuevo fomento á nuestro comercio.

Estuvimos todas á pique de perdernos quando se hubo de divulgar la moda de llevar los sombreros debaxo del brazo, como intentáron algunos de los que en Madrid tienen voto en esta materia; pero duró poco el susto. Volviéron á cubrirse con detrimento de los peynados primorosos; volvimos á triunfar de los peluqueros, y volvió nuestra industria á florecer. Quisimos ce-

lebrar solemnemente esta victoria conseguida por una revolucion favorable; no se nos permitió; pero nuestro Secretario la señaló en los anales de nuestra república sombreril, y señalada que fué, la archivó.

Se acabó esta moda, y se introduxo la de armarse *á la suiza*, con cuyo producto creimos que en breve circularia tanto dinero físico entre nosotras como puede haber en los catorce cantones; pero los peluqueros franceses acabaron con esta moda, introduciendo unos sombreros casi imperceptibles para quien no tenga buena vista ó buen microscopio.

Los ingleses, eternos émulos de los franceses, no solo en las armas y letras, sino en industria, nos iban á introducir sus gorras de montar á caballo, con lo que éramos perdidas sin remedio; pero Dios mejoró sus horas, y quedamos como ántes, pues vemos se perpetúa la moda de sombreros armados *á la invisible* con una continuacion, y digámoslo así, con una inmutabilidad que no tiene exemplo, ni lo han visto nuestras antiguas de gremio.

Esta constancia será muy buena en lo moral; pero en lo político, y particularmente para nuestro ramo, es muy mala: ya no contamos con este oficio. Qualquiera ayuda de cámara, lacayo y volante sabe armarlos, y nos hacemos cada dia ménos útiles, y llegarémos á ser del todo sobrantes en el número de los artesanos, y tendremos que pedir limosna. En este supuesto, y bien considerado que ya se hacia irremediable nuestra ruina, á no haber V. venido á España, le hacemos presente lo triste de nuestra situacion; y por tanto

Suplicamos á V. se sirva de darnos un quadernillo de láminas, en cada una de las quales esté pintado, dibuxado, grabado ó impreso uno de los turbantes que se usan en la patria de V. para ver si de la hechura de ellos podemos tomar modelo, norma, figura y molde para armar los sombreros de nuestros jóvenes. Estamos muy persuadidas que no les disgustarán los sombreros *á la marrueca*; ántes los paisanos de V. serán los que tengan algun sentimiento de ver la menor analogía entre sus cabezas y las de nuestros petimetres. Gra-

cia que esperamos conseguir de las relevantes prendas de V., cuya vida guarde Dios los años que necesitamos.

Segundo. Señor marrueco: los diputados del gremio de sastres, con el mayor respeto hacemos á V. presente, que habiendo sido hasta ahora la novedad la que mas nos ha dado de comer; y que habiéndose sin duda acabado la fertilidad del entendimiento humano, pues ya no hay invencion de provecho en cortes de casacas, chupas, calzones, sobretodos, redingotes, cabriolées y capas, estamos deseosos de hallar quien nos ilumine. Los calzones de la última moda, los de la penúltima, y los de la anterior ya son comunes. Anchos, estrechos, con muchos botones, con pocos, con botoncillos, con botonazos han apurado el discurso, y parece haber llegado el entendimiento al *non plus ultra* en materia de calzones: por tanto

Suplicamos á V. se sirva darnos varios diseños de calzones, calzoncillos y calzonazos, quales se usan en Africa, para que puestos en la mesa de nuestro decano, y exâminados por los

mas antiguos y graves de nuestros hermanos, se aprenda algo sobre lo que parezca conveniente introducir en la moda de calzones; pues creémos que volverá á su mas elevado auge nuestro crédito, si sacamos algo nuevo que pueda acomodarse á los calzones de nuestros europeos, aunque sea tomado de los africanos: merced que desean alcanzar de la benevolencia de V., cuya vida guarde Dios muchos años.

Tercero. Señor Gazel: los siete mas antiguos del gremio de zapateros catalanes, con el mayor respeto puestos á los pies de V. en nombre de todos sus hermanos, inclusos los de viejo, portaleros y remendones, le hacemos presente que vamos á hacer la banca-rota zapateril mas escandalosa que puede haber, porque á mas del menor consumo de zapatos, nacido de andar tanta gente en coche, que andaba poco ha, y debiera andar siempre á pie; la poca variedad que cabe en un zapato, así de costura, como de corte y color, nos émpobrece.

El tiempo que duró el tacon colorado ya pasó: tambien pasó la tem-

porada de llevar la hebilla baxa, con gran beneficio nuestro, pues entraba la sexta parte de material en un par de zapatos, y se vendian por el mismo precio.

Todo ha cesado ya; y parece haber fincado, á lo ménos para lo que queda del presente siglo, el zapato *á lo abotinado*, que parecen coturnos ó calzado de San Miguel. A mas del daño que nos resulta de no variarse la moda, subsiste siempre el menoscabo de una séptima parte mas de material que entra en ellos sin aumentar el precio: por tanto

Suplicamos á V. se sirva de dirigirnos un juego completo de botas, botines, zapatos, babuchas, chinelas, alpargatas, y otra qualquiera especie de calzamenta africana, para sacar de ella las innovaciones que nos parezcan adaptables al piso de las calles de Madrid: fineza que deseamos deber á V., cuya vida guarden Dios y San Crispin muchos años.

Hasta aquí los memoriales. Nuño, como llevo dicho, los informó y apoyó con toda eficacia; y aun suele leer-

melos con comentarios de su propia imaginacion, quando conoce que la mia está algo melancólica. Anoche me decia acabando de leermelos: mira, Gazel, estos pretendientes tienen razon. Las apuntadoras de sombreros, por exemplo, ¿no forman un gremio muy benemérito del estado? ¿No contribuye infinito á la fama de nuestras armas la noticia de que los sombreros de nuestros militares están cortados, apuntados, armados, galoneados y escarapelados por mano de fulana, zutana ó mengana? ¿Los que escriben las historias de nuestro siglo no recibirán mil gracias de la posteridad por haberla instruido de que en el año de tantos vivia en tal calle, casa número tantos, una persona que apuntó los sombreros á doscientos cadetes de guardias, quatrocientos de infantería, veinte y ocho de caballería, ochocientos oficiales subalternos, trescientos capitanes, y ciento cincuenta oficiales superiores? Pues ¡quánta mayor gloria para nuestro siglo si alguno escribiera el nombre, edad, exercicio, vida y costumbres del que introduxo tal ó tal innovacion en la par-

te principal de nuestras cabezas modernas la repugnancia que se halló en los ya proyectados; las maniobras que se hiciéron para vencer los obstáculos, y como se logró el arrinconar los sombreros que carecian de tal ó tal adorno, &c!

Por lo que toca á los sastres, paréceme muy acertada su solicitud, y no ménos justa la pretension de los zapateros. Aquí donde me ves, he tenido algunas temporadas de petimetre, habiéndome hallado en la fuerza de mi tabardillo quando se usaba la hebilla baxa en los zapatos (cosa que ya ha quedado para volantes, cocheros y majos) te aseguro que, ó sea mi modo de pisar, o sea que llovia mucho en aquellos años, ó sea que yo era algo extremoso y riguroso en las leyes de la moda, me acuerdo que llevaba la hebilla tan sumamente baxa, que se me solia quedar en la calle; y un dia, entre otros, que subí al estribo del coche á hablar con una dama que venia del Pardo, me baxé de pronto, quedándoseme en él un zapato quando arrancó el tiro á un galope de mas

de tres leguas por hora ; y yo me quedé mas de media legua de la puerta de San Vicente descalzo de un pie ; y precisamente era una tarde hermosa de invierno en que se habia despoblado Madrid para tomar el Sol ; y yo me ví corrido como una mona, teniendo que atravesar el paseo y muchas calles de la Corte con un zapato ménos. Caí enfermo del sofocon , y me mantuve en cama hasta que salió la moda de llevar la hebilla alta. Pero como entre aquel extremo, y en el que hoy se halla, han pasado años , estuve mucho tiempo observando el lento ascenso de las expresadas hebillas por el pie arriba , con la impaciencia y cuidado que un astrónomo está viendo la subida de un astro por el horizonte, hasta tenerle en el punto en que le necesita para su observacion.

Dales pues á esas gentes modelos que sigan, que tal vez habrá entre ellos cosas que me acomoden. Solo para tí será el trabajo; porque si los otros artesanos conocen que tu direccion aprovecha á los gremios que la han solicitado, vendrán todos con igual molestia á pedirte la misma gracia,

CARTA LXV.

Del mismo, al mismo.

Yo me ví una vez, decíame Nuño no ha mucho, en la precision de que me desechasen por tonto, ó me aborreciesen como á hombre capaz de vengarse. No tardé en escoger, á pesar de mi amor propio, el concepto que mas me abatia. Humilláronme en tanto grado, que nada me podia consolar sino esta reflexîon que hice con mucha freqüencia: con abrir yo la boca, me temblarian en lugar de mofarme; pero yo me estimaria ménos. La autoridad de ellos puede desvanecerse; pero mi testimonio interior me ha de acompañar mas allá de la sepultura. Hagan, pues, ellos lo que quieran, que yo haré lo que debo.

Esta doctrina sin duda es excelente, y mi amigo Nuño hace muy bien en observarla; pero es cosa fuerte que los malos abusen de la paciencia y virtud de los buenos. No me parece esta menor villanía, que la del ladron que ro-

ba y asesina al pasagero que halla dormido é indefenso en un bosque. Aun me parece mayor, porque el infeliz asesinado no conoce el mal que se le hace; pero el hombre virtuoso de este caso está viviendo con la pena de ver continuamente la mano que le hiere mortalmente. No obstante, dicen que esto es comun en el mundo. No tanto, respondió Nuño, pues las gentes se cansan de esta superabundancia de honradez, y suelen vengarse quando pueden. Lo que mas me lisongeaba en aquella situacion, era ser yo original en mi conducta. Aun les daba yo gracias de haberme precisado á hacer un exámen tan riguroso de mi hombría de bien. De su suma crueldad me resultaba el mayor consuelo; y lo que para otro hubiera sido un tormento riguroso, era para mí una nueva especie de delicia. Me tenia yo á mí mismo por un Belisario de segunda clase, y solamente me hubiera trocado por aquel general, para serlo de la primera, contemplando que hubiera sido mayor mi satisfaccion, quanto mas alta mi elevacion, y mas baxa mi caida.

CARTA LXVI.

Del mismo, al mismo.

En Europa hay varias clases de escritores. Unos escriben quanto les viene á la pluma; otros, lo que les mandan escribir; otros, todo lo contrario de lo que sienten; otros, lo que agrada al público con lisonja; otros, lo que les choca con reprehensiones. Los de la primera clase están expuestos á mas gloria y mas desastres, porque pueden producir mayores aciertos y desaciertos. Los de la segunda, se lisongean de hallar el premio seguro de su trabajo; pero si acabado de publicar, se muere, ó se aparta el que se lo mandó, y entra á sucederle uno de sistema opuesto, suelen encontrar castigo en vez de recompensa. Los de la tercera, son mentirosos, como los llama Nuño, y merecen por sus escritos el ódio de todo el público. Los de la quarta, tienen alguna disculpa, como la lisonja no sea muy baxa. Los de la quinta, deben ser cen-

surados con tiento, pues no es poco el que se necesita para reprehender á quien se halla bien con sus vicios, ó cree que el libre exercicio de ellos es una preeminencia muy apreciable. Cada nacion ha tenido alguno, ó algunos censores mas ó ménos rígidos; pero creo que para exercer este oficio con algun respeto de parte del vulgo, necesita el que lo emprende hallarse limpio de los defectos que va á censurar. ¿Quién tendria paciencia en la antigua Roma, para ver á Séneca escribir contra el luxo y magnificencia con la mano misma que se ocupaba con notable codicia en atesorar millones? ¿Qué efecto podria producir todo el elogio que hacia de la medianía, quien no aspiraba sino á superar á los mas poderosos en explendor? El hacer una cosa, y escribir la contraria, es el modo mas tiránico de burlar la sencillez de la plebe, y es tambien el medio mas eficaz para exâsperarla, si llega á comprehender este artificio.

CARTA LXVII.

De Nuño á Gazel.

Desde tu llegada á Bilbao no he tenido carta tuya, y la espero con impaciencia, para ver qué concepto formas de esos pueblos en nada parecidos á otro alguno. Aunque en la capital la gente se parezca á la de otras capitales, los habitantes de las provincias y del campo son verdaderamente originales. Idioma, costumbres, trage, son totalmente peculiares sin la menor conexîon con otros.

Noticias de literatura, que tanto solicitas, no tenemos estos dias; pero en pago te contaré lo que me pasó poco ha en los jardines del retiro con un amigo mio; y á fé, que dicen que es sabio de veras, porque aunque gasta doce horas de cama, quatro en el tocador, cinco en visitas y tres en el paseo, es fama que ha leido quantos libros se han escrito, y en profecía quantos se han de escribir en hebreo, siriaco, caldeo, egipcio, chino,

griego, latin, español, y todos los demas idiomas de quantas naciones antiguas y modernas se conocen, hasta la gramática vizcaina del padre Larramendi. Este tal, travando conversacion conmigo sobre los libros y papeles dados al publico, me dixo: he visto algunas obrillas modernas así tal qual; y luego tomó un polvo, y se sonrió, y prosiguió: una cosa las falta. ¡Tantas les faltarán y sobrarán, dixe yo! No, no, no es eso, replicó el amigo, y tomó otro polvo, y se sonrió otra vez, y dió dos ó tres pasos, y continuó: una sola, que caracterizaria el buen gusto de nuestros escritores. ¿Sabe el Señor Don Nuño quál es? dixo, dándole vueltas á la caxa entre el dedo pulgar y el índice. No: respondí yo lacónicamente. Replicó él, pues yo se la diré; y volvió á tomar otro polvo, y á sonreirse, y á dar otros tres pasos. Las falta, dixo con magisterio, las falta en la cabeza de cada párrafo un texto latino, sacado de algun autor clásico, con su cita, y hasta la noticia de la edicion, con aquello de *mihi* entre paréntesis: con eso el es-

critor da á entender al vulgo que se halla dueño de todo el siglo de Augusto *materialiter*, *et formaliter*. ¿Qué tal? y tomó doble dósis de tabaco, sonrióse, y me miró, y me dexó para ir á dar su voto sobre una bata nueva que se presentó en el paseo.

Quedó solo, raciocinando así: este hombre tal qual Dios le crió, es tenido por un pozo de ciencia, golfo de erudicion y piélago de literatura; luego haré bien, si sigo sus instrucciones. A Dios, dixe para mí, á Dios, sabios españoles de 1500, sabios franceses de 1600, sabios ingleses de 1700; se trata de buscar retazos sentenciosos del tiempo de Augusto: y gracias á que no nos envian algunos siglos mas atrás en busca de qué poner en la cabeza de lo que se ha de escribir en el año, que si no miente el Calendario, es el de 1774 de la era christiana.

Fuíme á casa, y sin abrir mas que una obra, encontré una coleccion completa de estos epígrafes. Extractélos, y los apunté con toda formalidad; llamé á mi copiante, que ya conoces,

hombre asaz extraño, y le dixe: mire vmd. Don Joaquin; vmd. es mi archivero, y digno depositario de todos mis papeles, papelillos y papelones en prosa y en verso. En este supuesto, tome vmd. esta nota ó lista, que no parece sino de motes para damas y galanes; y advierta vmd. que si en adelante caigo en la tentacion de escribir algo para el público, debe vmd. poner un renglon de estos en cada una de mis obras, segun y como venga mas al caso, aunque sea estirando el sentido. Está muy bien, dixo mi Don Joaquin, quien á estas horas ya habia sacado los anteojos, cortado una pluma nueva, y probádola en el sobrescrito de una carta con un *muy señor mio*, muy hermoso y muchos rasgos. De este modo los ha de emplear vmd., proseguí yo.

Si se me ofrece, que creo sí se me ofrecerá, alguna disertacion sobre lo mucho superficial que hay en las cosas, ponga vmd. aquello de Persio:

¡Oh curas hominum! ¡quantum est in rebus inane!

Quando publique endechas muy tristes sobre la muerte de algun personage célebre, cuya pérdida sea sensible, vea vmd. quán al caso vendrá la conocida dureza de algunos soldados de los que tomaron á Troya, diciendo con Virgilio:

. . . . Quis talia fando
Myrmidonum, Dolopumve, aut duri miles
Ulyssei,
Temperet à lacrimis!

Dios me libre de escribir de amor, pero si tropiezo en esta flaqueza humana, y ando por esos montes y valles, bosques y peñas, fatigando á la ninfa Eco con los nombres de Corina, Delia, Galatea, Nise, Servia, Amarilis y otras, por mucha prisa que yo le dé á vmd. no hay que olvidar lo de Ovidio:

Scribere jussit amor.

Si me pongo alguna vez muy despacio á consolar algun amigo, ó á mí mismo sobre alguna de las infinitas

desgracias que nos pueden acontecer á todos los herederos de Adan, sírvase vmd. poner de muy bonita letra lo de Horacio:

Æquam memento rebus in asperis
Servare mentem.

Quando yo declame por escrito contra las riquezas, porque no las tengo, como hacen otros, y hacen ménos mal que los que declaman contra ellas, y no piensan en adquirirlas; ¡qué mal hará vmd. si no pone, hurtándoselo á Virgilio, que lo dixo en una ocasion harto grave, séria y estupenda, aquello de:

¡Quid non mortalia pectora cogis,
Auri sacra fames!

Sentiré muy mucho que la depravacion de las costumbres me haga caer en la torpeza de celebrar los desordenes; pero como es tan fragil esta materia de nuestra máquina, ¿qué se yo si algun dia me echaré á aplaudir lo que siempre he reprehendido, y tendré por inútil trabajo el de guardar

mugeres, hijas y hermanas? A esta piadosa produccion hágame vmd. el corto agasajo de poner de boca de Horacio:

Inclusam Danaen Turris ahenea,
Robur, atque fores, ac sigilum,
Centum tristes excubiæ munierant
Satis nocturnis ab adulteris, &c.

Si algun dia llego á profanar tanto mi plumà, que diga contra lo que siento, entre otras cosas, que este siglo es peor que otro alguno, con ánimo de congraciarme con los viejos del siglo pasado, lo puedo hacer á muy poca costa, solo con que vmd. se sirva de poner lo que dixo del suyo el mismo autor:

Clamant, periisse pudorem
Cuncti pene Patres.

Si el cielo de Madrid no fuera tan claro y hermoso, y se convirtiese en opaco, triste y caliginoso como el de Lóndres (cuya opacidad, tristeza y caliginosidad depende, segun

geógrafos fisicos, de los vapores del Támesis, del humo del carbon de piedra y de otras causas) me atreveria yo á publicar las *Noches lúgubres*, que he compuesto á la muerte de un amigo por el estilo de las que escribió el Doctor Young. La impresion sería en papel negro con letras amarillas; y el epígrafe, á mi parecer, mas oportuno, aunque se deba contraer de la catástrofe de Europa á la de un caso particular, seria el de

Crudelis ubique
Luctus, ubique pavor, tum plurima, noctis imago.

Quando publiquemos, mi D. Joaquin, la coleccion de cartas que algunos amigos me han escrito en varias ocasiones, porque hoy de todo se hace dinero, Horacio tendrá tambien que hacer el gasto, y dirémos con él:

Nil ego prætulerim jucundo sanus amico.

Á fuerza de hallarse muchos poetas truanes, ridículos, necios, bufones, tunantes y adocenados, ha caido mucho la poesia de su antiguo aprecio

con que se trataba en tiempo de marras á los buenos poetas. Ya vé vmd., mi Don Joaquin, que al caso vendrá una disertacion volviendo por el honor de la poesía verdadera, diciendo su orígen, progreso, decadencia, ruina y resurreccion; y tambien vé vmd., mi Don Joaquin, quán del caso sería pedir otra vez á Horacio un poquito de latin por amor de Dios, y decir:

Sic honor, et nomen divinis vatibus, atque Carminibus venit.

Al ver tanto papel como hace gemir la prensa en nuestros dias, ¿quién podrá detener la pluma, por poco satírico que sea, y dexar de repetir lo del nada lisongero Juvenal?

Tenet insanabiles multos scribendi cacoethes.

Paréceme que por punto general debo yo, y debe todo escritor, ó bien de papeles como este, pequeños, ó bien de tomazos grandes, como algunos que yo sé, escribir ante todas cosas despues de cruz y márgen lo que Marcial:

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt
mala plura,
Quæ legis hic: aliter non fit, Avite, liber.

Siempre que yo vea salir al público un libro escrito en castellano puro, fluido, natural, corriente y castizo, qual se escribia en tiempo de mi señora abuela, prometo dar las gracias al autor en nombre de los difuntos señores Garcilaso, Cervantes, Mariana, Mendoza, Solís y otros (que Dios haya perdonado), y el epígrafe de mi carta será:

. . . . *Auri carissima nostræ*
Simplicitas.

Estoy, como vmd. sabe Don Joaquin, en vísperas de concluir un tratado contra el archicrítico Maestro Feijóo, en que pruebo contra el sistema de su Reverendísima Ilustrísima, que son muy comunes, y por legítima conseqüencia no tan raros los casos de duendes, brujas, vampiros, brucolacos, trasgos y fantasmas; todo ello auténti-

co por disposicion de personas fidedignas, á saber: amas de niños, abuelas, viejas lugareñas, y otras de igual autoridad. Hago ánimo de publicarle en breve con láminas finas y exâctos mapas, singularmente con una estampa en el frontispicio, que representa el campo de Barahona con un congreso general de toda la nobleza y plebe de la bruxería, á cuyo fin volveremos á llamar á la puerta de Horacio, aunque sea á media noche; y pidiéndole otro texto para una necesidad, tomarémos de su mano lo de

Somnia, terrores magicos, miracula, sagas.
Nocturnos lemures, portentaque tesalarides.

El primer soberano que muera en el mundo, aunque sea un cacique de indios entre los Apaches, como su muerte llegue á mis oidos, me dará motivo para una arenga oratoria sobre la igualdad de las condiciones humanas respecto á la muerte; y vuelta en casa de Horacio en busca de

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

. . .

Por nada quisiera ser yo hombre de entradas y salidas, negocios graves, secretos importantes y ocupaciones misteriosas, sino para volverme loco un dia, apuntar quanto supiera, y enviar mi manuscrito á imprimirse en Holanda, para aprovechar lo que dixo Virgilio á los Dioses del infierno:

Sit mihi fas, audita loqui.

Supongamos que algun dia sea yo académico, aunque indigno de las academias ó academias (escríbalo vmd. como quiera, mi Don Joaquin, largo ó breve, que sobre eso no hemos de reñir) aunque sea la famosa de Argamasilla que hubo en tiempo del muy valiente señor Don Quixote de andante memoria. El dia que tome asiento entre gente tan honrada; aquel dia, digo, he de pronunciar un largo y patético discurso sobre lo útil de las ciencias, recalcándome sobre todo en la particularidad de ablandar los genios, y suavizar las costumbres; y molidos que estén mis compañeros con lo pesado de mi oratoria, les resarciré el per-

juicio padecido en su paciencia, acabando de decir qual Ovidio:

Ingenuas didicisse fideliter artes,
Emolit mores, nec sinit esse feros.

Mire vmd., Don Joaquin, por ahí anda una quadrilla de muchachos, que no hay quien los aguante. Si uno habla con un poco de método escolástico, se echan á reir, y con quatro tajos y reveses le hacen á uno callar. Esto ya vé vmd. quán insufrible ha de ser por fuerza á los que hemos estudiado quarenta años á Aristóteles, Galeno, Vinio y otros; en cuya lectura se nos han caido los dientes, salido las canas, quemado las cejas, lastimado el pecho, y acortada la vista: ¿no es verdad, Don Joaquin? Pues mire vmd. los tengo entre manos, y los he de poner como nuevos. Diré lo mismo que dixo Juvenal de otros perillanes de su tiempo, arguyéndoles del respeto con que en otros tiempos se miraban las canas, pues dice:

Credebant hoc grande nefas, et morte piandum,
Si juvenis vetulo non adsurrexerit.

Me alegraria de tener mucho dinero para hacer muchas cosas, y entre otras para hacer una nueva edicion de nuestros dramáticos del siglo pasado con notas, ya críticas, ya apologéticas; y baxo el retrato de Don Lope de Vega Carpio (que los franceses han dado en llamar Lopez, y decir que fué hijo de un cómico) pondria aquello de Ovidio:

Video meliora, proboque:
Deteriora sequor.

Quando nos vayamos á la aldea que vmd. sabe, y escribamos á los amigos de Madrid, aunque no sea mas que pidiéndoles las gazetas, ó encargándoles alguna friolera, no se olvide vmd. de poner lo que puso Horacio, diciendo:

Scriptorum chorus omnis amat nemus, et
fugit urbes.

Y así de todos los demas asuntos que puedan ofrecerse. Te estoy viendo reir de este método, amigo Gazel, que sin duda te parecerá pura pedan-

tería, pero vemos mil libros modernos que no tienen nada de bueno sino el epígrafe.

CARTA LXVIII.

De Gazel á Ben-Beley.

Exâmina la historia de todos los pueblos, y verás que toda nacion se ha establecido por la austeridad de costumbres. Con esta fuerza se han aumentado, con este aumento han tenido abundancia, la abundancia ha producido el luxo, á este luxo se ha seguido la afeminacion, de esta afeminacion ha nacido la flaqueza, y de la flaqueza ha dimanado su ruina. Otros lo han dicho antes que yo, y mejor que yo; pero no por eso dexa de ser verdad, y verdad útil; y las verdades útiles están tan léjos de ser repetidas con sobrada freqüencia, que pocas veces llegan á repetirse con la suficiente.

CARTA LXIX.

De Gazel á Nuño.

Como los caminos son tan malos en la mayor parte de las provincias de tu pais, no es de extrañar que se rompan con freqüencia los carruages, se despeñen las mulas, y los viajantes pierdan las jornadas. El coche que saqué de Madrid ha pasado varios trabajos; pero el de quebrarse uno de sus exes, pudiendo serme muy sensible, no solo no me causó desgracia alguna, sino que me procuró uno de los mayores gustos que puede haber en la vida, a saber, la satisfaccion de tratar, aunque no tanto tiempo como quisiera, con un hombre distinto de quantos hasta ahora he visto, ni pienso ver. El caso fué al pie de la letra como se sigue, pues le apunté muy individualmente en el diario de mi viage.

A pocas leguas de esta ciudad, baxando una cuesta muy pendiente, se disparó el tiro de mulas, volcóse el coche, rompiose el exe delantero, y una

de las varas. Luego que volvimos del susto, y salimos todos, como pudimos, por la portezuela que quedó en alto, me dixeron los cocheros, que necesitaban muchas horas para reparar este daño, pues era preciso ir á un lugar, que estaba una legua del parage en que nos hallabamos, para traer quien le remediase. Viendo que iba á anochecer, me pareció lo mejor irme á pie con un criado, y cada uno con su escopeta, al lugar y pasar la noche allí, durante la qual se remediaria el fracaso, y descansariamos los maltratados. Así lo hice. Empezé á seguir una vereda, que el mismo cochero me señaló, por un terreno despoblado, y nada seguro al parecer por lo áspero del monte. A cosa de un quarto de legua me hallé en un parage ménos desagradable; y en una peña de la orilla de un arroyo, ví un hombre de buen porte en actitud de meterse un libro en el bolsillo, levantarse, acariciar á un perro, y ponerse su sombrero de campo, tomando un baston mas robusto que primoroso. Su edad sería como de quarenta años, su semblante

era apacible, su vestido sencillo, pero aseado, y en sus ademanes mostraba aquel desembarazo que da el trato freqüente de las gentes, sin aquella afectacion que inspiran la arrogancia y vanidad. Volvió la cara de pronto al oir mi voz, y saludóme. Le correspondí, y acerquéme hácia él, diciéndole, que no me tuviera por sospechoso por el parage, compañia y armas, pues el motivo era lo que me acababa de pasar, y se lo conté brevemente, preguntándole si iba bien para el tal pueblo. El desconocido volvió á saludarme segunda vez, y me dixo: que sentia mi desgracia, que era freqüente en aquel puesto: que varias veces lo habia hecho presente á las justicias de aquellas cercanías, y aun a otras superiores; que no diese un paso mas hácia donde habia determinado, porque estaba a un tiro de bala de allí la casa en que él residia, y que desde ella despacharia un criado á caballo al lugar, para que el alcalde enviase el auxîlio competente. Acordéme entónces de tu encuentro con el caballero, ahijado del tio Gregorio; pero ¡quan otro era es-

te ! Obligóme á seguirle ; y despues de haber andado algunos pasos, sin hablar cosa que importase, prorumpió diciendo : habrá extrañado el señor forastero el encuentro de un hombre como yo á estas horas, y en este parage; pues mas extraño le parecerá lo que oiga y vea de aquí en adelante, miéntras se sirva permanecer en mi casa, que es ésta, señalando una que ya tocábamos. En esto llamó á una puerta grande de la tapia de un huerto contiguo á ella. Ladró un perro disforme, acudiéron dos mozos del campo, que abriéron luego ; y entrando por un hermoso plantío de toda especie de frutales al lado de un estanque cubierto de patos y ánades, llegamos á un corral lleno de toda especie de aves, y de allí á un patio pequeño. Saliéron de la casa dos niños hermosos que se arrodilláron, y le besáron la mano ; uno le tomó el baston, y el otro el sombrero, y ambos se adelantáron corriendo y diciendo : madre, ahí viene padre. Salió al umbral de la puerta una matrona, llena de aquella hermosura magestuosa, que inspira mas res-

peto que pasion ; y al ir á estrechar entre los brazos a su esposo, reparó en la compañía de los que ibamos con él. Detuvo el ímpetu de su ternura, y la limitó á preguntarle, si habia tenido alguna novedad, pues tanto habia tardado en volver : á lo qual él respondió con estilo amoroso, pero decente. Presentóme á su muger, diciéndola el motivo de llevarme a su casa, y dió órden de que se executase lo ofrecido, para que pudiese venir el coche. Entramos juntos por varias piezas pequeñas, pero cómodas, alhajadas con gracia, y sin luxo ; y nos sentamos en la que se preparó para mi hospedage.

A nuestra vista te referiré despacio la cena, la conversacion que en ella hubo, las disposiciones caseras que dió mi huesped delante de mí, el modo cariñoso, y bien ordenado, con que se apartaron los hijos, la muger y criados á recogerse, y las expresiones y atractivo con que me ofreció su casa, suplicándome usase de ella, y retirándose para dexarme descansar. Queria tambien executar lo

mismo un criado anciano, que parecia de toda satisfaccion, y que habia quedado esperando que yo me acostase, para llevarse la luz. Me habia movido demasiado la curiosidad toda aquella escena, y me parecian muy misteriosos sus personages, para no indagar el carácter de cada uno. Detuve pues al criado, y con vivas instancias le pedí una y mil veces me declarase tan largo enigma. Resistióse con igual eficacia, hasta que al cabo de alguna suspension, puso sobre la mesa la bugía que habia tomado para irse, entornó la puerta, se sentó, y me dixo: que no dudaba los deseos que yo tendria de enterarme del genio, condicion, y circunstancias de su amo, y prosiguió poco mas ó ménos en los términos siguientes:

Si el cariño de una esposa amable, la hermosura del fruto del matrimonio, una posesion pingüe y honorífica, una robusta salud, y una biblioteca selecta con que pulir un talento claro por naturaleza, pueden hacer feliz á un hombre que no conoce la ambicion; no hay en el mun-

do quien pueda jactarse de serlo mas que mi amo, ó por mejor decir, mi padre, pues tal es para todos sus criados. Su niñez la pasó en esta aldea, su juventud en la universidad, luego siguió el exército, despues vivió en la Corte, y ahora se ha retirado á este descanso. Una tal variedad de vida le ha hecho mirar con indiferencia qualquier especie de ellas, y aun con ódio la mayor parte de todas. Siempre le he seguido, y siempre le seguiré, aun mas alla de la sepultura, pues poco viviré despues de su muerte. El mérito oculto en el mundo es despreciado, y si se manifiesta, atrae contra sí la envidia, y sus sequaces. ¿Qué ha de hacer, pues, el hombre que le tiene? Retirarse á donde pueda ser útil sin peligro propio. Llamo mérito al conjunto de un buen talento, y de un buen corazon. De éste usa mi amo en beneficio de sus dependientes.

Los labradores, á quienes arrienda sus campos, le miran como á un ángel tutelar de sus casas. Jamás entra en ellas sino para llenarlas de beneficios, y las visita con freqüencia. Los

años medianos les perdona parte del tributo, y el total en los malos. No se sabe lo que son pleytos entre ellos. El padre amenaza al hijo malo con nombrar á su amo, y alhaga al bueno con el mismo nombre. La mitad de su caudal le emplea en colocar las hijas huérfanas de estos contornos con mozos honrados y pobres de las mismas aldeas. Ha fundado una escuela en un lugar inmediato, y suele por su misma mano distribuir un premio cada sábado al niño que ha empleado mejor la semana. De lejanos paises ha hecho traer instrumentos de agricultura, y libros para su uso, que él mismo traduce de varias lenguas, repartiendo unos y otros de valde á los labradores. Todo forastero, que pasa por aquí, halla en él la hospitalidad, qual se exercitaba en Roma en sus mas felices tiempos. Una parte de sus casas está destinada para recoger los enfermos de estas cercanías, en las quales no se halla proporcion de cuidarlos. Ni por esta tierra suele haber gente vaga: es tal su atractivo, que hace vasallos industriosos y útiles á los que hubieran

sido inútiles, quando ménos, si hubieran seguido en su ocio acostumbrado. En fin, en los pocos años que vive aquí, ha mudado este pais de semblante. Su exemplo, generosidad y discrecion ha hecho de un terreno áspero, é inculto, una provincia deliciosa y feliz.

La educacion de sus hijos ocupa mucha parte de su tiempo. Diez años tiene el uno, y nueve el otro: los he visto nacer y criarse; y cada vez que los oigo ó miro, me encanta el ver tanta virtud é ingenio en tan corta edad. Estos sí que heredan de su padre un caudal superior á todos los bienes de fortuna. En estos sí que se verifica ser la prole hermosa y virtuosa el primer galardon de un matrimonio perfecto. ¿Qué no se puede esperar con el tiempo de unos niños que en tan tiernos años manifiestan una alegría inocente, un estudio voluntario, una inclinacion á todo lo bueno, un respeto filial á sus padres, y un porte decoroso y benigno para con sus criados?

Mi ama, la digna esposa de mi señor, y honra de su sexô, es una mu-

ger dotada de singulares prendas. Vamos claros, señor forastero, la muger por sí sola es una criatura dócil y flexîble; y por mas que el desenfreno de los jóvenes se empeñe en pintarla como un dechado de flaquezas, yo veo lo contrario: veo que es un fiel traslado del hombre con quien vive. Si una muger jóven, poderosa y con mérito halla en su marido una pasion de razon de estado, un trato desabrido, y un mal concepto de su sexô en lo restante de los hombres, ¿qué mucho que proceda mal? Mi ama tiene pocos años, mas que mediana hermosura, suma viveza, y lo que llaman mucho mundo, Quando se desposó con mi amo, halló en su esposo un hombre amable, juicioso, lleno de virtudes: halló un compañero, un amante, un maestro, todo en un solo hombre igual á ella, hasta en las accidentales circunstancias de lo que llaman nacimiento; por todo lo qual habia de ser, y continuar siendo buena. No es tan mala la Naturaleza, que pueda resistirse á tanto exemplo de bondad. No he olvidado, ni creo que jamas pueda olvidar un lance, en

que acabó de acreditarse en mi concepto de muger singular ó única. Pasaba por estos paises parte del exército que iba á Portugal; y mi amo hospedó en casa algunos señores, á quienes habia conocido en la Corte. Uno de ellos se detuvo algun tiempo mas para convalecer de una enfermedad que le sobrevino. Su gallarda presencia, conversacion graciosa, nombre ilustre, equipage magnífico, desembarazo cortesano y edad propia para las empresas amorosas, le diéron algunas alas para tocar un dia delante de mi ama especies, al parecer, poco ajustadas al decoro que siempre ha reynado en esta casa; pero ¡quán discreta anduvo mi señora! Baste decir, que el jóven se avergonzó de su misma confianza. Mi amo no pudo entender el asunto de que se trataba; y con todo esto la oí llorar en su quarto, y quejarse del desenfreno del militar.

Contando otras cosas á este tenor de las vidas de sus amos, me detuvo el buen criado toda la noche; y por no molestar á mis huéspedes, me puse en camino al amanecer, dexando dicho

que á mi regreso á Madrid me detendria una semana en su casa.

¿Qué te parece de la vida de este hombre? ¿No es de las pocas que pueden ser apetecidas? Es la única que me parece envidiable.

CARTA LXX.

De Nuño á Gazel, en respuesta de la anterior.

Veo la relacion que me haces de la vida del huésped que tuviste por la casualidad, tan comun en España, de romperse un coche de camino. Conozco que ha congeniado contigo aquel carácter y retiro. La enumeracion que me haces de las virtudes y prendas de aquella familia, sin duda han de tener mucha simpatía con tu buen corazon. El gustar de sus semejantes es una calidad que dias ha se ha descubierto ser propia de nuestra naturaleza, pero que obra con mas fuerza entre los buenos que entre los malos; ó por mejor decir, solo entre los buenos se halla esta simpatía, pues los malvados se miran

siempre con notable recelo unos á otros; y si se tratan con aparente intimidad, sus corazones estan siempre tan separados como estrechados sus brazos y apretadas sus manos : doctrina en que me confirma tu amigo Ben-Beley. Pero, Gazel, volviendo á tu huésped y otros de su carácter, que no faltan en las provincias, y de los quales conozco no pequeño número, ¿no te parece lastimosa para el estado la pérdida de unos hombres de talento y mérito que se apartan de las carreras útiles á la república? ¿No crées que todo individuo está obligado á contribuir al bien de su patria con todo esmero? Apártense del bullicio los inútiles y decrépitos, que son de mas estorbo que servicio; pero tu huésped y sus semejantes están en edad de coadyuvar al bien público, y deben procurar, y buscar las ocasiones de hacerlo, aun á costa de toda especie de disgustos. No basta ser buenos para sí, y para otros pocos, es preciso serlo, ó procurar serlo para el total de la nacion. Es verdad que no hay carrera en el estado que no esté sembrada de abrojos; pero estos no deben es-

pantar al hombre que camina con firmeza y valor. La milicia estriva toda en una subordinacion poco menos rígida que la esclavitud que hubo entre los romanos: no ofrece sino trabajo de cuerpo á los visoños, y de espíritu á los veteranos: no promete jamás premio, que pueda así llamarse, respecto de las penas con que amenaza continuamente. Heridas y pobreza son lo que queda para la vejez al soldado que no muere en el campo entre el polvo de alguna batalla, ó entre las tablas de un navío de guerra. Son ademas tenidos en su misma patria por ciudadanos despegados del gremio: no falta filósofo que los llame verdugos; y qué, Gazel, ¿por eso no ha de haber soldados? ¿no han de entrar en la milicia los mayores próceres de cada pueblo? ¿no ha de mirarse esta carrera como la cuna de la nobleza?

La toga es exercicio no menos duro. Largos estudios, áridos y desabridos, consumen la juventud del Juez: á estos suceden un continuo afan y retiro de las diversiones; y luego, hasta morir, una obligacion diaria de juzgar

de vidas y haciendas agenas, arreglándose á una obscura letra de dudoso sentido y de escrupulosa interpretacion, y adquiriéndose continuamente la malevolencia de tantos como caen baxo la vara de la Justicia; y ¿no ha de haber por eso Jueces? ¿no se ha de seguir una carrera que tanto se parece á la esencia divina en premiar al bueno, y castigar al malo? Lo mismo puede ofrecer para espantarnos la vida de palacio, y aun mucho mas mostrándonos la precision de vivir con un perpetuo ardid, que muchas veces no basta para mantenerse el palaciego. Mil acasos no previstos deshacen los mayores esfuerzos de la prudencia humana. Edificios de muchos años se arruinan en un instante; mas no por esto han de faltar hombres que se dediquen á aquel modo de vivir.

Las ciencias, que parecen influir dulzura y bondad, y llenar de satisfaccion á quien las cultiva, con todo eso no ofrecen sino pesares. ¡A quánto se arriesga el que de ellas saca razones para sacar á los hombres de algun engaño, ó enseñarles alguna verdad nue-

va ! ¡Quántas pesadumbres le ocasiona! ¡Quántas y quán siniestras interpretaciones suscitan la envidia ó la ignorancia, ó ambas juntas, ó la tiranía, valiéndose de ellas ! ¡ Quántos sinsabores pasa el sabio que no supo lisongear al vulgo ! ¿ y por eso se ha de huir de las ciencias ? ¿ y por el miedo á tales peligros han de abandonar los hombres lo que tanto pule su racionalidad, y la distingue del instinto de los brutos ?

El hombre que conoce la fuerza de los vínculos que le ligan á la patria, despreciando todos los fantasmas producidos por una dislocada filosofia, que le procura espantar, dice: patria, voy á sacrificarte mi quietud, mis bienes y mi vida. Corto sería este sacrificio si se reduxera á morir: voy á exponerme á los caprichos de la fortuna, y á los de los hombres, aun mas caprichosos que ella. Voy á sufrir el desprecio, la tiranía, el odio, la envidia, la traicion, la inconstancia, y las infinitas y crueles combinaciones que nacen del conjunto de todas ellas ó de muchas.

No me dilato mas sobre esta materia, aunque me fuera muy fácil, pues

creo que lo dicho sea suficiente para que formes de tu huésped un concepto ménos favorable. Conocerás que aunque sea hombre bueno, será mal ciudadano; y que el ser buen ciudadano es una obligacion verdadera de las que contrae el hombre al entrar en la república, si quiere que esta le abrace; y aun mas, si quiere que esta le estime, y que no le mire como á extraño. El patriotismo es de los entusiasmos mas nobles que se han conocido para llevar á el hombre á arrostrar peligros y emprender cosas grandes; y por consecuencia para conservar florecientes los estados.

CARTA LXXI.

Del mismo, al mismo.

A estas horas habrás ya leido mi última contra el entusiasmo de la quietud particular; y aunque sea molestarte, he de continuar esta donde dexé aquella.

La conservacion propia del individuo es tan opuesta al bien comun de

la sociedad, que una nacion compuesta toda de filósofos no tardaria nada en arruinarse.

Aquí estaba roto el manuscrito, con lo que se priva al público de la continuacion de un asunto tan plausible.

CARTA LXXII.

De Gazel á Ben-Beley.

Hoy he asistido por mañana y tarde á la mayor diversion de los españoles, que te contaré cuando esté mi mente mas capaz para ello. Hablo de las que llaman corridas de toros, que segun todo autor extrangero, y segun todo hombre sensato, es diversion de gentiles; pues consiste en ver lidiar á los hombres con semejantes fieras, y exponer á un riesgo inminente su vida, fiada solo en lo que con mayor razon merece nombre de barbaridad que de habilidad. Desde ahora te puedo asegurar que ya no me parecen extrañas las mortandades de abuelos nuestros, que hubo, segun cuentan, en las batallas de Clavijo, Salado, Navas y otras,

si las executaron hombres agenos de todo luxo, austeros de costumbres y acostumbrados desde niños á pagar, dinero por ver derramar sangre; teniendo esto por diversion, y aun por ocupacion dignísima de los primeros nobles. Esta especie de barbaridad los hacia sin duda feroces, acostumbrándolos á divertirse con lo què suele causar desmayos á hombres de mucho valor la primera vez que asisten á este espectáculo.

CARTA LXXIII.

Del mismo, al mismo.

Cada dia admira mas y mas la série de varones grandes que se lée en la genealogía de los Reyes de la casa que ocupa actualmente el trono de España. El presente empezó su reynado perdonando las deudas que habian contraido provincias enteras por los años infelices, y pagando las que tenian sus antecesores para con sus vasallos. Con haber dexado las deudas en el estado en que las halló, sin cobrar ni pagar,

qualquiera le hubiera tenido por equitativo, y todos hubieran alabado su benignidad; pues teniendo en su mano el arbitrio de ser Juez y Parte, pareceria suficiente moderacion la de no cobrar le que podia; pero se condenó á sí mismo, y absolvió á los otros, dando de este modo un exemplo de justificacion mas estimable que un código entero que hubiera publicado sobre la Justicia y el modo de administrarla. Se olvidó de que era Rey, y solo se acordó de que era padre.

Su hermano Fernando, predecesor en su reynado, en lo pacífico confirmó á la nacion en que su nombre siempre habia tenido buen agüero para España.

Su mayor hermano Luis duró poco, pero lo bastante para que se llorase mucho su muerte.

Su padre Felipe fué héroe, y fué Rey, sin que sepa la posteridad en qué clase de estas dos colocarle sin agraviar á la otra. Vivo retrato de su progenitor Henrique IV, tuvo al principio de su reynado una mano levantada para vencer, y otra para aliviar

á los vencidos. Su pueblo se dividió en dos, y él tambien dividió en dos su corazon para premiar á unos, y perdonar á otros. Los pueblos que le siguiéron fieles, hallaron un padre que los alhagaba, y los que se apartáron de él, halláron un maestro que los corregia. Tenian que admirarle los que no le amaban; y si los leales le hallaban bueno, los otros le hallaban grande. Como la naturaleza humana es tal que no puede tardar en querer al mismo á quien admira, murió este Monarca reynando sobre todas las provincias. Solo le faltó lograr una paz estable en que poder gozar el fruto de sus fatigas.

Sus ascendientes reynaron en Francia. Léanse sus historias con reflexîon, y se verá lo que era aquella Monarquía ántes de Henrique IV, y qué papel tan diferente ha hecho desde que la mandan los descendientes de aquel gran Príncipe.

CARTA LXXIV.

Del mismo, al mismo.

Ayer me hallé en una concurrencia en que se hablaba de España, su estado, su religion, su gobierno, de lo que es, de lo que ha sido, &c. Admiróme la eloqüencia, la eficacia y el amor con que se hablaba, tanto mas quanto noté que, excepto Nuño que era el que ménos se explicaba, ninguno de los concurrentes era español. Unos daban al público los hermosos frutos de sus especulaciones para que esta Monarquía tuviese cien navíos de línea en poco mas de seis meses: otros, para que la poblacion de sus provincias se duplicase en ménos de quince años: otros, para que el oro y plata de América se quedase todo en la península: otros, para que las fábricas de España desbancasen á todas las de Europa; y así de lo demas.

Muchos apoyaban sus discursos con paridades sacadas de lo que sucede en otros paises. Algunos pretendian, que

no les movia mas objeto que hacer bien á esta nacion, contemplándola con dolor atrasada en mas de siglo y medio, respecto de las otras: otros, en fin, por varios otros motivos.

Harto se hizo en tiempo de Felipe V, no obstante sus largas y sangrientas guerras, dixo uno. Tal quedó en la muerte de Cárlos II, dixo otro. Fué muy desidioso, añadió otro, Felipe IV, y muy desgraciado su Ministro el Duque de Olivares.

¡Ay caballeros! dixo Nuño; aunque todos vmds. tengan la mejor intencion, quando hablan de remediar los atrasos de España; aunque todos tengan el mayor interes en trabajar para restablecerla; por mas que la miren con el amor de patria, digámoslo así, adoptiva, es imposible que acierten. Para curar á un enfermo no bastan las noticias generales de la facultad, ni el buen deseo del profesor; es preciso que éste tenga un conocimiento particular del temperamento del paciente, del orígen de la enfermedad, de sus incrementos, y de sus complicaciones, si las hay. Querer curar to-

da especie de enfermos y de enfermedades con un mismo medicamento, no es medicina, sino lo que llaman charlatanería, no solo ridícula en quien la profesa, sino dañosa para quien la usa.

En lugar de todas estas especulaciones y proyectos, me parece mucho mas sencillo otro sistema nacido del conocimiento que vmds. no tienen, y se reduce á esto poco. La Monarquía española nunca fué mas feliz por dentro, ni tan respetada por fuera, como en la época de la muerte de Fernando el Católico. Véase, pues, qué máxîmas entre las que formáron juntas aquella excelente política, han decaido de su antiguo vigor: vuélvaseles á dar éste, y tendremos la Monarquía en el mismo pie en que la halló la casa de Austria. Cortas variaciones, respecto al sistema actual de Europa, bastan en vez de todas esas que vmds. han amontonado.

¿Quién fué Fernando el Católico? preguntó uno de los que habian perorado. ¿Quién fué ese? preguntó otro. ¿Quién, quién? preguntaron todos los demas.

¡Ay necio de mí! exclamó Nuño, perdiendo algo de su natural quietud; ¡necio de mí! que he gastado tiempo en hablar de España con gentes que no saben quién fué Fernando el Católico. Vámonos, Gazel.

CARTA LXXV.

Del mismo, al mismo.

Al entrar anoche en mi posada, me hallé con una carta, de que te remito copia. Es de una christiana, á quien apénas conozco; y te parecerá muy extraño su contenido, que dice asi:

Acabo de cumplir veinte y quatro años, y de enterrar á mi último esposo de seis que he tenido en otros tantos matrimonios en el espacio de poquísimos años. El primero fué un mozo de poca mas edad que la mia, bella presencia, buen mayorazgo, gran nacimiento, pero ninguna salud. Habia vivido tan de prisa en sus pocos años, que quando llegó á mis brazos, ya era cadáver, pues aun estaban por estrenar muchas galas de mi boda, quan-

do tuve que ponerme luto. El segundo fué un viejo que habia observado siempre el mas rígido celibatismo; pero heredando, por muertes y pleytos, unos bienes copiosos y honoríficos, su abogado le aconsejó que se casase; pero su Médico hubiera sido de otro dictámen. Murió de allí á poco, llamándome hija suya; y juro, que como á tal me habia tratado desde el primer dia hasta el último. El tercero fué un Capitan de granaderos, mas hombre, al parecer, que todos los de su compañía. La boda se hizo por poderes desde Barcelona; pero picándose con un compañero suyo en la luneta de la opera, se fuéron á tomar el ayre juntos á la esplanada, y volvió solo el compañero, quedando mi marido por allá. El quarto fué un hombre ilustre y rico, robusto y jóven, pero tan jugador de profesion, que ni aun la noche de la boda durmió conmigo, porque la pasó en una partida de banca. Dióme esta primera noche tan mala idea de las otras, que le miré siempre como huésped en mi casa, mas que como precisa mitad mia en el nuevo estado.

Pagóme en la misma moneda, y murió de allí á poco de resultas de haberle tirado un amigo suyo un candelero á la cabeza, sobre no sé qué equivocacion de poner á la derecha una carta que habia de estar á la izquierda. No obstante todo esto, fué el marido que mas me divertió; á lo menos por su conversacion, que era chistosa, y siempre en estilo de juego. Me acuerdo, que estando un dia comiendo con bastantes gentes en casa de una dama, algo corta de vista, le pidió de un plato que tenia cerca, y él la dixo: señora, á la talla anterior pudo qualquiera haber apuntado, que habia bastante fondo; pero aquel caballero que come y calla, acaba de hacer á este plato una doble paz de paroli con tanto acierto, que nos ha desbancado. Es un apunte terrible á este juego.

El quinto, que me llamó suya, era de tan corto entendimiento, que nunca me habló sino de una prima que tenia, y á quien queria mucho. La prima se murió de viruelas á pocos dias de mi casamiento, y el primo se fué tras ella. Mi sexto y último mari-

do fué un sabio. Estos hombres no suelen ser buenos muebles para maridos. Quiso mi mala suerte, que en la noche de mi casamiento se apareciese un cometa, ó especie de cometa. Si algun fenómeno de estos ha sido cosa de mal agüero, ninguno lo fué tanto como éste. Mi esposo calculó, que el dormir con su muger sería cosa periódica de cada veinte y quatro horas; pero que si el cometa volvia, tardaria tanto en dar la vuelta, que él no le podria observar, y así dexó aquello por esto, y se salió al campo á hacer sus observaciones astronómicas. La noche era fria, y lo bastante para darle un dolor de costado, del que murió.

Todo esto se hubiera remediado, si yo me hubiera casado una vez á mi gusto, en lugar de sujetarle seis veces al de un padre, que crée que la voluntad de una hija, es cosa que no debe entrar en cuenta para el casamiento. La persona que me pretendia es un mozo que me parece muy adequado á mí en todo y por todo, y que ha repetido las instancias cada vez que yo he enviudado; pero, en obsequio de

...

sus padres, tuvo que casarse tambien contra su gusto el mismo dia que yo contraxe matrimonio con mi astrónomo.

Estimaré al señor Gazel me diga qué uso ó costumbre se sigue en su tierra en esto de casarse las hijas de familia, porque aunque he oido muchas cosas que espantan de lo poco favorables que nos son las leyes mahometanas, no hallo distincion alguna entre ser esclava de un marido, ó de un padre; y mas quando de ser esclava de un padre, resulta tener marido como en el caso presente.

CARTA LXXVI.

Del mismo, al mismo.

Son infinitos los caprichos de la moda. Uno de los actuales es escribirme cartas algunas mugeres, que no me conocen sino de nombre, ó por oirme, ó por hablarme, ó por ambas cosas. Desde que se divulgó la esquela que me escribió la primera, y yo te remití, han dado muchas en la flor de es-

cribirme esquelas. Te remitiré igualmente las que me parezcan dignas de pasar el mar, para divertir á un sábio africano con extravagancias europeas; y sin perder correo, allá va esa copia. Depon por un rato, mi venerable Ben-Beley, el serio aspecto de tu edad y carácter. Te he oido mil veces, que algun rato, empleado en pasatiempo, suele dexar el espíritu mas descansado, para dedicarse á sublimes especulaciones. Me acuerdo de haberte visto cuidar de un páxaro en la jaula, y de una flor en el jardin: nunca me pareciste mas sabio. El hombre grande nunca es mayor que quando se poné al nivel de los demas hombres, sin que eso le quite el remontarse despues á donde le encumbre el rayo de la suprema esencia que nos anima. Dice pues así la carta.

Señor moro: las francesas tienen cierto pasatiempo que llaman *coquetería*, que consiste en embelecar la muger á quantos hombres trae al retortero. La coqueta lo pasa muy bien, porque tiene á su disposicion todos los jóvenes de algun mérito, y se lisongea mucho el ídolo del amor propio con tan-

to incienso. Pero como los franceses toman y dexan con bastante ligereza algunas cosas, y entre ellas las del amor; los artificios de mil coquetinas en perjuicio de un mozo vienen á parar en que el tal reflexîona un minuto, y se va con su incensario á otro altar. Los españoles son mas formales en esto de enamorarse; y como ya todo antiguo aparato de galanteo, obstáculos que vencer, dificultades que prevenir, criados que cohechar: como todo esto, digo, se ha desvanecido, empiezan á padecer desde el instante que se enamoran de una coqueta; y suele parar la cosa en que el amante, luego que conoce la burla que le han hecho, se muere, se vuelve loco, y á buen librar, piensa en ausentarse desesperado. Yo soy una de las mas famosas en esta secta; y no puedo menos de acordarme con satisfaccion propia de las víctimas que se han sacrificado en mi templo, y por mi culto. Si en Marruecos nos sujetan algun dia á semejante despotismo (que será en el mismo instante que se anulen las austéras leyes de los serrallos)

y si las señoras marruecas quisiesen admitir unas quantas españolas para catedráticas de esta nueva ciencia, hasta ahora desconocida en Africa, prometo que entre mis lecciones, y las de una media docena de amigas mias, saldrá en breve tiempo suficiente número de discípulas, para que paguen los musulmanes, á pocas semanas, todas las tiranías que han exercido sobre nosotras desde el mismo Mahoma hasta el dia de la fecha; pues aumentado el dominio de mi sexô sobre el masculino en proporcion del calor del clima (como se ha experimentado en la corta distancia del paso de los Pirineos) deben esperar las coquetas marruecas un despotismo, que apenas cabe en la imaginacion humana; sobre todo en las provincias meridionales de aquel imperio.

CARTA LXXVII.

Del mismo, al mismo.

Los trámites del nacimiento, aumento, decadencia, pérdida, y resur-

reccion de las ciencias y artes dexan tal serie de efectos, que se ven en cada periodo de estos los influxos del anterior. Pero quando se hacen mas notables es quando despues de la era del mal gusto, al tocar ya en la del bueno, se conocen claramente los malos efectos de aquel haciendo la debida contraposicion: y si esto se advierte con lástima en las ciencias positivas y artes serias, se echa de ver con risa en las facultades de poco adorno, como Elocuencia y Poesía.

Ambas decayéron en España á la mitad del siglo pasado, como lo restante de la Monarquía. Intentan volver ambas á levantarse en el actual; pero no obstante el fomento dado á las ciencias, á pesar de la resurreccion de los autores buenos españoles del siglo XVI, sin embargo de las traducciones de los extrangeros modernos, aun despues del establecimiento de las academias, y en medio de la mofa con que algunos españoles han ridiculizado la hinchazon, y todos los vicios del mal lenguage; se ven de quando en quando algunos efectos de la mala Retórica y

Poesía de la última mitad del siglo pasado. Algunos ingenios mueren todavía, digámoslo así, de la misma peste de que pocos escapáron entónces. Varios oradores y poetas de estos dias, parece que no son sino sombras ó almas de los que muriéron cien años ha; y que han vuelto al mundo para continuar los discursos que dexáron pendientes quando espiráron, ó para espantar á los vivos.

Nuño me decia esto mismo anoche, y añadió: esta es suma verdad y patente; pero con particularidad en los títulos de libros, papeles y comedias. Aquí tengo una lista de títulos extraordinarios de obras que han salido al público con toda solemnidad de veinte años á esta parte, haciendo poco honor á nuestra literatura, aunque su contenido no dexe de tener muchas cosas buenas, de lo que prescindo.

Sacó su cartera, aquella cartera de que te he hablado tantas veces; y despues de papelear, me dixo: toma y lée. Tomé y leí, y decia de este modo: lista de algunos títulos de libros,

papeles y comedias, que me han dado golpe, publicados desde el año de 1757, quando ya era creible que se hubiera acabado toda hinchazon y pedantería:

1.º *Los zelos hacen estrellas, y el amor hace prodigios.* Decia al márgen de letra de Nuño: no entiendo la primera parte de este título.

2.º *Medúla entropólica que enseña á jugar á las damas con espada y broquel, corregida y aumentada.* La nota marginal decia: estábamos todos en que el juego de las damas, así como el del axedréz, era diversion de mucha cachaza, excelente para una aldea tranquila, propia de un Capitan de caballería que está dando verde á su compañía, con el Boticario ó Fiel de fechos del lugar, miéntras dan las doce para ir á comer el puchero; pero el autor medular eutropólico nos da una idea tan honrosa de este pasatiempo, que me alegro mucho de no ser aficionado á este juego; porque esto de ir un hombre armado con espada y broquel, quando creia que solo se trataba de un poco de diversion mansueta, sosegada y flemáti-

ca, es chasco temible.

3.º *Arte de bien hablar, freno de lenguas, modelo de hacer personas, entretenimiento útil, y camino para vivir en paz.* Al márgen se leían estos renglones: este es mucho título, y lo de hacer personas es mucha obra.

4.º *Nueva mágica experimental y permitida. Ramillete de excelentes flores, así aritméticas, como físicas, astronómicas, astrológicas, graciosos juegos, repartidos en un manual Kalendario para el presente año de 1761.* Sin duda enfadó mucho este título á mi amigo Nuño, pues al márgen habia puesto de malísima letra, como temblándole el pulso de pura cólera lo siguiente: si se lée este título dos veces seguidas á qualquiera estátua de bronce, y no se hace pedazos de risa ó de rabia, digo, que hay bronces mas duros que los mismos bronces.

5.º *Zumba de pronósticos, y pronóstico de zumba.* Zumbando me quedan los oidos con el retruécano, decia la nota del márgen.

6.º *Manojito de diversas flores, cuya fragancia descifra los misterios de*

la Misa y Oficio Divino: da esfuerzo á los moribundos, y ahuyenta las tempestades.

7.º *Eternidad de diversas eternidades.*

8.º *Arco Iris de paz, cuya cuerda es la contemplacion y meditacion para rezar el santísimo Rosario de nuestra Señora. Su aljava ocupan 160 consideraciones, que tira el amor divino á todas sus almas.*

9.º *Sacratísimo antídoto, el nombre inefable de Dios contra el abuso de agur.* Al márgen de este título y de los antecedentes decia: siento mucho que para hablar de los asuntos sagrados de una religion verdaderamente divina, y por consiguiente digna de que se trate con la mas profunda circunspeccion, se usen expresiones tan estravagantes, y metáforas tan ridículas. Si semejantes locuciones fueran sobre materias menos respetables, se pudiera hacer buena mofa de ellas.

10.º *Historia de lo futuro. Prolegómeno á toda la historia de lo futuro, en que se declara el fin, y se prueban los fundamentos de ella, traducida del*

portugues. La nota decia: alabo la diligencia del traductor. Como si no tuviéramos bastante copia de hinchazon, pedantería y delirio, sembrada, cultivada, cogida y almacenada de nuestra propia cosecha, el buen hombre quiere introducirnos los productos de los extrangeros, por si nos viene algun mal año de este fruto.

11.º *Antorchas para solteros, de chispas para casados.* Al márgen habia puesto mi amigo: este título es mas revesado que ninguno. No hay en España quien le entienda, como no lea la obra; y no es obra que convide á los lectores por el título.

12.º *Ingeniosa y literal competencia entre* musas *rey de los nombres*, *y* amo, *rey de los verbos, á la que dió fin una campal y sangrienta batalla, que se diéron los vasallos de uno y otro Monarca: compuesta en forma de coloquio.* La nota marginal decia: por honor de mi patria sentiré muy mucho que pase los Pirineos este título. Si todos estos títulos fueran de obras satíricas ó jocosas, pudieran tolerarse, pero no quando son de sérias, y mucho me-

nos de sagradas. Es harto sensible que aun permanezca en España este abuso, quando ya se ha desterrado de lo restante del mundo, y mas quando en España misma se han hecho de él, por varios autores, tan repetidas y graciosas críticas; y es mas de extrañar aquí que en alguna otra parte de Europa, respecto de que el genio español es dificil de transportarse en materias de entendimiento.

CARTA LXXVIII.

Del mismo, al mismo.

¿Sabes tú lo que es un verdadero sabio escolástico? Pues mira, hazte cuenta que vas á oirle hablar. Figúrate ántes, que ves un hombre muy seco, muy alto, muy lleno de tabaco, y muy cargado de anteojos. Esta es la pintura que Nuño me hizo, y que yo verifiqué ser muy conforme al original.

Para nada se necesitan, te dirá, dos años, ni uno siquiera de Retórica. Con saber unas quantas docenas de

voces largas de catorce ó quince sílabas cada una, y repartirlas con estrépito, se compone una oracion de qualquier especie que sea.

La Poesía es un pasatiempo frívolo. ¿Quién no sabe hacer una décima á una dama, á un médico, &c.? Si le dices que esto no es Poesía; que la Poesía es una cosa inexplicable, y que solo se aprende y se conoce leyendo los poetas griegos y latinos, y tal qual moderno: que la Religion misma usa de la Poesía en las alabanzas del Criador: que la buena Poesía es la piedra de toque que nos dá á conocer la cultura de una nacion ó siglo; y finalmente si le dices, que despreciando las expresiones ridículas de equivoquistas, las poesías heroycas y satíricas son las obras tal vez mas útiles á la república literaria, pues sirven para perpetuar la memoria de los héroes, y corregir las costumbres de nuestros contemporáneos, ten por cierto que no hace caso de tí.

La física moderna es un juego de títeres. He visto esas que llaman máquinas de física experimental, agua que

sube, fuego que baxa, hilos y alambres, puro juguete para niños. Si le instas sobre las inmensas ventajas que resultan del conocimiento de la electricidad, de las leyes del movimiento, así de los cuerpos sólidos, como de los fluidos, de las propiedades de la luz, y de tantas otras maravillas de la Naturaleza, te llamará herege.

¡Pobre de tí, si le hablas de Matemáticas! Embustes y pasatiempo, te dirá muy gravedoso. Aquí tuvimos á Don Diego de Torres, repetirá con mucha bambolla, y nunca estimamos su facultad, aunque sí mucho su persona por las sales y conceptos de sus obras. Si le dices, yo no sé nada de Don Diego de Torres, sobre si fué ó no gran matemático; pero sé que las matemáticas son y han sido siempre tenidas por un conjunto de conocimientos que fundan la única ciencia, que así pueda llamarse entre los hombres. Decir si ha de llover por Marzo, si hará frio por Diciembre, si han de morir algunas personas en este año, y han de nacer otras en el que viene: decir que tal planeta tiene tal influxo;

es sin duda un despreciable delirio, que vmds. han llamado Matemáticas: y si creen que las Matemáticas no son otra cosa diversa, no lo digan donde lo oigan gentes. La fisica, la navegacion, la construccion de navíos, la fortificacion de plazas, la arquitectura civil, el acampamento de los exércitos, la fundicion, manejo y sucesos de la artillería, la formacion de caminos, el adelantamiento de todas las artes mecánicas, y otras partes mas sublimes, son ramos de esta facultad; y vean vmds. si estos ramos son útiles en la vida humana.

La medicina que basta, dirá el mismo, es lo extractado de Galeno, ó de Hipócrates: aforismos racionales, ayudados de buenos silogismos, bastan para constituir un médico. Si le dices, que sin despreciar el mérito de aquellos dos grandes hombres, los modernos han adelantado en esta facultad por el mayor conocimiento de la Anatomía y Botánica que no tuvieron los antiguos, y de muchos medicamentos, como la quina y mercurio, que no se usaron hasta ahora

poco ; tambien hará burla de tí.

Así de las demas facultades. Pues ¿cómo hemos de vivir con estas gentes? Muy fácilmente, respondió Nuño. Dexémoslos gritar continuamente sobre la famosa qüestion que propone un satírico moderno, *utrum chimera, bombilians in vacuo, posit comedere secundas intentiones* : trabajemos nosotros en las ciencias positivas, para que no nos llamen bárbaros los extrangeros: haga nuestra juventud los progresos que pueda : procure dar obras al público sobre materias útiles : dexe morir á los viejos como han vivido ; y quando los que ahora son mozos lleguen á edad madura, podrán enseñar publicamente lo que ahora estudian á hurtadillas. Dentro de dos años se ha de haber mudado el sistema científico de España insensiblemente y sin estrépito. Entónces verán las academias extrangeras si tienen razon para tratarnos con desprecio. Si nuestros sabios tardan en igualarse con los suyos, tendran la excusa de decirles: señores, quando éramos jóvenes, tuvimos unos maestros que nos decian: *hijos mios, vamos*

á enseñaros todo quanto hay que saber en el mundo: ¡cuidado no tomeis otras lecciones, porque de ellas no aprendereis sino cosas frívolas, inútiles y aun dañosas. Nosotros no teniamos gana de gastar el tiempo sino en lo que nos pudiera dar conocimientos útiles y seguros; con que nos aplicamos á lo que oiamos. Poco á poco fuimos oyendo otras voces y leyendo otros libros, que si bien nos espantáron al principio, despues nos gustáron. Los empezamos á leer con aplicacion; y como vimos que en ellos se contenian mil verdades en nada opuestas á la Religion ni á la patria, pero sí á la preocupacion y desidia, fuimos dando dimisorias á unos y otros cartapacios y libros escolásticos, hasta que no quedó ni uno. De esto ya ha pasado algun tiempo, y en él nos hemos igualado á vmds. aunque nos llevan siglo, y cerca de medio de delantera. Cuéntese, pues, por nada lo pasado, y pongamos la fecha desde hoy, suponiendo que la península se hundió á mediados del siglo XVII, y ha vuelto á salir de la mar á últimos del XVIII.

• • •

CARTA LXXIX.

Del mismo, al mismo.

Dicen los jóvenes : ¡ esta pesadez de los viejos es insufrible! Dicen los viejos : ¡ este desenfreno de los jóvenes es inaguantable! Unos y otros tienen razon, dice Nuño : la demasiada prudencia de los ancianos hace imposibles las cosas mas fáciles ; y el sobrado ardor de los jóvenes se imagina fáciles las cosas imposibles. En este caso no debe interesarse el prudente, añade Nuño, ni por uno, ni por otro partido, sino dexar á los unos con su cólera y á los otros con su flema. Tomar el medio justo, y burlarse de ambos extremos.

CARTA LXXX.

Del mismo, al mismo.

Pocos dias ha presencié una exquisita chanza que dieron á Nuño varios amigos suyos extrangeros, pero no de aquellos, que para desdoro de

sus propias patrias, andan vagando por el mundo, contaminados con los vicios de todos los paises que han corrido por Europa, trayendo á este rincon de ella el conjunto de todo lo malo que hay en esta parte del mundo; sino de aquellos que procuran estimar é imitar lo bueno de todas partes, y que por tanto deben ser admitidos muy bien en qualquiera de ellas. De estos trata Nuño á algunos de los que residen en Madrid, y los quiere como á paisanos suyos, pues tales le parecen todos los hombres de bien que hay en el mundo, siendo para con ellos un verdadero cosmopolita, ó sea ciudadano universal. Zumbábanle, pues, sobre la facilidad con que los españoles de qualquier condicion y clase toman el tratamiento de *Don.* Como el asunto es digno de crítica, y los concurrentes eran personas de talento y buen humor, se les ofrecian una infinidad de ideas y de expresiones á qual mas chistosas, sin el empeño enfático de las disputas de escuela, sino con el donayre de las conversaciones de Corte.

Un caballero flamenco, que se ha-

lla en Madrid, siguiendo no sé qué pleyto, dimanado de cierta conexion de su familia con otra de este país, tronco de aquella, le decia lo absurdo que le parecia este abuso, y lo amplificaba, añadia y repetia: Don es el amo de una casa: Don, cada uno de sus hijos: Don, el *Domine* que enseña gramática al mayor: Don, el que enseña á leer al chico: Don, el mayordomo: Don, el ayuda de cámara: Doña, el ama de llaves: Doña, la lavandera. Amigos, vamos claros, son mas los Dones de qualquiera casa, que los del Espíritu Santo.

Un Oficial reformado Frances, Ayudante de Campo del Marqués de Lede, hombre sumamente amable, que ha llegado á formar un excelente medio entre la gravedad española y la ligereza francesa, tomó la palabra, y dixo mil cosas graciosísimas sobre el mismo asunto.

A este siguió un italiano, de familia muy ilustre, que habia venido viajando por gusto, y se detenia en España, aficionado de la lengua castellana, haciendo una coleccion de los

autores Españoles, y criticando con tanto rigor á los malos, como aplaudiendo con desinteres á los buenos.

A todo callaba Nuño; y su silencio excitaba mas mi curiosidad que la crítica de los otros. El no les interrumpió miéntras tuvieron que decir, y aun repetir lo dicho, y ni siquiera mudaba de semblante. Al contrario parecia aprobar con su dictámen el de sus amigos con la cabeza que movia de arriba á abaxo, con las cejas que arqueaba, y con los hombros que encogia. A mi parecer, significaba que no tenia que replicar en contra: hasta que cansados ya de hablar todos los concurrentes, les dixo poco mas ó ménos así:

No hay duda que es extravagante el número de los que se arrogan el tratamiento de Don: abuso general en estos años, introducido en el siglo pasado, y prohibido expresamente en los anteriores. *Don*, significa *Señor*, como que es derivado de la voz latina *Dominus*. Sin pasar á los Godos, y sin fixar la vista en mas objetos que en los posteriores á la inva-

sion de los moros, sabemos que solamente los Soberanos, y aun no todos, ponian Don ántes de su nombre. Los Duques y grandes señores le tomáron despues con anuencia de los Reyes; luego quedó en todos aquellos en quienes parecia bien; á saber, en todo señor de vasallos. Siguióse esta práctica tan rigurosamente, que un hijo segundo del mayor señor, no siendolo él mismo, no se ponia tal distintivo. Ni los empleos honoríficos de la Iglesia, toga y exército daban semejante adorno, aun quando recaian en personas de las mas ilustres cunas. Se firmaban con todos sus títulos por grandes que fuesen, se les escribia con todos sus apellidos, aunque fuesen los primeros de la Monarquía, como Córdobas, Guzmanes, sin poner el Don; pero no se olvidaba el darle al caballero particular mas pobre como tuviese efectivamente mas señorío, por pequeño que fuese. ¡En quántos monumentos, y no muy antiguos, leemos inscripciones de éste, ó semejante tenor: *aquí yace Juan Fernandez de Córdoba, Pimentel, Hurtado de Mendoza,*

y Pacheco, Comendador de Mayorga en la Orden de Alcántara, Maestre de Campo del tercio viejo de Salamanca, &c. &c.; pero ninguno ponia Don, aunque le sobrasen tantos títulos sobre que recaer. Despues pareció conveniente tolerar, que las personas condecoradas con empleos de consideracion en el estado se llamasen así; y esto que pareció justo, demostró quanto lo era mas el rigor antiguo, pues en pocos años ya se propagó la Donemanía (perdonen vmds. la voz nueva) de modo que en nuestro siglo todo el que no lleva librea, se llama Don Fulano: cosa que no consiguiéron *in illo tempore*, ni Hernan Cortés, ni Sancho Dávila, ni Antonio de Leyva, ni Francisco Sanchez, ni los otros varones insignes en armas y letras.

Mas es, que la multiplicidad del Don le ha hecho despreciable entre la gente primorosamente educada. Llamar á uno Don Juan, Don Pedro, es tratarle de criado; es preciso decir, Señor Don, que es dos veces Don. Si el Señor Don llega á multiplicarse en el siglo que viene como el Don en es-

te nuestro, ya no bastará el Señor Don para nombrar á un hombre de forma sin agraviarle, y será preciso decir Don Señor Don: y teniéndose igual inconveniente en lo futuro, irá creciendo el número de Dones y Señores en el de los siglos; de modo que dentro de algunos se pondrán las gentes en el pie de no llamarse las unas á las otras por el tiempo que se ha de perder miserablemente en repetir el Señor Don tantas y tan inútiles veces.

Las gentes de Corte, que sin duda son las que ménos tiempo tienen que perder, ya han conocido este daño, y para ponerle competente remedio, si tratan á uno con alguna familiaridad, le llaman por el apellido á secas; y si no se hallan todavia en este pie, le añaden el Señor al apellido sin el nombre de bautismo. Pero aun de aquí nace otro embarazo; porque si nos hallamos en una sala muchos hermanos, ó primos, ó parientes del mismo apellido, será menester distinguirnos por las letras del abecedario, como los matemáticos distinguen las partes de sus figuras; ó por nume-

ros, como los ingleses distinguen sus regimientos de infantería.

A esto añadió Nuño otras mil reflexîones chistosas, y acabó levantándose con los demas para dar un paseo, diciendo: señores, ¿qué le hemos de hacer? Esto prueba lo que mucho tiempo ha se ha demostrado, á saber, que los hombres corrompen todo lo bueno. Yo lo confieso en este particular, y digo lisa y llanamente, que hay tantos Dones superfluos en España, como Marqueses en Francia, Barones en Alemania, y Príncipes en Italia: esto es, que en todas partes hay hombres que se apropian lo que no es suyo, y lo ostentan con mas pompa que aquellos á quienes toca legítimamente; y así en Francia hay un adagio, que dice aludiendo á esto: *Baron Allemand, Marquis François; et Prince d' Italie mauvaise compagnie*; así tambien ha pasado á proverbio castellano el dicho de Quevedo.

Don Turuleque me llaman;
pero pienso que es adrede,
porque no sienta muy bien
el Don con el Turuleque.

CARTA LXXXI.

Del mismo, al mismo.

No es fácil de saber cómo debe portarse un hombre para hacerse un mediano lugar en el mundo. Si uno aparenta talento ó instruccion, se adquiere el odio de las gentes, porque le tienen por soberbio, osado, y capaz de cosas grandes. Si al contrario, uno es humilde y comedido, le desprecian por inútil y necio. Si ven que uno es algo cauto, prudente y detenido, le tienen por vengativo y traydor. Estas consideraciones, pesadas con madurez, y confirmadas con tantos exemplos como abundan, le dan al hombre gana de retirarse á lo mas desierto de nuestra Africa, huir de sus semejantes, y escoger la morada de los montes y bosques entre fieras y brutos.

CARTA LXXXII.

Del mismo, al mismo.

Yo me guardaré de creer que haya habido siglo en que los hombres hayan sido cuerdos. Las extravagancias humanas son tan antiguas como ridículas; y cada era ha tenido su locura favorita. Pero así como el que entra en un hospital de locos se admira del que vé en cada jaula hasta que pasa á otra, en que halla otro loco mas frenético, así el siglo que ahora vemos, merece la primacía, hasta que venga otro que le supere. El inmediato será sin duda el superior; pero aprovechemos los pocos años que quedan de éste para divertirnos, por si no llegamos á entrar en el siguiente: y vamos claros, son muy excesivos sus delirios, singularmente el haber dado por falsos unos quantos axîomas, ó proposiciones que se tenian por principios sentados, é indubitables.

Yo tengo, dixo Nuño, dos amigos que á fuerza de estudiar las cos-

tumbres actuales, y blasfemar de las antiguas, y á fuerza de querer sacar la quinta esencia del modernismo; han llegado á perder la cabeza, como puede acontecer á los que se empeñen mucho en hallar la piedra filosofal; pero lo mas singular de su desgracia es la manía que han tomado; á saber, de exâminarse el uno al otro sobre ciertas máxîmas que tienen por indubitables. Para esto se hacen ciertas protestaciones de su manía, que todas estriban sobre las máxîmas comunes de nuestros infatuados hombres de moda. Visitándolos muchas veces, por si puedo contribuir á su restablecimiento, he llegado á aprender de memoria muchos de sus artículos, á mas de que he encargado al criado que los asiste, que apunte todo lo que oiga gracioso en este particular, y todas las mañanas me presente la lista. Oyelo por preguntas y respuestas, segun suelen repetirlas.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que puede uno ser excelente soldado, sin haber visto mas fuego que el de una chimenea; y que solo baste llevar la

vuelta de la manga muy estrecha; hablar mal de quantos Generales no dan buena mesa; decir que desde Felipe II acá no han hecho nada nuestros exércitos; asegurar que á los veinte años de edad se pueden mandar cien mil hombres, mejor que con quarenta años de experiencia, quince funciones generales, quatro heridas y conocimiento del arte?

Respuesta. Sí tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que se puede ser un famoso sabio, sin haber leido dos minutos al dia; sin tener un libro; sin haber tenido maestros; sin ser bastante humilde para preguntar; y sin tener mas talento que para baylar un minué?

Respuesta. Sí tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que para ser buen patriota, baste hablar mal de la patria; hacer burla de nuestros abuelos, y dar oidos á nuestros peluqueros, maestros de bayle, operistas, cocineros, y á sátiras despreciables contra la nacion; hacer como que habeis olvidado la lengua que os enseñó el ama de leche; hablar ridículamente mal

varios trozos de las extrangeras; y hacer asco de todo lo que pasa y ha pasado desde los principios por acá?

Respuesta. Sí tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que para mantener el cuerpo fisico humano son indispensables quatro horas de mesa con variedad de platos exquisitos, y mal sanos; café que debilita los nervios; licores que privan la cabeza; y despues un juego que arruina los bolsillos, contrayendo deudas vergonzosas para pagar?

Respuesta. Sí tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que para ser buen padre de familia, basta no ver meses enteros á vuestra muger, sino á las agenas; arruinar vuestros mayorazgos; entregar vuestros hijos á un pedagogo, ó á vuestros lacayos, cocheros ó mozos de mulas?

Respuesta. Sí tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que para ser hombre grande baste negaros al trato civil; arquear las cejas; andar muy espetado; tener grandes equipages, grandes casas, y grandes vicios?

Respuesta. Sí tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que para contribuir de vuestra parte al adelantamiento de las ciencias, baste perseguir á los que las cultivan, y despreciar á los que quieran dedicarse á cultivarlas; y mirar á un filósofo, á un poeta, á un orador, á un matemático, como á un papagayo, á un mico, ó á un bufon?

Respuesta. Sí tengo:

Pregunta. Teneis por cierto que la suma y final bienaventuranza del hombre consiste en tener un tiro de caballos frisones muy gordos ó de potros cordobeses muy finos, ó de mulas manchegas muy altas?

Respuesta. Sí tengo.

Pregunta. Teneis por cierto que si el siglo que viene abre los ojos sobre las ridiculeces del actual, será vuestro nombre y el de vuestros semejantes el objeto de la risa y mofa, y tal vez del odio y de la exècracion? ¿Y no obstante vienes á prometer continuar viviendo en tales extravagancias?

Respuesta. Tengo y prometo.

Luego suele callar el preguntante, y el otro le hace otras tantas preguntas,

añadió Nuño. Lo sensible es prosiguió diciendo, que no hagan catecismo completo análogo á esta especie de símbolo. Muy curioso estoy de saber, qué mandamientos pondrian, qué obras de misericordia, qué pecados, qué virtudes opuestas á ellos, qué oraciones. Los que han profesado esta secta, venerado sus misterios, asistido á sus ritos, procurado propagar su doctrina, suelen pasar alegremente los años agradables de su vida. El alto concepto en que se tienen á sí mismos; el sumo desprecio con que tratan á los otros; la admiracion que les atrae el mundo femenino; su porte extravagante; y en fin la ninguna reflexîon séria que pueda detener un punto su continuo movimiento, les proporcionan sin duda una juventud muy gustosa; pero quando van llegando á la edad madura, y ven que van á sufrir el mayor desayre, creo que se han de hallar en muy triste situacion. Se desvanece todo aquel torbellino de superficialidades, y se hallan en otra esfera. Los hombres serios, formales, é importantes no los admiten, porque nunca ha-

bian sido estimados por ellos; las mugeres los desconocen ya, porque los ven despojados de todas las prendas que los hacian apreciables en el estrado; y se me figura cada uno de ellos como el murciélago, que ni es es páxaro, ni raton.

¿En qué clase, pues, del estado se ha de colocar uno de estos, quando llega á la edad menos ligera y deliciosa? ¡Qué amargos instantes tendrá, quando se vea en la imposibilidad de ser ni hombre ni niño! Le darán envidia los hombres que van entrando en la edad que él ha pasado; y le causarán extrañeza los hombres que se hallan con las canas que ya le van asomando. Si hubiese contraido la Naturaleza, al tiempo de producirle, alguna obligacion de mantenerle siempre en la edad florida; moriria sin haber usado de su razon, embobado con los aparentes placeres y felicidades. Si conociendo lo corto de su juventud, hubiese apreciado las cosas sólidas, se hallaria á cierto tiempo colocado en alguna clase de la república, mas ó menos feliz á la verdad;

...

pero siempre con algun establecimiento. Pero como frívolo pisaverde no tiene que esperar mas que mortificaciones y desayres desde el dia que se le arrugó la cara, se le pobló la barba, se le embasteció el cuerpo, y se le ahuecó la voz; esto es, desde el dia que pudiera haber empezado á ser algo en el mundo.

CARTA LXXXIII.

Del mismo, al mismo.

Si yo creyera en los delirios de la astrología judiciaria, no emplearia mi vida en cosa alguna con mas gusto y curiosidad que en indagar el signo que preside al nacimiento de los hombres literatos en Europa. En todas partes es sin duda desgracia, y muy grande, la de nacer con un grado mas de talento que el comun de los mortales; pero en España, dice Nuño, ha sido hasta ahora uno de los mayores infortunios que puede contraer el hombre quando nace. A la verdad, prosigue mi amigo, si yo fuera casado, y mi mu-

ger se hallara próxìma á dar sucesion á mi casa, la diria con frecuencia: desea con mucha vehemencia tener un hijo tonto, verás qué vejez tan descansada y honorífica nos da. Heredará á todos sus abuelos y tios, y tendrá robusta salud. Hará boda ventajosa y fortuna brillante. Será reverenciado en el pueblo y favorecido de los poderosos; y moriremos llenos de conveniencias. Pero si el hijo que tienes en tus entrañas saliere con talento, ¡quánta pesadumbre ha de prepararnos! Me estremezco al pensarlo, y me guardaré muy bien de decírtelo por miedo de hacerte malparir de susto. Sea qual fuere el fruto de nuestro matrimonio, yo te aseguro á fé de buen padre de familia, que no le he de enseñar á leer ni á escribir, ni ha de tratar con mas gente que con el lacayo de casa.

Dexemos la chanza de Nuño, y volvamos, Ben-Beley, á lo dicho. Apénas ha producido esta península un hombre superior á los otros, quando han llovido sobre él miserias hasta ahogarle. Prescindo de aquellos, que por su

soberbia se atraen la justa indignacion del gobierno, pues estos en todos los paises estan expuestos á lo mismo. Hablando de las desgracias que han experimentado en España los sabios, inocentes de cosas que los hicieran merecedores de tales castigos, y que solo se lo han adquirido en fuerza de la constelacion que acabo de decirte, y que forma el objeto de mi presente especulacion, quando veo que Don Francisco de Quevedo, uno de los mayores talentos que Dios ha criado, habiendo nacido con buen patrimonio, y comodidades, se vió reducido á una carcel, en que se le agangrenáron las llagas que le hacian los grillos; me da gana de quemar quantos libros veo.

Quando reflexiono que Fray Luis de Leon, no obstante su carácter en la Religion, y en la Universidad, estuvo muchos años en la mayor miseria de otra carcel, algo mas temible para los christianos que el mismo patíbulo; me estremezco.

Es tan cierto este daño, tan seguras sus consecuencias, y tan espantoso su aspecto, que el español que

publica sus obras hoy, las escribe con inmenso cuidado, y tiembla quando llega el tiempo de imprimirlas. Aunque le conste la bondad de su intencion, la sinceridad de sus expresiones, la justificacion del Magistrado, la benevolencia del público, siempre debe rezelarse de los influxos de la estrella, como el que navega quando truena, aunque el navío sea de buena calidad, el mar poco peligroso, la tripulacion robusta y el piloto práctico; siempre se teme que caiga un rayo y le abrase los palos, ó las xarcias, y aun tal vez se comunique á la Santa Bárbara, encienda la pólvora y lo vuele todo.

De aquí nace que muchos hombres, cuyas composiciones serian útiles á la patria, las ocultan: y los extrangeros, al ver las obras que salen á luz en España, tienen á los españoles en un concepto, que no se merecen. Pero aunque el juicio es falso, no es temerario, pues quedan escondidas las obras que mereceriau aplausos. Yo trato poca gente; pero aun entre mis conocidos me atrevo á ase-

gurar, que se pudieran sacar manuscritos muy preciosos sobre toda especie de erudicion, que actualmente yacen como en el polvo del sepulcro, quando apénas habian salido de la cuna. De otros puedo afirmar tambien, que por cada pliego que han publicado, han guardado noventa y nueve.

CARTA LXXXIV.

De Ben-Beley á Gazel.

No enseñes á tus amigos la carta que te escribí sobre eso que llaman fama póstuma. Aunque ella sea una de las mayores locuras del hombre, es preciso dexarla reynar con otras muchas. Pretender reducir el género humano á solo lo que es moralmente bueno, es pretender que todos los hombres sean filósofos, y esto es imposible. Despues de escribirte meses ha sobre este asunto, he considerado que el tal deseo es una de las pocas cosas que pueden consolar al hombre de mérito desgraciado. Puede servirle de muy fuerte alivio el pensar que las generaciones

futuras le harán la justicia que le niegan sus coetáneos; y soy de parecer que se han de dar todos los gustos posibles, y quantos consuelos pueda apetecer, aunque sean pueriles, como sean inocentes, al infeliz y cuitado animal llamado hombre.

CARTA LXXXV.

De Gazel á Ben-Beley en respuesta á la anterior.

Ya me guardaré de enseñar tu carta á algunas gentes. Me hace mucha fuerza que la esperanza de la fama póstuma es la unica que puede mantener en pie á muchos que padecen la persecucion de su siglo, y apelan á los venideros: por consiguiente debe darse este consuelo, y qualquiera otro decente, aunque sea pueril, al hombre que vive en medio de tanto infortunio. No obstante, mi amigo Nuño dice que ya es demasiado el numero de gentes, que en España siguen el sistema de la indiferencia sobre esta especie de fama, ó sea ca-

rácter del siglo, ó espíritu verdadero de la filosofia, ó consecuencia de la religion, que mira como vanas, transitorias y frívolas todas las glorias del mundo: lo cierto es, que es excesivo el numero de los que miran el último de su exîstencia en este mundo.

Para confirmarme en ello, me contó la vida que hacen muchos, incapaces de adquirir tal fama. No solo habló de la vida deliciosa de la Corte y grandes ciudades que son un lugar comun de crítica, sino de la de las villas y aldeas. El primer exemplo que sacó, fué el del huésped que tuve, y tanto estimé en mi primer viage por la península. A este siguiéron otros varios muy parecidos á él, y concluyó, diciendo: son muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde; toman chocolate muy caliente y agua muy fria; se visten; salen á la plaza; ajustan un par de pollos; oyen misa; vuelven á la plaza; dan quatro paseos; se informan en qué estado se hallan los chismes y hablillas del lugar; vuelven á casa; comen muy despacio; duermen la siesta; se levantan; dan

un paseo en el campo; vuelven á casa; se refrescan; van á la tertulia; juegan á la malilla; vuelven á casa; rezan, cenan y se meten en la cama.

CARTA LXXXVI.

De Ben-Beley á Gazel.

Pregunta á tu amigo Nuño su dictámen sobre un héroe, famoso en su país por el auxîlio que los españoles han creido deberle en la larga série de batallas que se dieron sus abuelos y los nuestros, por la posesion de esa península. En sus historias veo que estando el Rey Don Ramiro con un puñado de vasallos suyos rodeado de un exército innumerable de moros, y siendo su pérdida inevitable, se le apareció el tal héroe llamado Santiago, y le dixo, que al amanecer del dia siguiente, sin contar con el número de sus soldados, ni del de sus enemigos, se arrojase sobre ellos, confiado en la proteccion que él le traía del Cielo. Añaden los historiadores, que así lo hizo Don Ramiro, y ganó una batalla

tan gloriosa, como hubiera sido temeraria, si se hubiese graduado la esperanza por las fuerzas. Los anales de España refieren otros lances de la misma especie. Dime qué hay en esto.

CARTA LXXXVII.

De Gazel á Ben-Beley, en respuesta de la antecedente.

He cumplido con tu encargo. He comunicado á Nuño tu reparo sobre el punto de su historia que menos nos puede gustar, si es verdadera; y mas nos haga reir si es falsa: y aun le he añadido algunas reflexîones de mi propia imaginacion. Si el cielo, le decia yo, queria libertar tu patria del yugo africano, ¿habia menester fuerzas humanas la presencia efectiva de Santiago, y mucho menos la de su caballo blanco, para derrotar el exército moro? El que lo ha hecho todo de la nada con sola su palabra, y con solo su querer, ¿necesitó acaso de una cosa tan material como la espada? ¿creeis que los que estan gozando del Eterno

bien baxen â dar cuchilladas y estocadas á los hombres del mundo? ¿no te parece mas conforme á lo que creemos de la Esencia Divina, el pensar, Dios dixo: huyan los moros, y los moros huyéron?

Esta conversacion entre un moro africano, y un christiano español parecerá por lo menos ociosa; pero entre dos hombres racionales de qualquiera religion y pais, se puede muy bien tratar sin entibiar la amistad.

Respondióme Nuño con la dulzura natural que le acompaña, y la imparcialidad que hace tan apreciables sus controversias.

De padres á hijos nos ha venido la noticia, de que Santiago se apareció á Ramiro en la memorable batalla de Clavijo; y que su presencia dió á los christianos la victoria sobre los moros. Aunque esta época de nuestra historia no sea artículo de Fé, ni demostracion de Geometría, y por tanto pueda qualquiera negarla sin merecer el título de impío, ni el de irracional; parece no obstante que tradicion tan antigua se ha consagrado en Es-

paña por la piedad de nuestro carácter nacional, que nos lleva á atribuir al Cielo las ventajas que han ganado nuestros brazos, siempre que éstas nos parecen extraordinarias: lo qual contradice la vanidad y orgullo que nos atribuyen los extrangeros. Esta humildad misma ha causado los mas gloriosos triunfos que ha tenido nacion alguna del orbe. Los dos mayores hombres que ha producido esta península, experimentáron en lances de la mayor entidad la importancia de esta piedad en el pueblo español. Cortés en América, y Cisneros en Africa, viéron á sus soldados obrar portentos de un valor, verdaderamente mas que humano, porque sus exércitos viéron ó creyéron ver la misma aparicion. No hay disciplina militar, ni armas, ni ardides, ni método que infunda al soldado fuerzas tan invencibles, ni de efecto tan conocido, como la idea de que los acompaña un esfuerzo sobrenatural, y los guia un caudillo baxado del Cielo. De esta verdad quedáron tan persuadidas las generaciones inmediatas, que duró mucho tiempo en

los exércitos españoles la costumbre de invocar á Santiago al tiempo del ataque. La disciplina mas capaz de hacer un exército superior á otro, se puede fácilmente copiar por qualquiera; la mayor destreza en el manejo de las armas; la mas científica construccion de ellas pueden imitarse. El mayor número de auxîliares aliados y mercenarios se pueden lograr con el dinero. Con el mismo medio se logran las espías, y se corrompen los confidentes. En fin, ninguna nacion guerrera puede tener la menor ventaja en una campaña, que no se igualen los enemigos en la siguiente; pero la creencia de que baxa un campeon celestial á auxîliar á una tropa, la llena de un vigor inimitable. Mira, Gazel, los que pretenden destruir ciertas cosas, que el vulgo crée buenamente sin perjuicio de la Religion, y de cuya creencia resultan efectos útiles al estado, no se hacen cargo de lo que sucederia si el pueblo se metiese á filósofo, y quisiese indagar la razon de cada establecimiento. El pensarlo me estremece; y es uno de los motivos que me

irritan contra una secta tan extendida en Europa, que quiere traer á juicio quanto hasta ahora se ha tenido por mas evidente que una demostracion geométrica. De los abusos pasan á los usos, y de lo accidental á lo esencial. No solo niegan aquellos artículos, que pueden absolutamente negarse sin perjuicio de la Religion, sino que pretenden ridiculizar hasta los cimientos de la Religion misma, la revelacion y la tradicion: y con vanas lisonjas de libertad, buscan el medio mas corto y eficaz de hundir el mundo entero en un caos moral el mas espantoso, en que se aniquile todo lo divino y humano. Dime, Gazel, si el hombre no esperára otra vida, ¿en qué emplearia la presente? En todo género de delitos por atroces y perjudiciales que fueran.

A la verdad, amigo Ben-Beley, esta razon de Nuño me parece sin réplica lo que los libertinos se han empeñado en predicar y extender, ó es falso, ó verdadero. Si es falso, como con precision lo debe ser, son ellos muy reprehensibles por querer contra-

decir á la creencia de tantos siglos y pueblos. Si por caso imposible fuera verdadero, sería un secreto mas importante que el de la piedra filosofal, para deber ocultarlo, y mas peligroso que el de la mágica negra.

CARTA LXXXVIII.

De Ben-Beley á Gazel.

Veo y apruebo lo que me dices sobre los varios trámites por donde pasan las naciones desde su formacion hasta su ruina total. Si cabe algun remedio para evitar la encadenacion de cosas que han de suceder á los hombres y á sus comunidades, no creo que le haya, para prevenir los daños de la época del luxo. Este tiene demasiado atractivo para dar lugar á qualquiera otra persuasion; y así los que nacen en semejantes eras, se cansan en valde, si quieren contrarestar la fuerza de tan furioso torrente. Un pueblo acostumbrado á delicadas mesas, blandos lechos, ropas finas, modales afeminados, conversaciones amorosas, pa-

satiempos frívolos, estudios dirigidos á refinar las delicias, y lo restante del luxo, no es capaz de oir la voz de los que quieran demostrarle lo próxîmo de su ruina; y le veremos precipitarse en ella como el rio en el mar. Ni las leyes suntuarias, ni las ideas militares, ni las guerras, ni las conquistas, ni el exemplo de un Soberano parco, austéro y sobrio bastan para resarcir el daño que se introduxo insensiblemente.

Reiráse semejante nacion del magistrado, que queriendo resucitar las antiguas leyes y austeridad de costumbres, castigue á los que las quebranten; del filósofo que declame contra la relaxacion; y del general que hable alguna vez de guerras: nada de esto se entiende, ni aun se oye. ¿Se oirá tal vez al poeta que cante las glorias de los héroes de la patria? Buenos estamos: lo que se escucha con respeto, y se executa con esmero universal, es todo lo que puede acelerar y consumar la ruina total de la nacion. La invencion de un sorbete, de un peynado, de un vestido, y de un bay-

le, se tiene por prueba matemática de los progresos del entendimiento humano. La composicion nueva de una música deliciosa, de una poesía afeminada, de un drama amoroso, se cuenta entre las cosas mas útiles del siglo. A esto reduce la nacion todo el esfuerzo del ingenio racional: á un nuevo muelle de coche toda la matemática: á una fuente extraña, y á un teatro agradable toda la fisica: á aguas de olores fragantes toda la química: á modos de hacernos mas capaces de disfrutar placeres toda la medicina: á romper todos los vínculos de parentesco, matrimonio, lealtad, amistad y amor de la patria, toda la moral y toda la filosofia.

Buen recibimiento tendria el que se llegase á un jóven de diez y ocho años, diciéndole: amigo, ya estás en edad de empezar á ser útil á tu patria; quítate esos vestidos, y ponte uno de lana del país; dexa esos manjares deliciosos, y conténtate con un poco de pan, vino, yerbas, vaca, y carnero; no pases siquiera por teatros y tertulias; vete al campo, salta, cor-

re, tira la barra, monta á caballo, mata un javalí ó un oso, exercita tus fuerzas, críate robusto; y cásate con una muger honrada, rolliza y trabajadora.

Poco mejor le iria al que llegase á una muger, y la dixese: ¿tienes ya quince años? Pues ya no debes pensar en ser niña; tocador, gabinete, coche, mesas, cortejos, teatros, nuditos, máscaras, encaxes, cintas, parches, aguas de olor, batas, y deshabillés al fuego desde ahora. ¿Quién se ha de casar contigo, si te empleas en esos pasatiempos? ¿qué marido ha de tener la que no cria sus hijos á sus pechos? ¿la que no sabe hacerle las camisas, cuidarle en una enfermedad, gobernar su casa, y seguirle si es menester á la guerra?

El pobre que fuese con estos sermones recibiria en pago mucha burla y mofa. Esta especie de discursos, aunque muy ciertos y verdaderos en un siglo, apenas se entienden en otro. Sucede al pie de la letra á quien los profiere, lo que sucederia al que resucitase hoy en París, hablando Galo; ó en Madrid, hablando el lenguage

de la antigua Numancia; y si al estilo añadia el trage y ademanes correspondientes, todos los desocupados (que son la mayor parte de los habitantes de las cortes) irian á verle por curiosidad, como quien va á ver un páxaro, ó un monstruo venido de lejanas tierras.

Si como me hallo en Africa apartado de la Corte del Emperador, separado del bullicio, y en una edad ya decrépita, me viese en qualquier Corte de las principales de Europa con pocos años, algunas conexîones y mediana fortuna; aunque me hallase con este conocimiento filosófico, no creas que yo me pusiese á declamar contra este desarreglo, ni á ponderar sus consecuencias. Me pareceria tan infructuosa empresa, como la de querer detener el fluxo y refluxo del mar, ó el oriente y ocaso de los astros.

CARTA LXXXIX.

De Nuño á Gazel.

Las cartas familiares que no tratan sino de la salud y negocios domésticos de amigos y conocidos, son las composiciones mas frias é insulsas del mundo. Debieran venderse impresas, y tener los blancos necesarios para las firmas y fechas, con distincion de cartas de padres á hijos, de hijos á padres, de amos á criados, de criados á amos, de los que viven en la Corte, y de los que estan avecindados en las aldeas. Con este surtido, que podia venderse en qualquier librería á precio hecho, se quitaria uno el trabajo de escribir una resma de papel llena de insulseces todos los años, y de leer otras tantas de la misma calaña, dedicando el tiempo á cosas mas útiles.

Si son de esta especie las contenidas en el paquete que te remito, y que me han enviado de Cádiz para

tí, no puedo menos de compadecerte. Pero creo que entre ellas habrá muchas de Ben-Beley, en las quales no pueden menos de hallarse cosas muy dignas de tu lectura.

Te remitiré en breve un extracto de cierta obra de un amigo mio, que está haciendo un paralelo entre el sistema de las ciencias de varios siglos y paises. Es increible, que habiéndose adelantado tan poco en lo substancial, haya sido tanta la variedad de dictámenes en diferentes épocas.

Hay nacion en Europa (y no es la española) que pocos siglos ha prohibió la imprenta, despues todos los teatros, luego toda la filosofia opuesta al peripateticismo, y sucesivamente el uso de la quina: y al cabo dió en el extremo contrario. Quiso la misma hacer salir de la cáscara en su pais frio y húmedo los páxaros traidos dentro de sus huevos de un clima cálido y seco. Otros de sus sabios se empeñáron en sostener, que los animales pueden procrearse, sin ser producidos del sémen. Otros apuráron el sis-

tema de la atraccion Newtoniana, hasta atribuirle la formacion de los fetos dentro de las madres. Otros dixéron, que los montes se han formado de la mar. Esta libertad ha trascendido de la fisica á la moral: y han defendido algunos, que lo de *tuyo* y *mio* eran delirios formales. Que en la igualdad de los hombres es vicioso el establecimiento de gerarquías. Que el estado natural del hombre es la soledad, como el de la fiera en el monte. Los que no ahondamos tanto en las especulaciones, no podemos determinarnos á dexar las ciudades de Europa, y pasar á vivir con los hotentotes, patagones, araucanos, iroqueses, apalaches, y otros tales pueblos lo que sería mas conforme á la naturaleza, segun el sistema de estos filósofos, ó lo que sean.

CARTA XC.

De Gazel á Nuño.

En la última carta de Ben-Beley que me acabas de remitir segun tu escrupulosa costumbre de no abrir las que vienen selladas, me hallo con noticias que me llaman con toda prontitud á la Corte de mi patria. Mi familia acaba de renovar con otra ciertas disensiones antiguas, en las que debo tomar partido muy contra mi genio natural, opuesto á todo lo que es faccion, vando y parcialidad. Un tio que pudiera manejar aquellos negocios, está léjos de la Corte, empleado en un gobierno sobre las fronteras de los bárbaros, y no es costumbre entre nosotros dexar las ocupaciones del carácter público por las del interes particular. Ben-Bely, sobre ser muy anciano, se ha totalmente apartado de las cosas del mundo; con que yo me veo absolutamente precisado á acudir á ellos. En este puerto se halla un navío holandés, cuyo

Capitan se obliga á llevarme hasta Ceuta, y de allí me será muy fácil y barato el tránsito hasta la Corte. Es natural que toquemos en Málaga: dirígeme á aquella ciudad las cartas que me escribas; y encarga á algun amigo, que tengas en ella, que las remita al de Cadiz, en caso que en todo el mes que empieza hoy no me vea. Te aseguro que el pensamiento solo de que voy á la Corte á pretender con los poderosos, y lidiar con los iguales, me desanima increiblemente.

Te escribiré desde Málaga y Ceuta, y á mi llegada. Siento dexar tan pronto tu tierra y tu trato. Ambos habian empezado á inspirarme ciertas ideas nuevas para mí hasta ahora, de las quales me habia privado mi nacimiento y educacion, infundiéndome otras, que ya me parecen absurdas desde que medito sobre el objeto de las conversaciones que tantas veces hemos tenido. Grande debe de ser la fuerza de la verdad, quando basta á contrastar dos tan grandes esfuerzos. ¡Dichoso amanezca el dia feliz, cuyas divinas luces acaben de disipar las pocas tinie-

blas que aun obscurecen lo oculto de mi corazon! No me ha parecido jamás tan hermoso el sol despues de una borrasca, ni el mar tranquilo despues de una furiosa agitacion, ni el soplo blando del zéfiro despues del son horroroso del norte, como me parecerá el estado de mi corazon, quando llegue á gozar la quietud que me prometiste, y empecé á experimentar en tus discursos. La privacion sola de tan grande bien me hace intolerable la distancia de las costas de Africa á las de Europa. Trataré en mi tierra con tédio los negocios que me llaman, dexando en la tuya el único que merece mi cuidado: y al punto volveré á concluirle, no solo á costa de tan corto viage, pero aunque fuese preciso el de la nave española *la Victoria*, que fué la primera que dió la vuelta al globo.

Hago ánimo de tocar estas especies á Ben-Beley. ¿Qué me aconsejas? Tengo cierto rezelo de ofender su rigidez, y cierto impulso interior á iluminarlo, si aun está ciego, ó á que su corazon, si ya ha recibido esta luz,

la comunique al mio ; y unidas ambas, formen mayor claridad. Sobre esto espero tu respuesta, aun mas que sobre los negocios de pretension, cortes y fortuna.

FIN DE LAS CARTAS MARRUECAS.

NOTA.

El manuscrito contenia otro tanto como lo copiado hasta aquí, pero parte tan considerable quedará siempre inédita por ser tan mala la letra, que no es posible entenderla. Esto me ha sido tanto mas sensible, quanto me movió á mayor curiosidad el índice de todas las cartas, hasta el número de ciento y cincuenta. Algunos fragmentos de las últimas que tienen la letra algo mas inteligible, aunque á costa de mucho trabajo, me aumentan el dolor de no poder publicar la obra completa. Los incluiria de buena gana aquí con los asuntos de las restantes, deseando ser tenido por editor exâcto y escrupuloso, tanto por hacer este obsequio al público, quanto por no faltar á la fidelidad respecto de mi amigo difunto; pero son tan inconexôs los unos con los otros, y tan cortos los trozos legibles, que en nada quedaria satisfecho el deseo del lector: y asi nos contentaremos uno y otro con decir, que así por los frag-

mentos como por los títulos se infiere que la mayor parte se reducia á cartas de Gazel á Nuño, dándole noticia de su llegada á la capital de Marruecos, su viage para encontrar á Ben-Beley, las conversaciones de los dos sobre las cosas de Europa, relaciones de Gazel, y reflexîones de Ben-Beley: regreso de Gazel á la Corte, su introduccion en ella, lances que allí le acaecen, cartas de Nuño sobre ellos, consejos del mismo á Gazel, y muerte de Ben-Beley.

Asuntos todos que prometian ocasion de mostrar Gazel su ingenuidad, y su imparcialidad Nuño; y muchas noticias del buen viejo Ben-Beley; pero tal es el mundo, y tales los hombres, que pocas veces vemos sus obras completas.

PROTESTA LITERARIA.

Del Editor de las Cartas Marruecas.

¡*Oh tempora*! ¡*oh mores*! exclamarán con mucho juicio algunos al ver tantas páginas de tantos renglones cada una. ¡Obra tan voluminosa! ¡pensamientos morales! ¡observaciones críticas! ¡reflexîones pausadas! ¿y esto en nuestros dias? ¿á nuestras barbas¿ ¿Cómo te atreves, malvado editor ó autor, ó lo que seas, á darnos un libro tan pesado, tan grueso, y sobre todo tan fastidioso? ¿hasta quándo has de abusar de nuestra benignidad? Ni tu edad, que aun no es madura, ni la nuestra, que aun es tierna, ni la del mundo, que nunca ha sido mas niño, te pueden apartar de tan pesado trabajo? Pesado para tí, que has de concluirle; para nosotros, que le hemos de leer; y para la prensa, que ahora habrá de gemir. ¿No te espanta la suerte de tanto libro en folio que yace en el polvo de las librerías; ni

te aterra la fortuna de tanto libro pequeño, que se reimprime millares de veces, sin bastar su número para tanto tocador y chimenea, que toma por desayre el verse sin ellos? Satirilla mordaz y superficial, aunque sea contra nosotros mismos; suplemento, ó segunda parte de ella; versos amorosos, y otras producciones de igual ligereza, pasen en buen hora de mano en mano; su estilo de boca en boca; y sus ideas de cabeza en cabeza: pasen, vuelvo á decir, una y mil veces en hora buena: nos agrada nuestra figura vista en este espejo, aunque el cristal no sea lisongero: nos gusta el ver nuestro retrato pasar á la posteridad, aunque el pincel no nos adule, pero cosas sérias, como patriotismo, vasallage, crítica de la vanidad, progresos de la filosofía, ventajas ó inconvenientes del luxo y otros artículos semejantes, no en nuestros dias. Ni tú debes escribirlas, ni nosotros leerlas. Por poco que permitiesemos semejantes ridiculeces, por poco estímulo que te diesemos, te pondrias en breve á trabajar sobre cosas totalmente gra-

ves. El estilo jocoso en tí es artificio: pues eres por naturaleza tétrico y aduto. Conocemos tu verdadero rostro, y te arrancarémos la máscara con que has querido ocultarte: no falta entre nosotros quien sepa muy bien quién eres. De este conocimiento inferimos que desde la obscuridad de tu estudio no has querido subir de un vuelo á lo lucido de la literatura, sino que primero has rastreado; despues te has elevado un poco, y ahora no sabemos hasta donde querrás remontar tus alas. Ya sabe alguno de los nuestros que con estos papelillos preparas al público para cosas mayores. Tememos que manifestándote favor, imprimas algun dia los *Elementos del patriotismo*, que es obra pesadísima, y que quieras reducir á sistema las obligacionas de cada individuo del estado á su clase y al total. Si tal hicieras, esparcirias una densísima nube sobre todo lo brillante de nuestras conversaciones é ideas; lograrías apartarnos de la sociedad frívola, del pasatiempo vano y de la vida airada, señalando á cada uno la parte que le

tocaría de tan gran fábrica, y haciendo odiosos á los que no se esmerasen en su trabajo. No, Vazquez, no lograrás este fin, si como eficaz medio para él, esperas congraciarte con nosotros. Vamos á cortar la raiz del árbol que puede dar tan malos frutos. Has de saber que nos vamos á juntar todos en plena asamblea, y á prohibirnos á nosotros mismos, á nuestras mugeres, hijos y criados tan odiosa lectura; y si aun así logras que alguno te lea, tambien lograrémos abrumarte á pesadumbres. Cada uno te atacará por distinta parte: unos dirán, que eres malísimo christiano por suponer que un moro como Ben-Beley dé tan buenos consejos á su discípulo, olvidándose, si es que lo han sabido, de que Ciceron, v. gr. gentil, los dió mejores á su hijo en su famoso libro *de Officiis.* Otros gritarán que eres mas barbaro que todos los africanos (pues implica nacer en Africa, y ser racional) en decir que nuestro siglo no es tan feliz como decimos nosotros, como si no bastára que nosotros lo di-

xéramos ; y así de los otros asuntos de tus Cartas Marruecas, escritas en el centro de Castilla la Vieja, provincia árida y desabrida, que no produce sino buen trigo y leales vasallos.

Esto soñé la otra noche que me decian con ceño adusto, voz áspera, gesto declamatorio y furor exâltado unos amigos, al ver estas Cartas. Soñé tambien que me volvieron las espaldas con ayre magestuoso, y me echaron una mirada capaz de aterrar al mismo Hércules.

Quál quedaria yo en este lance, es materia dignísima de la consideracion de mi piadoso, benigno, benévolo y amigo lector, á mas de que soy pusilánime, encogido y pobre de espíritu. Despertéme del sueño con aquel susto y sudor que experimenta el que acaba de soñar que ha caido de una torre, ó que le ha cogido un toro, ó que le llevan al patíbulo: y medio soñando y medio despierto, extendiendo los brazos para detener á mis furibondos censores, y moverlos á piedad, hincándome de rodillas, y jun-

tando las manos (postura de ablandar deidades, aunque sea Júpiter con su rayo, Neptuno con su tridente, Marte con su espada, Vulcano con su martillo, Pluton con sus furias, *et sic de cæteris*), les dixe dudando si era sueño ó realidad: visiones, sombras, fantasmas, protesto que desde hoy dia de la fecha no escribiré cosa que valga un alfiler; así como así no vale mucho mas lo que he escrito hasta ahora: con que sosegaos, y sosegadme, que me dexais qual dice Ovidio que quedó en cierta ocasion aun menos tremenda que ésta:

Haud aliter stupui, quàm qui, jovis ignibus ustus,
Vivit, et est vitæ nescius ipse suæ.

Ya veis quán pronta es mi enmienda, pues ya tomo uno de los infinitos rumbos de la ligereza, qual es la pedantería de estas citas, traidas de léjos, arrastradas por los cabellos, y afectadas sin oportunidad.

Rompo los quadernillos del ma-

nuscrito que tanto os enfada: quemo el original de estas cartas, y prometo, en fin, no dedicarme en adelante sino á cosas mas dignas de vuestro concepto.

ÍNDICE.

Págs.	Líns.	Erratas.	Léase.
115.	20.	habia.	*habian.*
ibid.	24.	habia.	*habian.*
153.	1.	conversion. . .	*conversacion.*
182.	7.	estas fábricas.	*tales fábricas.*
ibid.	9.	las que.	*estas.*
210.	21.	con ellos. . . .	*con ellas.*
ibid.	22.	en lo actual. .	*en el actual.*
275.	1.	disposicion. . .	*deposicion.*
306.	8.	me divertió. .	*me divirtió.*
352.	24.	lo que.	*Lo que.*

